El sabueso de los Baskerville

ARTHUR CONAN DOYLE

ZIG-ZAG NOVELA

El sabueso de los Baskerville

Arthur Conan Doyle

versión íntegra de
Camila Domínguez

ilustraciones de
Fernando Vergara

ZIG-ZAG

e-I.S.B.N.: 978-956-12-2075-1.

1ª edición: abril de 2014.

Gerente editorial: José Manuel Zañartu Bezanilla.

Editora: Alejandra Schmidt Urzúa.

Asistente editorial: Camila Domínguez Ureta.

Director de arte: Juan Manuel Neira.

Diseñadora: Mirela Tomicic Petric.

© 2010 por Empresa Editora Zig-Zag.

Inscripción Nº 192.700. Santiago de Chile.

Derechos exclusivos de la presente versión

reservados para todos los países.

Editado por Empresa Editora Zig-Zag, S.A.
Los Conquistadores 1700. Piso 10. Providencia.
Teléfono 56 2 28107400. Fax 56 2 28107455.
www.zigzag.cl / E-mail: zigzag@zigzag.cl
Santiago de Chile.

El presente libro no puede ser reproducido ni en todo
ni en parte, ni archivado ni transmitido por ningún medio
mecánico, ni electrónico, de grabación, CD-Rom, fotocopia,
microfilmación u otra forma de reproducción,
sin la autorización escrita de su editor.

Índice de contenido

Palabras preliminares

1 Sherlock Holmes

2 La maldición de los Baskerville

3 El problema

Sir Henry Baskerville

5 Tres cabos rotos

6 La mansión de los Baskerville

7 Los Stapleton de la casa Merripit

8 Primer informe del doctor Watson

9 La luz en el páramo

10 Fragmento del diario del doctor Watson

11 El hombre de la cima

12 Muerte en el páramo

13 Preparando las redes

14 El sabueso de los Baskerville

15 Examen retrospectivo

Palabras preliminares

El sabueso de los Baskerville es, sin duda, uno de los relatos más famosos y entretenidos del gran autor Arthur Conan Doyle (nace en Escocia el año 1859 y muere en Inglaterra en 1930). Originalmente, esta obra fue publicada por entregas en el *Strand Magazine* entre 1901 y 1902. Los lectores quedaban intrigados y esperaban ansiosos la continuación del relato en la próxima revista. A fines de ese último año se decidió de manera muy acertada su publicación como novela. Tal ha sido su éxito y aceptación que se continúa leyendo hasta el día de hoy.

Aparece una vez más el clásico personaje detective Sherlok Holmes junto a su amigo el doctor Watson. Ambos aceptan un nuevo caso para resolver. Se enfrentan a la investigación de un enigma tenebroso que afecta el porvenir del linaje de los Baskerville y la herencia que ha quedado tras la muerte de Sir Charles. El único heredero de la familia es Sir Henry, quien llega a Londres para recibir lo que le corresponde. Sin embargo, la supuesta maldición de la familia iniciada por la muerte de un tal Hugo Baskerville, asesinado por un perro terrorífico, podría afectar el futuro del recién llegado. La leyenda cuenta la historia de un sabueso infernal que mata monstruosamente a quien entre en el páramo. El cadáver de Sir Charles fue encontrado junto a las huellas de un gran animal. ¿Será cierta la leyenda? ¿Corre riesgo la vida de Sir Henry? ¿Quién o quiénes estarán ocultando la verdad? ¿Podrán Holmes y Watson encontrar las pistas necesarias para vislumbrar la resolución del caso?

La astucia de Holmes es asombrosa. No deja pasar ningún mínimo indicio ni movimiento que tenga relación con lo que investiga. Tiene la habilidad de considerar incluso que la cantidad de cenizas de un cigarro pueden ser una señal del tiempo de espera de un personaje y que el olor de una carta puede dejar de manifiesto que ha sido escrita por una mujer. Arthur Conan Doyle estudió medicina en la Universidad de Edimburgo, y fue justamente uno de sus profesores quien le incentivó el uso del método deductivo para lograr diagnósticos acertados. Es por esto que Sherlok Holmes tiene esa capacidad abismante para concluir uniendo todas las pistas, demostrando que cada una de ellas es una parte fundamental para seguir el camino correcto hacia la verdad.

Uno de los grandes logros de *El sabueso de los Baskerville* es el fuerte vínculo entre la historia y la ambientación. Los paisajes nunca son totalmente nítidos sino que las montañas se confunden entre la niebla, el páramo se describe de manera melancólica, los árboles apenas se logran vislumbrar entre las tinieblas y se detalla la humedad que abunda en el pantano. Es una atmósfera que genera también misterio, en cuanto los personajes se ven envueltos en un aire que oculta el entorno, así como la verdad permanece oculta entre ellos. La casa de Sherlok Holmes también se instala como un espacio nebuloso, es un detective que trabaja en un ambiente lleno de humo. El mismo Watson da su impresión al ver a su amigo trabajando: “A través de la neblina tuve una vaga visión de Holmes en bata, hecho un ovillo en un sillón y con la pipa de arcilla negra entre los labios” (Conan Doyle, 48) Conan Doyle crea un entorno muy acorde a un relato policial, el lector no solo recibe una historia intrigante, sino que además va visualizando la narración de manera casi palpable. Son descripciones que realmente aportan a la novela, en cuanto se genera un ambiente de poca claridad, de suspenso y de búsqueda.

Sin embargo, no todo es enigmático ni poco transparente. La relación entre Sherlok Holmes y su querido amigo Watson, muestra no solo los artificios de un gran detective y la buena disposición de un Watson que carece de la capacidad de Holmes, sino que también muestra la presencia del humor como un elemento que hace aún más atractiva la historia. La tensión que se mantiene a lo largo de la narración nos deja unos respiros humorísticos, a través de algunos diálogos y reacciones entre estos dos geniales personajes. Sherlok Holmes no puede dejar de reírse cuando percibe la sorpresa de Watson al oír una conclusión que para él es evidente. Watson ni siquiera imagina los resultados a los que llega constantemente Holmes, pero logra ser siempre de gran ayuda. La amistad y el trabajo entre ellos se desarrollan en conjunto con un humor sano y natural, logrando ser un elemento valioso en la novela.

Con *El sabueso de los Baskerville*, Arthur Conan Doyle ha dejado una huella imborrable en la literatura, en cuanto se posiciona una vez más

como uno de los más grandes exponentes de la novela policial. El valor intrínseco de su obra hará que se siga manteniendo en los lectores de todos los tiempos.

Camila Domínguez U.

1 Sherlock Holmes

Sherlock Holmes estaba tomando desayuno. Solía levantarse muy tarde, salvo en algunas pocas ocasiones en que no se acostaba en toda la noche. Yo estaba de pie junto a la chimenea y me agaché para recoger el bastón que había dejado olvidado nuestro visitante de la tarde anterior. Era de esa clase de bastones que llaman "abogado de Penang", de buena madera dura, y con una amplia empuñadura, bajo la cual tenía una ancha lámina de plata, de más de dos centímetros. En ella estaba grabado A *James Mortimer, MRCS*[1]*, de sus amigos de CCH, 1884*. Era exactamente el tipo de bastón que solían llevar los médicos de cabecera a la antigua usanza: digno, firme y que inspiraba confianza.

–A ver, Watson, ¿a qué conclusiones ha llegado?

Holmes me daba la espalda, y yo no le había dicho qué estaba haciendo.

–¿Cómo sabe en qué estoy? Terminaré por convencerme de que tiene ojos en su espalda.

–Lo que en verdad tengo delante de mí –me respondió–, es una brillante cafetera plateada. Vamos, Watson, déme su opinión acerca del bastón de nuestro visitante. Ya que desgraciadamente no hemos coincidido con él y no sabemos a qué venía, el analizar la características de su bastón adquiere importancia. Descríbame a su dueño con los datos que haya encontrado al examinar el bastón.

–Creo –dije, siguiendo hasta donde me era posible el método de mi colega– que el doctor Mortimer es un médico de bastantes años de edad, prestigioso, y al que en general se aprecia, ya que le han demostrado afecto con tal regalo.

–¡Bien! –dijo Holmes–. ¡Excelente!

–Además, me parece bastante probable que sea médico rural y que muchas de sus visitas las haga a pie.

–¿Por qué cree eso?

–Porque este bastón, pese a su gran calidad, está tan maltratado que me cuesta imaginar que lo use un médico de ciudad. Su gruesa virola metálica está muy gastada, por lo que deduzco que su dueño ha caminado mucho con él.

–¡Un razonamiento perfecto! –dijo Holmes.

–Además, no debemos olvidarnos de los amigos de CCH. Imagino que se trata de una asociación local de cazadores, a cuyos miembros tal vez haya atendido profesionalmente, y han querido recompensarlo con este regalo.

–La verdad es que usted se ha superado a sí mismo –dijo Holmes, apartando la silla de la mesa del desayuno y encendiendo un cigarrillo–. Me siento obligado a confesarle que casi siempre, en los relatos con los que usted ha tenido la gentileza de recoger mis modestos éxitos, generalmente ha subestimado su habilidad personal. Es posible que usted mismo no sea luminoso, pero es sin duda un buen conductor de la luz. Hay personas que sin ser genios tienen una notable capacidad para generar estímulos. Debo reconocer, mi querido amigo, que tengo una gran deuda con usted.

Nunca, hasta entonces, Holmes se había mostrado tan lisonjero, y debo reconocer que sus palabras me produjeron una inmensa satisfacción. La indiferencia con que recibía mi admiración y mis intentos de dar a conocer sus métodos me habían herido en muchos casos. También me enorgullecía saber que yo había llegado a dominar tan bien su sistema, que podía aplicarlo de tal forma que podía merecer su aprobación.

Holmes se había apoderado ahora del bastón y lo examinaba. Luego, como si algo hubiera despertado especialmente su interés, dejó el cigarrillo y se dirigió con el bastón hasta la ventana. Quería examinarlo con una lupa.

–Interesante, aunque elemental –dijo, mientras regresaba a su sitio preferido en el sofá–. Sin duda hay en el bastón uno o dos

indicios que sirven de base para varias deducciones.

–¿Acaso se me ha escapado algo? –pregunté con cierta petulancia–. Confío en no haber olvidado nada importante.

–Mucho me temo, mi querido Watson, que casi todas sus conclusiones son falsas. Cuando dije que usted me ha servido de estímulo me refería, para ser sincero, a que sus equivocaciones me han conducido en muchos casos a la verdad. Aunque tampoco es cierto que esta vez usted se haya equivocado por completo. Se trata sin duda de un médico rural que camina mucho.

–Entonces yo tenía razón.

–Hasta ahí, sí.

–Pero solo hasta ahí.

–Sólo hasta ahí, mi querido Watson; porque eso no es todo, ni mucho menos. A mí me parecería más probable, por ejemplo, que el regalo hecho a un médico provenga de un hospital y no de una sociedad de cazadores. Y que cuando las iniciales *CC* están unidas a la palabra hospital, pensemos de inmediato que se trata de Charing Cross.

–Tal vez usted tiene razón.

–Las probabilidades van por ese lado. Y si esto lo aceptamos como hipótesis de trabajo, tenemos un nuevo punto de partida. Desde él podremos caracterizar a nuestro desconocido visitante.

–De acuerdo. Supongamos que *CCH* significa "hospital de Charing Cross"; ¿qué otras conclusiones pueden deducirse de ello?

–¿No le salta ninguna a la vista? Usted conoce mis métodos. ¡Aplíquelos!

–Lo único evidente que se me ocurre es que nuestro hombre debe haber ejercido su profesión en Londres, antes de trasladarse al campo.

–Creo que podemos ir un poco más lejos. Mírelo desde este punto de vista. ¿En qué ocasión es más probable que se le hiciera esa clase de regalo? ¿En qué momento pueden haberse puesto de acuerdo sus amigos para manifestarle su afecto? Evidentemente en el momento en que el doctor Mortimer dejó de trabajar en el hospital para abrir su propia consulta. Sabemos que se le hizo un regalo. Pensamos que algo ha cambiado y que el doctor Mortimer se ha trasladado desde el hospital de la ciudad a una consulta en el campo. ¿Le parece que estamos llevando demasiado lejos nuestras deducciones si decimos que el regalo se le hizo debido a ese cambio?

–Parece probable, desde luego.

–Advertirá, además, que era poco probable que formase parte del personal permanente del hospital, ya que para esos cargos se nombra únicamente a profesionales experimentados, con una buena clientela en Londres, y que un médico de esas características no se trasladaría luego a un pueblo. ¿Qué era, en ese caso? Si trabajaba en el hospital sin pertenecer al personal de planta, solo podía ser cirujano o médico interno: poco más que estudiante posgraduado. Y se retiró cinco años atrás; la fecha está en el bastón. Así es que su médico de cabecera, serio y entrado en años, se esfuma, mi querido Watson, y aparece, en cambio, un joven que aún no ha cumplido los treinta, amable, poco ambicioso, distraído, y dueño de un sabueso al que le tiene mucho cariño, más grande que un terrier, pero más pequeño que un sabueso.

Me eché a reír con incredulidad; mientras tanto, Sherlock Holmes se echaba en el sofá, lanzando hacia lo alto temblorosos anillos de humo.

–Con respecto a las afirmaciones que acaba de hacer –dije– no tengo medios para rebatírselas–. Pero al menos no nos será difícil encontrar algunos datos sobre la edad y la trayectoria profesional de nuestro hombre.

Saqué el Directorio Médico del sencillo estante donde tenía libros relacionados con medicina. Buscando por el apellido, encontré varios Mortimer; pero solo uno parecía tener algo que

ver con nuestro visitante, por lo que procedí a leer en voz alta la siguiente nota biográfica:

> Mortimer, James, MRCS, 1882, Grimpen, Dartmoor, Devonshire. De 1882 a 1884 cirujano interno en el hospital de Charing Cross. Posesor del premio Jackson de patología comparada, gracias al trabajo titulado *¿Es la enfermedad una regresión?* Miembro correspondiente de la Sociedad Sueca de Patología. Autor de *Algunos fenómenos de atavismo* (Lancet, 1882), *¿Estamos progresando?* (Journal of Psychology, marzo de 1883). Médico de los municipios de Grimpen, Thorsley y High Barrow.

–No se menciona ninguna sociedad de cazadores –comentó Holmes, con una sonrisa maliciosa–; pero sí que nuestro visitante es médico rural, como usted dedujo muy bien. Creo que mis deducciones quedan en pie.

–En cuanto a los adjetivos –repuse–, si no recuerdo mal, amable, poco ambicioso y distraído. De acuerdo a mi experiencia, únicamente un hombre amable recibe regalos de sus colegas, únicamente un hombre sin ambiciones abandona una carrera en Londres para trasladarse a un pueblo, y únicamente alguien distraído deja su bastón en lugar de su tarjeta de visita luego de esperar una hora.

–¿Y el sabueso?

–Acostumbra a llevarle el bastón a su dueño. Como es un objeto pesado, tiene que sujetarlo con fuerza por el centro; las huellas de sus dientes son perfectamente visibles. Según mi opinión, la mandíbula del animal, como puede verse por la distancia entre las huellas, es demasiado ancha para pertenecer a un terrier pero no lo suficiente para ser de un sabueso. Podría ser…, sí, claro que lo es: se trata de un spaniel de pelo rizado.

Holmes había dejado el sofá y se paseaba mientras hablaba. Finalmente se detuvo junto a la ventana. Su voz transmitía tanta seguridad, que levanté la vista sorprendido.

–¿Cómo puede estar tan seguro de ello?

–Por la sencilla razón de que estoy viendo al sabueso frente a nuestra casa, y acabamos de oír que su dueño ha tocado la puerta. Quédese aquí, se lo ruego. Se trata de uno de sus hermanos de profesión, y su presencia puede ayudarme. Estamos en el momento crucial del destino, Watson: desde la escalera llega el sonido de los pasos de alguien que va a entrar en nuestra vida, y no sabemos si será para bien o para mal. ¿Qué puede ser lo que el doctor James Mortimer, el científico, desea de Sherlock Holmes, el detective? ¡Adelante!

El aspecto de nuestro visitante fue una sorpresa para mí: yo esperaba a un típico médico rural y me encontré ante un hombre muy alto y delgado, de nariz larga y ganchuda, entre unos ojos grises muy juntos y penetrantes, que brillaban tras unos lentes de marco dorado. Su vestimenta era acorde a su profesión, pero algo descuidada, de chaqueta sucia y pantalones raídos. Caminaba echando la cabeza hacia adelante, un poco agachado, mostrando ser un tanto corto de vista, aún siendo joven. Cuando entró, sus ojos tropezaron con el bastón, que Holmes tenía en una mano, por lo que se precipitó hacia él, lanzando una exclamación de alegría.

–¡Cuánto me alegro! –dijo–. No sabía dónde lo había dejado: si aquí o en la agencia marítima. Sentiría mucho perderlo.

–Es un regalo, ¿no es así? –dijo Holmes.

–Así es.

–¿Del hospital de Charing Cross?

–De un par de amigos que allí tenía. Para mi matrimonio.

–¡Vamos, vamos! ¡Qué decepción! –dijo Holmes, moviendo la cabeza.

–Decepción, ¿por qué?

–Porque usted nos ha inducido a modestas deducciones. ¿Para su matrimonio, ha dicho?

–Sí, señor. Cuando me casé dejé el hospital, y toda esperanza de abrir una consulta propia. Necesitaba un hogar.

–Bien, bien; no estábamos tan equivocados, después de todo –dijo Holmes–. Y ahora, doctor James Mortimer…

–No soy médico; soy solo un modesto MRCS.

–Y alguien al que le gusta lo exacto, por lo que se ve.

–Tan solo un simple aficionado a la ciencia, señor Holmes; un coleccionista de conchas en las playas del gran océano de lo desconocido. Pienso que estoy hablando con el señor Sherlock Holmes y no…

–Está en lo cierto; yo soy Sherlock Holmes y éste es mi amigo, el doctor Watson.

–Encantado de conocerlo, doctor Watson. He oído su nombre junto con el de su amigo. Usted me interesa mucho, señor Holmes. No esperaba encontrarme con un cráneo tan dolicocéfalo ni con un arco supraorbital tan pronunciado. ¿Le molestaría que recorriera con un dedo su fisura parietal? Un molde de su cráneo, señor mío, hasta que pueda disponerse del original, sería un orgullo para cualquier museo antropológico. No pretendo pasar por amable, pero confieso que me encanta su cráneo.

Haciendo un gesto con la mano, Sherlock Holmes invitó a nuestro extraño visitante a tomar asiento. Y le dijo:

–Veo que a usted le entusiasman tanto sus ideas como a mí las mías. Y observo, por su dedo índice, que usted mismo se lía los cigarrillos. No dude en encender uno si quiere fumar.

El doctor Mortimer sacó papel y tabaco y lió un cigarrillo con increíble destreza. Sus dedos, largos y temblequeantes, eran tan ágiles y móviles como las antenas de un insecto.

Holmes permaneció en silencio. Su intensa concentración me demostraba el interés que le despertaba nuestro extraño visitante. Finalmente dijo:

–Espero que su visita de anoche, y ésta de hoy, no se deba exclusivamente a su deseo de examinar mi cráneo.

–No, desde luego que no. Aunque también me alegro de haber tenido la oportunidad de hacerlo. He acudido a usted, señor Holmes, porque sé que soy una persona poco práctica y porque me enfrento de golpe, a un problema tan grave como extraño. Y estoy de acuerdo en que usted es el segundo experto europeo mejor calificado…

–Bien. ¿Puedo preguntarle quién tiene el honor de ser el primero? –le interrumpió Holmes, con cierta aspereza.

–Para alguien amante de lo exacto y de la ciencia, la obra de monsieur Bertillon tendrá siempre un fuerte atractivo.

–En ese caso ¿no cree que sería mejor preguntarle a él?

–He hablado de personas amantes de lo exacto y de la ciencia. Pero si se trata de sentido práctico, todos reconocen que usted no tiene rival. Espero, señor mío, no haber…

–Solo un poco –dijo Holmes–. Pero mejor dejemos tanto preámbulo de lado, doctor Mortimer, y sea tan amable de contarme en pocas palabras cuál es exactamente el problema que desea que le ayude a resolver.

2 La maldición de los Baskerville

–Traigo un manuscrito en el bolsillo –dijo el doctor James Mortimer.

–Me di cuenta cuando entró en la habitación –dijo Holmes.

–Es un manuscrito antiguo.

–Primera mitad del siglo XVIII, salvo que se trate de una falsificación.

–¿Cómo lo sabe?

–Mientras usted hablaba, pude observarlo en los tres o cuatro centímetros que sobresalen de su bolsillo. Alguien que no sea capaz de calcular la fecha de un documento con un margen de error de una década, aproximadamente, no es un experto. A lo mejor usted conoce mi modesta monografía sobre el tema. Yo situaría ese manuscrito hacia 1730.

–La fecha exacta es 1742. –El doctor Mortimer sacó el manuscrito del bolsillo interior de su chaqueta y continuó–: Sir Charles Baskerville, cuya repentina y trágica muerte hace unos tres meses causó tanto revuelo en Devonshire, me confió este documento de su familia. Tal vez le deba explicar que yo era su amigo personal además de su médico. Sir Charles, a pesar de ser un hombre resuelto, perspicaz, práctico y tan poco imaginativo como yo, consideraba este documento algo muy serio, y estaba preparado para que le sucediera lo que finalmente acabó con su vida.

Holmes extendió la mano para recibir el documento y, poniéndoselo sobre una rodilla, lo alisó.

–Observe usted, Watson, en el uso alternativo de la S larga y corta. Es uno de los detalles que me permitieron calcular la fecha.

Contemplé, por sobre su hombro, el papel amarillento y la escritura ya borrosa. En el encabezado se leía: *Mansión de los Baskerville*, y debajo, con grandes números irregulares: 1742.

–Parece ser un documento.

–Sí, es un documento que trata de cierta leyenda relacionada con la familia de los Baskerville.

–Pero imagino que usted quiere preguntarme sobre algún asunto más moderno y práctico.

–De total actualidad. Un asunto muy urgente y práctico, que hay que decidir en veinticuatro horas. El documento es breve y está íntimamente ligado con el problema. Con su permiso: voy a leérselo.

Holmes se recostó en el asiento, unió las puntas de los dedos de sus manos y cerró los ojos con aire de resignación. El doctor Mortimer puso el manuscrito bajo la luz y leyó, con voz aguda y a ratos quebrada, el siguiente relato, pintoresco y extraño a la vez:

"Sobre el origen del sabueso de los Baskerville se han dado muchas explicaciones, pero como yo desciendo en línea directa de Hugo Baskerville y la historia me la contó mi padre, que a su vez la obtuvo de mi abuelo, la he puesto por escrito, ya que estoy convencido de que todo sucedió exactamente como aquí se relata. Con ello quisiera convenceros, hijos míos, de que la misma Justicia que castiga el pecado, también puede perdonarlo, sin exigir nada a cambio. Asimismo, que toda interdicción puede a la larga superarse gracias al poder de la oración y del arrepentimiento. Aprended de esta historia a no temer los frutos del pasado, sino, más bien, a ser mesurados en el futuro, de manera que las horribles pasiones que tan atrozmente han agitado hasta hoy a nuestra familia, no vuelvan a desatarse y nos lleven a la perdición.

"Es bueno que sepáis que en la época de la gran rebelión (os recomiendo la historia que el sabio Lord Clarendon[2] escribió sobre ella) el propietario de esta mansión de los Baskerville era un Hugo del mismo apellido. Es imposible ocultar que se

trataba del hombre más salvaje, grosero y sin Dios que uno pueda imaginar. A decir verdad, todo esto podrían habérselo perdonado sus coetáneos, pues los santos jamás han florecido por estas tierras, si no fuera porque él tenía, además, una inclinación por la lascivia y la crueldad, que lo hicieron tristemente célebre en todo el occidente del país. Sucedió que este Hugo se enamoró (a una pasión tan oscura se le puede dar un nombre tan luminoso) de la hija de un pequeño terrateniente que vivía cerca de las propiedades de los Baskerville. Pero la joven, discreta y de buena reputación, evitaba continuamente a Hugo. La pésima fama que él tenía le daba cierto temor.

”Un día –era el día de san Miguel–, este antepasado nuestro, acompañado de cinco o seis de sus compañeros, tan ociosos como despiadados, llegaron a escondidas hasta la granja y secuestraron a la doncella, pues sabían que su padre y sus hermanos no estaban allí. Ya en la mansión, encerraron a la joven en una habitación del piso alto, y, como todas las noches, se entregaron a una desenfrenada fiesta. Es muy posible que la pobre muchacha se trastornara al oír los cantos, los gritos y los espantosos juramentos que le llegaban desde abajo. Comentan que las palabras que pronunciaba Hugo Baskerville cuando estaba borracho eran suficientes para liquidar al que las repitiera. Finalmente, empujada por el miedo, la joven hizo lo que probablemente ni el más ágil y valiente de los hombres se hubiera atrevido. Aprovechando que una enredadera cubría (y aún cubre) el lado sur de la casa, bajó por ella y se dirigió a su casa, cruzando el páramo, dispuesta a recorrer las tres leguas que había entre la mansión y la granja de su padre.

”Más tarde Hugo dejó a sus invitados para llevar comida, bebida y tal vez otras cosas peores, a su prisionera, pero al llegar vio que la jaula estaba vacía y que el pájaro había desaparecido. Desde ese momento, al parecer, el burlado carcelero pareció estar poseído por el demonio, pues bajó corriendo la escalera y regresó al comedor. Allí saltó sobre la gran mesa, haciendo volar jarros y fuentes, y a grandes gritos,

ante todos los presentes, juró que esa misma noche entregaría su cuerpo y su alma a los poderes del mal si conseguía alcanzar a la muchacha. Y aunque a los juerguistas les espantó la furia de aquel hombre, hubo uno más perverso o, tal vez, más borracho que los demás, que propuso mandar a los sabuesos a perseguir a la joven. Al oírlo, Hugo salió corriendo de la casa y ordenó a gritos a sus sirvientes que le ensillaran su yegua y soltaran a los sabuesos. Les dieron un pañuelo de la joven y así partieron rápidamente tras ella, persiguiéndola por el páramo al claro de la luna.

”Los juerguistas habían permanecido mudos durante un rato, incapaces de comprender sucesos tan rápidos. Pero pronto salieron de su perplejidad e imaginaron lo que tal vez estaba a punto de suceder. El alboroto fue inmediato: unos pedían sus armas, otros su caballo y algunos, por supuesto, una nueva jarra de vino. No mucho después, sin embargo, sus mentes trastornadas recobraron sensatez. Finalmente todos, trece en total, montaron a caballo y galoparon tras Hugo. La luna brillaba sobre sus cabezas. Cabalgaban a toda velocidad, siguiendo el camino que la joven tenía que haber tomado para volver a su casa.

”Habían recorrido poco más de dos kilómetros, cuando se cruzaron con uno de los pastores que cuidaba de noche el ganado del páramo. Lo interrogaron a gritos, acerca de la partida de caza que se estaba verificando. El hombre, según cuenta la historia, a pesar de que casi no podía hablar de miedo, contó finalmente que había visto a la desgraciada joven y a los sabuesos que seguían su pista.

«Pero vi algo más –añadió–, porque también me crucé con Hugo Baskerville, cabalgando en su yegua negra. Lo seguía en silencio un sabueso infernal, que jamás quiera Dios que llegue a seguirme los pasos».

”Los caballeros borrachos maldijeron al pastor y continuaron su camino. Pero muy pronto se les heló la sangre en las venas, al oír el ruido de unos cascos y luego al ver pasar entre ellos a la yegua negra de Hugo, cubierta de espuma blanca, arrastrando las riendas y sin jinete en la silla. Desde aquel

instante, los juerguistas, aterrados, siguieron avanzando por el páramo. Si cada uno de ellos hubiera estado solo, se habrían devuelto. Después de cabalgar algo más lento, llegaron finalmente donde se encontraban los sabuesos. Los pobres animales, a pesar de ser famosos por su valentía y pureza de raza, gemían apiñados al comienzo de un hocino[3], como nosotros lo llamamos. Algunos se escabullían y otros, con el pelo erizado y los ojos desorbitados, miraban fijamente el estrecho valle que tenían delante.

”Los jinetes, ya menos borrachos que al comenzar su carrera, se detuvieron. Varios de ellos se negaron a seguir adelante, pero los tres más audaces, o tal vez los más ebrios, continuaron hasta llegar al fondo del valle. Muy cerca éste se ensanchaba y se alzaban dos de esos en enormes dólmenes[4] que aún perduran, obra de pueblos olvidados de tiempos remotos. La luna iluminaba el claro y en su centro estaba tendida la desgraciada joven, muerta de terror y de fatiga. Pero no fue por eso que los jinetes se aterraron, ni tampoco por el cadáver de Hugo Baskerville, que yacía cerca, sino porque sobre él y desgarrándole el cuello, había una espantosa criatura, una enorme bestia negra con forma de sabueso, pero más grande que ninguno de los sabuesos jamás vistos por ojos humanos.

”Enseguida, y delante de los tres audaces adelantados, la infernal criatura arrancó la cabeza de Hugo Baskerville. Y cuando volvió hacia ellos los ojos llameantes y las mandíbulas ensangrentadas, los tres gritaron espantados y se fueron desesperados, galopando por el páramo. Según se cuenta, uno de ellos murió esa misma noche por la impresión de lo que había visto, y los otros dos no volvieron a reponerse mientras vivieron.

”Hijos míos, esta es la historia de la aparición del sabueso que, según se dice, ha atormentado tan cruelmente a nuestra familia desde entonces. La he escrito, porque lo que se sabe con certeza causa menos terror que lo que únicamente se insinúa o adivina. Tampoco puede negarse que muchos

miembros de nuestra familia han tenido muertes desgraciadas, con frecuencia súbitas, sangrientas y misteriosas. Sin embargo, tal vez podamos ampararnos en la infinita bondad de la Providencia, que no castigará sin motivo a los inocentes más allá de la tercera o de la cuarta generación, que es hasta donde se extiende la amenaza de la Sagrada Escritura. A esa Providencia, hijos míos, os encomiendo ahora, y os aconsejo, como prevención, que os abstengáis de cruzar el páramo durante las horas de oscuridad en las que triunfan los poderes del mal.

”(De Hugo Baskerville, para sus hijos Rodger y John, con el ruego de que no hablen de su contenido a Elizabeth, su hermana)”.

El doctor Mortimer terminó de leer el curioso relato, levantó sus anteojos hasta ponérselos sobre la frente y se quedó mirando a Sherlock Holmes. Este bostezó y tiró al fuego la colilla del cigarrillo que había estado fumando.

–¿Y bien? –dijo.

–¿Le parece interesante?

–Para un coleccionista de cuentos de hadas.

El doctor Mortimer se sacó del bolsillo un periódico cuidadosamente doblado.

–Ahora, señor Holmes, le voy a leer una noticia más reciente; fue publicada por el *Devon County Chronicle* el 14 de junio de este año. Resume los datos obtenidos acerca de la muerte de Sir Charles Baskerville, sucedida pocos días antes.

Mi amigo se echó un poco hacia adelante y su expresión se hizo más atenta. Nuestro visitante se ajustó los anteojos y comenzó a leer:

”La repentina muerte de Sir Charles Baskerville, cuyo nombre se había mencionado, para las próximas elecciones, como un posible candidato del partido liberal en Mid-Devon, ha entristecido a toda la zona. Aunque Sir Charles vivió en la mansión de los Baskerville durante un periodo relativamente breve, su simpatía y su extraordinaria generosidad le ganaron

el afecto y el respeto de quienes lo trataron. En estos días de nuevos ricos consuela encontrarse con un caso en el que el descendiente de una antigua familia venida a menos ha sido capaz de enriquecerse en el extranjero y luego regresar a la tierra de sus mayores para restablecer el pasado esplendor de su linaje. Sir Charles, como todos saben, se hizo rico especulando en Sudáfrica. Con mayor prudencia que aquellos que continúan en los negocios hasta que la fortuna se vuelve contra ellos, Sir Charles se detuvo a tiempo y volvió a Inglaterra con sus ganancias. Han pasado apenas dos años desde que se estableció en la mansión de los Baskerville, y todos saben de los ambiciosos planes de reconstrucción y mejora que quedaron trágicamente interrumpidos por su muerte.

”Como no tenía hijos, su deseo, expresado en público, era que mientras estuviera vivo, toda la zona se beneficiara de su buena posición, así es que serán muchos quienes tengan razones para lamentar su prematura desaparición. Las páginas de este periódico se han referido con frecuencia a sus generosas donaciones a obras de caridad, tanto locales como del distrito.

”No es posible decir que la investigación aclarara por completo las circunstancias que rodearon la muerte de Sir Charles. Pero, al menos, las ha clarificado lo suficiente como para terminar con los rumores que originaron la superstición local. Tampoco hay razones para sospechar que se cometiera un delito, ni para imaginar que su muerte no se deba a causas naturales. Sir Charles era viudo y un tanto excéntrico con respecto a ciertos asuntos. Pese a su gran riqueza, era de gustos muy sencillos, y para su servicio personal sólo tenía al matrimonio Barrymore. Al marido, como mayordomo, y a la esposa, como ama de llaves. Su testimonio, corroborado por el de varios amigos, ha dado a entender que la salud de Sir Charles estaba empeorando; parecía tener algo al corazón, por lo que empalidecía, se ahogaba y sufría fuertes ataques de depresión nerviosa. El doctor James Mortimer, amigo y

médico de cabecera del difunto, ha dado su testimonio en este mismo sentido.

”Lo sucedido puede contarse fácilmente. Sir Charles acostumbraba, antes de acostarse, a dar un paseo por el famoso camino de los Tejos de la mansión de los Baskerville. El testimonio de los Barrymore lo confirman. Ese cuatro de junio, Sir Charles manifestó que pensaba viajar a Londres al día siguiente, y le pidió a Barrymore que le preparara el equipaje. Aquella noche, como todos los días, salió a dar su paseo nocturno, en el que solía fumarse un cigarro habano, pero jamás regresó. Como a medianoche el mayordomo encontró todavía abierto el portón principal, se alarmó y salió en busca de su señor, con una linterna. Había llovido durante el día, por lo que le fue fácil seguir las huellas de Sir Charles por el camino de los Tejos. A mitad de ese camino se encuentra la puerta que permite salir al páramo. Sir Charles, al parecer, se detuvo allí un rato. Barrymore continuó por el camino y, al llegar al punto más alejado de la mansión, encontró el cadáver. Según su testimonio, las huellas de su señor cambiaron de aspecto al traspasar la puerta que accede al páramo, como si hubiera andado de puntillas. En aquel momento, un tal Murphy, un gitano negociante en caballos, no estaba muy lejos, pero, según confesó, estaba borracho. Murphy asegura que oyó gritos, pero no es capaz de precisar de dónde venían. En el cuerpo de Sir Charles no se encontró ninguna huella de violencia. Y aunque el testimonio del médico señala que la expresión facial estaba increíblemente distorsionada –hasta el punto de que el propio doctor Mortimer, en un comienzo, no quería creer que se trataba de su amigo y paciente–, se logró establecer que se trata de un síndrome no poco frecuente en casos de disnea[5] y de muerte por falla del corazón. Esto fue corroborado por el examen *post mortem*, que diagnosticó la preexistencia de una enfermedad orgánica crónica, y el veredicto del jurado, apoyado en las pruebas médicas. Debemos felicitarnos por el hecho de que haya sido así, dado que es muy importante que el heredero de Sir Charles se venga a vivir a la mansión y continúe la elogiable labor que tan tristemente había sido interrumpida. Si los insulsos

descubrimientos del juez investigador no hubieran terminado con las historias románticas que se relacionaban con estos sucesos, hubiera sido más difícil encontrar un nuevo ocupante para la mansión de los Baskerville. Según se sabe, el pariente más cercano de Sir Charles es Henry Baskerville, hijo de su hermano menor, siempre que todavía esté vivo. La última vez que se tuvo noticias de este joven, estaba en Estados Unidos, y se están haciendo las indagaciones necesarias para informarle de lo ocurrido".

El doctor Mortimer dobló nuevamente el periódico y se lo guardó en el bolsillo.

–Ésos son, señor Holmes, los hechos relacionados con la muerte de Sir Charles Baskerville que la opinión pública ha conocido.

–Le agradezco –dijo Sherlock Holmes– que me haya informado sobre un caso que parece sin duda interesante. Recuerdo que cuando murió Sir Charles leí algunos artículos periodísticos acerca de ello. Pero estaba muy ocupado con el caso de los camafeos del Vaticano[6] y, como deseaba complacer a Su Santidad, no supe de varios casos muy interesantes que se dieron en mi país. ¿Usted dice que ese artículo da cuenta de todos los hechos que el público conoce?

–Sí, así es.

–En ese caso, háble me de los privados.

Sherlok Holmes unió de nuevo las puntas de sus dedos y adoptó la expresión de quien quiere oír tranquila y juiciosamente algo.

–Al hacer lo que usted me pide –dijo el doctor Mortimer, que daba la impresión que empezaba a emocionarse– me dispongo a contarle algo que no he revelado a nadie. El que lo haya ocultado durante la investigación del coroner se debe a que un hombre de ciencia, como yo, no puede adoptar en público una posición que, aparentemente, estaría apoyando a la superstición. Me dio alas, además, la posibilidad de que, como dice el periódico, la mansión de los Baskerville pudiera

permanecer deshabitada si contribuyéramos en cualquier forma a reafirmar su reputación, ya de por sí bastante siniestra. Estas dos razones me parecieron suficientes para decir bastante menos de lo que sabía, ya que, con no hacerlo, no se iba a obtener beneficio práctico alguno. Ahora, en cambio, tratándose de usted, no tengo ningún motivo para no sincerarme por completo.

”El páramo está apenas habitado, y los pocos vecinos que en él existen se visitan muy seguido. Por eso yo veía con frecuencia a Sir Charles. Salvo el señor Frankland, de la mansión Lafter, y el señor Stapleton, el naturalista, no hay más personas educadas en muchos kilómetros a la redonda. Sir Charles era un hombre reservado, pero su enfermedad hizo que nos acercáramos, y se reforzó mucho nuestra relación al coincidir en intereses científicos. Como había traído abundante información científica de África del Sur, pasamos muchas tardes conversando agradablemente sobre la anatomía de los bosquimanos y de los hotentotes[7].

”Durante los últimos meses me fui percatando, cada vez con mayor claridad, de que el sistema nervioso de Sir Charles estaba sometido a una tensión casi intolerable. Había tomado tan en serio la leyenda que subyace en los hechos que acabo de leerle que, pese a que continuaba paseando por los jardines de su propiedad, ningún motivo lo habría impulsado a salir al páramo durante la noche. Aunque le parezca increíble, señor Holmes, Sir Charles estaba convencido de que sobre su familia pesaba un destino terrible. En verdad, todos los datos que tenía acerca de sus antepasados no permitían ser optimistas. Estaba obsesionado por la idea de que existía una presencia horrorosa, y en más de una ocasión me preguntó si durante las caminatas que a veces hago de noche por motivos profesionales, había visto algún ser extraño u oído los ladridos de un sabueso. Esta última pregunta me la hizo varias veces y siempre con la voz estremecida por la emoción.

”Recuerdo muy bien el día en que, unas tres semanas antes del fatal desenlace, llegué de noche a su casa. Sir Charles, de casualidad, estaba en la entrada principal. Yo me había bajado

de mi coche y, cuando me acerqué a él, vi que sus ojos, fijos en algo situado por encima de mi hombro, estaban llenos de terror. Me di vuelta, y apenas alcancé a vislumbrar lo que me pareció una gran ternera negra que pasaba por el otro extremo del camino. Sir Charles estaba tan nervioso y asustado, que tuve que ir hasta el lugar exacto donde él había visto el animal, y buscarlo por los alrededores. Pero nada, había desaparecido. Sin embargo, el suceso dejó una impresión muy dolorosa en su mente. Lo acompañé durante toda esa velada. Y fue justamente ahí cuando, para explicarme la emoción que lo había atormentado, me confió el escrito que le he leído al comienzo de mi visita. Aludo a este pequeño episodio, porque adquiere cierta importancia con el trágico suceso posterior. Claro que por entonces yo estaba seguro de que se trataba de algo sin ninguna importancia y de que la agitación de mi amigo no tenía ningún fundamento.

”Por consejo mío, Sir Charles se preparaba para venir a Londres. Yo sabía que estaba enfermo del corazón y que la continua angustia en que vivía, por ilusorias que fueran sus causas, afectaban mucho su salud. Pensé que el distraerse unos meses en la gran ciudad londinense podía hacerle bien. Un amigo común, el señor Stapleton, a quien también preocupaba mucho el estado de salud de Sir Charles, pensaba lo mismo. Fue en el último momento cuando se produjo la horrible catástrofe.

”La noche en que Sir Charles murió, Barrymore, el mayordomo que descubrió el cadáver, envió a Perkins, el mozo de cuadra, a caballo a buscarme. Y como yo aún no me había acostado, logré llegar en menos de una hora a la mansión. Así, pude comprobar personalmente todos los hechos que se mencionaron en la investigación. Seguí paso a paso las huellas por el paseo de los Tejos y vi el lugar junto a la puerta que da al páramo, en que Sir Charles pareció haber estado detenido, y comprobé el cambio de forma de las huellas desde tal punto, así como la ausencia en la arena blanda, de huellas distintas de las de Barrymore. Luego examiné cuidadosamente el cuerpo que nadie había tocado antes de mi llegada. Sir

Charles yacía boca abajo, con los brazos extendidos, los dedos hundidos en la arena y los rasgos del rostro tan cambiados debido a alguna violenta emoción, que me habría sido difícil afirmar bajo juramento que pertenecían al propietario de la mansión de los Baskerville. No presentaba ningún tipo de lesión corporal. Pero durante la investigación, Barrymore hizo una afirmación equivocada. Dijo que alrededor del cadáver no había rastro alguno en el suelo. El mayordomo no advirtió ninguno, pero yo sí. Estaba a cierta distancia y era reciente y muy claro".

–¿Huellas?

–Sí, huellas.

–¿De un hombre o de una mujer?

Durante unos instantes, el doctor Mortimer nos miró extrañado y su voz se convirtió casi en un susurro:

–Señor Holmes, ¡eran las huellas de un gigantesco sabueso!

3 El problema

Confieso que sentí un escalofrío al oír aquellas palabras. La voz estremecida del doctor mostraba que también a él le afectaba profundamente lo que acababa de contarnos. La emoción hizo que Holmes se inclinara hacia adelante y que sus ojos brillaran duros e impasibles, iluminados como cuando algo realmente le interesa.

–¿Las vio usted?

–Tan claramente como estoy viéndolo a usted.

–¿Y no dijo nada?

–¿Para qué?

–¿Cómo es que nadie más las vio?

–Las huellas estaban a unos veinte metros del cadáver y nadie se ocupó de ellas. Supongo que yo habría hecho lo mismo si no hubiera conocido la leyenda.

–¿Hay muchos perros pastores en el páramo?

–Sin duda, pero en este caso no se trataba de un pastor.

–¿Dice usted que era grande?

–Enorme.

–Pero, ¿no se había acercado al cadáver?

–No.

–¿Cómo estaba el tiempo aquella noche?

–Húmedo y frío.

–¿Pero no llovía?

–No.

–¿Cómo es el paseo?

–Hay dos hileras de tejos muy antiguos que forman un cerco impenetrable de cuatro metros de altura. El paseo propiamente tal tiene unos tres metros de ancho.

–¿Hay algo entre los cercos y el paseo?

–Sí, una franja de césped de dos metros de ancho a cada lado.

–¿Es exacto decir que el cerco que forman los tejos queda cortado por un portillo?

–Sí; el portillo que da al páramo.

–¿Existe alguna otra comunicación?

–Ninguna.

–¿De manera que para llegar al paseo de los Tejos hay que venir de la casa o bien entrar por el portillo del páramo?

–Hay otra salida en el extremo más lejos de la casa.

–¿Había llegado hasta allí Sir Charles?

–No; se encontraba a unos cincuenta metros.

–Dígame ahora, doctor Mortimer, y esto es importante, las huellas que usted vio ¿estaban en el camino y no en el césped?

–En el césped no se marcan las huellas.

–¿Estaban en el lado del paseo donde se encuentra el portillo?

–Sí; al borde del camino y en el mismo lado.

–Me interesa extraordinariamente lo que cuenta. Otro punto más: ¿estaba cerrado el portillo?

–Cerrado y con el candado puesto.

–¿Qué altura tiene?

–Algo más de un metro.

–En ese caso, cualquiera podría haber pasado por encima.

–Efectivamente.

–Y, ¿qué señales vio usted junto al portillo?

–Ninguna especial.

–¡Dios del cielo! ¿Nadie lo examinó?

–Yo mismo lo hice.

–¿Y no encontró nada?

–Era todo muy confuso. Sir Charles, no hay duda, permaneció allí cinco o diez minutos.

–¿Cómo lo sabe?

–Porque se le cayó dos veces la ceniza del cigarro.

–¡Excelente! He aquí, Watson, un colega de acuerdo con nuestros gustos. Pero, ¿y las huellas?

–Sir Charles había dejado las suyas repetidamente en una pequeña parte del camino y no pude descubrir ninguna otra.

Sherlock Holmes se golpeó la rodilla con la mano en un gesto de impaciencia.

–¡Ah, si yo hubiera estado allí! –exclamó–. Se trata de un caso muy interesante, que ofrece grandes oportunidades al experto científico. Ese paseo, en el que tanto se podría haber leído, hace ya tiempo que ha sido borrado por la lluvia y desfigurado por los zuecos de campesinos curiosos. ¿Por qué no me llamó usted, doctor Mortimer? Ha cometido un pecado de omisión.

–No podía llamarlo, señor Holmes, sin revelar al mundo los hechos que acabo de contarle, y ya he dado mis razones para no querer hacerlo. Además…

–¿Por qué duda usted?

–Existe un aspecto que se escapa hasta al más agudo y experimentado de los detectives.

–¿Quiere decir que se trata de algo sobrenatural?

–No lo he afirmado.

–No, pero es evidente que lo piensa.

–Desde que sucedió la tragedia, señor Holmes, me han llegado varios incidentes difíciles de resolver bajo el orden natural.

–¿Por ejemplo?

–He descubierto que antes del terrible suceso, varias personas vieron en el páramo a una criatura que coincide con el demonio de Baskerville, y no es posible que se trate de ningún animal conocido por la ciencia. Todos describen a una enorme criatura, luminosa, horrible y espectral. He interrogado a esas personas: un campesino con gran sentido práctico, un herrero y un agricultor del páramo. Los tres cuentan la misma historia de una espantosa aparición, que se corresponde exactamente con el sabueso infernal de la leyenda. Le aseguro que se ha instalado el terror en el distrito y que nadie cruza el páramo de noche.

–Y usted, un profesional de la ciencia, ¿cree que se trata de algo sobrenatural?

–Ya no sé qué creer.

Holmes se encogió de hombros.

–Hasta ahora he limitado mis investigaciones a este mundo –dijo–. Combato el mal dentro de mis modestas posibilidades, pero enfrentarse con el Padre del Mal en persona quizá sea una tarea demasiado ambiciosa. Usted admite, sin embargo, que las huellas son corpóreas.

–El primer sabueso era lo bastante corpóreo para desgarrar la garganta de un hombre sin dejar por ello de ser diabólico.

–Ya veo que usted notoriamente se ha pasado al sobrenaturalismo. Pero dígame una cosa, doctor Mortimer, si es ésa su opinión, ¿por qué ha venido a preguntarme? Me dice usted que es inútil investigar la muerte de Sir Charles y al mismo tiempo quiere que lo haga.

–No he dicho que quiero que lo haga.

–En ese caso, ¿cómo puedo ayudarle?

–Aconsejándome qué hacer con Sir Henry Baskerville, que llega a la estación de Waterloo –el doctor Mortimer miró su reloj– dentro de hora y cuarto exactamente.

–¿Es el heredero?

–Sí. Al morir Sir Charles indagamos acerca de ese joven, y se descubrió que se había consagrado a la agricultura en Canadá. De acuerdo con los informes que hemos recibido se trata de un excelente sujeto desde todos los puntos de vista. Ahora no hablo como médico sino en calidad de fideicomisario y albacea de Sir Charles.

–¿No hay ningún otro demandante, supongo?

–Ninguno. El único familiar que pudimos rastrear, además de él, fue Rodger Baskerville, el menor de los tres hermanos de los que Sir Charles era el mayor. El segundo, que murió joven, era el padre de este muchacho, Henry. El tercero, Rodger, fue la oveja negra de la familia. Procedía de la vieja cepa autoritaria de los Baskerville y, según me han contado, era la viva imagen del retrato familiar del viejo Hugo. Su situación se complicó a tal punto que tuvo que huir de Inglaterra y dar con sus huesos en América Central, donde murió de fiebre

amarilla en 1876. Henry es el último de los Baskerville. Dentro de una hora y cinco minutos me reuniré con él en la estación de Waterloo. Lo supe por un telegrama que llegó esta mañana a Southampton. Y ésa es mi pregunta, señor Holmes, ¿qué me aconseja que haga con él?

–¿Por qué tendría que renunciar a volver al hogar de sus mayores?

–Parece lo lógico, ¿no es cierto? Y, sin embargo, considerando que todos los Baskerville que van allí son víctimas de un destino cruel, estoy seguro que si Sir Charles hubiera podido hablar conmigo antes de morir me habría hecho una advertencia. Probablemente, me habría dicho que no llevara a ese lugar horrible al último descendiente de la antigua raza y heredero de una gran fortuna. No se puede negar, sin embargo, que la prosperidad de toda la zona, tan pobre y desolada, depende de su presencia. Todo lo bueno que ha hecho Sir Charles se vendrá abajo si la mansión se queda vacía. Y ante el temor de dejarme llevar por mi evidente interés en el asunto, he decidido exponerle el caso y pedirle consejo.

Holmes reflexionó unos instantes.

–En pocas palabras, la cuestión es la siguiente: según usted existe un agente diabólico que hace de Dartmoor una residencia peligrosa para un Baskerville, ¿no es así?

–Al menos estoy dispuesto a afirmar que existen algunas pruebas en ese sentido.

–Exacto. Pero, indudablemente, si su teoría sobrenatural es correcta, el joven en cuestión está expuesto al imperio del mal tanto en Londres como en Devonshire. Un demonio con un poder tan localizado como el de una junta parroquial sería demasiado inconcebible.

–Plantea usted la cuestión, señor Holmes, con una liviandad a la que probablemente renunciaría si entrara en contacto personal con estas cosas. Su punto de vista, según entiendo, es que el joven Baskerville correrá en Devonshire los mismos

peligros que en Londres. Llega dentro de cincuenta minutos. ¿Qué recomendaría usted?

–Lo que yo le recomiendo, señor mío, es que tome un coche, llame a su spaniel, que está arañando la puerta principal y siga su camino hasta Waterloo para reunirse con Sir Henry Baskerville.

–¿Y después?

–Después no le dirá nada hasta que yo tome una decisión sobre este asunto.

–¿Cuánto tiempo necesitará?

–Veinticuatro horas. Le agradeceré mucho, doctor Mortimer, que mañana a las diez en punto de la mañana venga a visitarme; también será muy útil para mis planes futuros que traiga consigo a Sir Henry Baskerville.

–Así lo haré, señor Holmes.

Anotó los detalles de la cita en el puño de la camisa y, con su manera distraída y un tanto peculiar de persona corta de vista, salió rápidamente de la habitación. Holmes, que recordó algo de pronto, logró detenerlo en el pasillo.

–Una última pregunta, doctor Mortimer. ¿Ha dicho usted que antes de la muerte de Sir Charles varias personas vieron esa aparición en el páramo?

–Tres exactamente.

–¿Se sabe de alguien que la haya visto después

–No ha llegado a mis oídos.

–Muchas gracias. Buenos días.

Holmes regresó a su asiento con un gesto sereno de satisfacción interior del que podía deducirse que tenía delante una tarea que le agradaba.

–¿Va usted a salir, Watson?

–Únicamente si no puedo serle de ayuda.

–No, mi querido amigo, es en el momento de la acción cuando me dirijo a usted en busca de ayuda. Pero esto que acabamos de oír es espléndido, realmente único desde varios puntos de vista. Cuando pase por Bradley's, ¿sería tan amable de pedirle que me envíe una libra de el tabaco más fuerte que tenga? Muchas gracias. También le agradecería que se organizara de tal manera que no regrese antes de la noche. En tal momento me gustaría mucho comparar impresiones acerca del interesantísimo problema que se nos ha presentado esta mañana.

Yo sabía que a Holmes le era imprescindible recluirse y el aislarse varias horas para una intensa concentración mental, en las que sopesaba hasta los indicios más insignificantes y elaboraba diversas teorías que luego contrastaba, para decidir qué puntos eran esenciales y cuáles carecían de importancia. De manera que pasé el día en mi club y no regresé a Baker Street hasta la noche. Eran casi las nueve cuando abrí de nuevo la puerta de la sala de estar.

Mi primera impresión fue que se había declarado un incendio, porque había tanto humo en la habitación que apenas se distinguía la luz de la lámpara situada sobre la mesa. Apenas entré, se disiparon mis temores, al darme cuenta de que la picazón en la garganta que me hizo toser, procedía del humo acre de un tabaco muy fuerte y áspero. A través de la neblina tuve una vaga visión de Holmes en bata, hecho un ovillo en un sillón y con la pipa de arcilla negra entre los labios. A su alrededor había varios rollos de papel.

–¿Se ha resfriado, Watson?

–No; es esta atmósfera irrespirable.

–Supongo que está un poco cargada, ahora que usted lo menciona.

–¡Un poco cargada! Es intolerable.

–¡Abra la ventana entonces! Se ha pasado usted todo el día en el club, por lo que veo.

–¡Mi querido Holmes!

–¿Estoy en lo cierto?

–Desde luego, pero ¿cómo…?

A Holmes le hizo reír mi expresión de desconcierto.

–Hay en usted cierta agradable inocencia, Watson, que transforma mis modestas facultades de deducción, en un ejercicio placentero. Un caballero sale de casa un día lluvioso en el que las calles se llenan de barro y regresa por la noche inmaculado, con el brillo del sombrero y de los zapatos todavía intacto. Eso significa que no se ha movido en todo el tiempo. No es un hombre que tenga amigos íntimos. ¿Dónde puede haber estado, por lo tanto? ¿No es evidente?

–Sí, bastante.

–El mundo está lleno de cosas evidentes en las que nadie se fija ni por casualidad. ¿Dónde se imagina usted que he estado yo?

–Tampoco se ha movido.

–Muy al contrario, porque he estado en Devonshire.

–¿En espíritu?

–Exactamente. Mi cuerpo se ha quedado en este sillón y, en mi ausencia, siento comprobarlo, ha consumido el contenido de dos cafeteras de buen tamaño y una increíble cantidad de tabaco. Después de que usted se fue pedí que me enviaran de Stanford’s un mapa oficial de esa parte del páramo y mi espíritu se ha pasado todo el día suspendido sobre él. Creo estar en condiciones de recorrerlo sin perderme.

–Un mapa a gran escala, supongo.

–A grandísima escala –Holmes procedió a desenrollar una sección, sosteniéndola sobre la rodilla–. Aquí tiene usted el distrito concreto que nos interesa. Es decir, con la mansión de los Baskerville en el centro.

–¿Y un bosque alrededor?

–Exactamente. Me imagino que el paseo de los Tejos, aunque no está señalado con ese nombre, debe extenderse a lo largo de

esta línea, con el páramo, como puede usted ver, a la derecha. Ese puñado de edificios es la aldea de Grimpen, donde tiene su sede nuestro amigo el doctor Mortimer. Tenga en cuenta que en un radio de ocho kilómetros tan solo hay algunas casas desperdigadas. Aquí está la mansión Lafter, mencionada en el relato que leyó el doctor Mortimer. Esta indicación de una casa quizá señale la residencia del naturalista…, si no recuerdo mal su apellido era Stapleton. Aquí vemos dos granjas dentro del páramo, High Tor y Foulmire. Luego, a más de veinte kilómetros, la prisión de Princetown. Entre esos puntos desperdigados se extiende el páramo deshabitado y sin vida. Por lo tanto, ese es el escenario donde se ha representado la tragedia y donde quizá contribuyamos a que se represente de nuevo.

–Debe de ser un lugar extraño.

–Sí, el decorado merece la pena. Si el diablo de verdad desea intervenir en los asuntos de los hombres…

–¿Se inclina usted entonces hacia la explicación sobrenatural?

–Los agentes del demonio pueden ser de carne y hueso, ¿no es cierto? Hay dos cuestiones que aclarar antes que nada. La primera es si se ha cometido algún delito; la segunda, ¿qué delito y cómo? Por supuesto, si la teoría del doctor Mortimer fuera correcta y tuviéramos que enfrentarnos con las fuerzas que desbordan las leyes naturales, nuestra investigación moriría antes de empezar. Pero estamos obligados a agotar todas las demás hipótesis antes de recurrir a ésa. Creo que podemos volver a cerrar esa ventana, si no tiene usted inconveniente. Es muy curioso, pero descubro que una atmósfera cargada contribuye a mantener la concentración mental. No lo he llevado hasta el extremo de meterme en una caja para pensar, pero ése sería el resultado lógico de mis convicciones. ¿También usted le ha dado vueltas al caso?

–Sí; he pensado mucho en ello durante todo el día. –¿Ha llegado a alguna conclusión?

–Es muy desconcertante.

–Sin duda tiene unas características muy peculiares. Hay puntos muy sobresalientes. El cambio en la forma de las huellas, por ejemplo. ¿Qué opina usted de eso?

–Mortimer dijo que el difunto recorrió de puntillas aquella parte del paseo.

–El doctor se limitó a repetir lo que algún estúpido había dicho en la investigación. ¿Por qué tendría nadie que avanzar de puntillas paseo adelante?

–¿Qué sucedió entonces?

–Corría, Watson…, corría desesperadamente para salvar la vida; corría hasta que le estalló el corazón y cayó muerto de bruces.

–Corría…, ¿alejándose de qué?

–Eso es lo que tenemos que averiguar. Hay indicios de que Sir Charles estaba ya obnubilado por el miedo antes de empezar a correr.

–¿Cómo lo sabe usted?

–Imagino que sus temores vinieron cuando atravesaba el páramo. Si es así, y parece lo más probable, solo un hombre que ha perdido la razón corre alejándose de la casa en vez de regresar a ella. Si se puede dar crédito al testimonio del gitano, corrió pidiendo auxilio hacia donde era menos probable que recibiera ayuda. Por otra parte, ¿a quién estaba esperando aquella noche, y por qué esperaba en el paseo de los Tejos y no en la casa?

–¿Cree usted que esperaba a alguien?

–Sir Charles era un hombre enfermo y de edad avanzada. Es comprensible que diera un paseo a última hora, pero, dada la humedad del suelo y la inclemencia de la noche, ¿es lógico pensar que se quedó quieto cinco o diez minutos, como dedujo el doctor Mortimer a partir de la ceniza del cigarro, con más sentido práctico del que yo le hubiera dado a ese dato?

–Pero salía todas las noches.

–Me parece improbable que se detuviera todas las noches junto al portillo. Sabemos, por el contrario, que tendía a evitar el páramo. Aquella noche esperó allí. Al día siguiente se disponía a salir para Londres. El asunto empieza a tomar forma, Watson. Se hace coherente. Si no le importa, páseme el violín y no volveremos a pensar en esto hasta reunirnos con el doctor Mortimer y con Sir Henry Baskerville, mañana por la mañana.

4 Sir Henry Baskerville

Terminamos pronto de desayunar y Holmes, en bata, esperó a que llegara el momento de la entrevista prometida. Nuestros clientes llegaron a la hora exacta a la reunión: eran las diez en punto cuando el doctor Mortimer entró, seguido del joven baronet[8], un hombre de unos treinta años, pequeño pero robusto, despierto, con un rostro de rasgos enérgicos que reflejaban un carácter batallador. Tenía ojos negros y espesas cejas del mismo color, vestía un traje de tweed de color rojizo y tenía la tez curtida de quien ha pasado mucho tiempo al aire libre. Había algo en la firmeza de su mirada y en la tranquila seguridad de sus modales que ponían de manifiesto su noble cuna.

–Sir Henry Baskerville –dijo el doctor Mortimer.

–A su disposición –dijo Sir Henry–, y lo más extraño, señor Holmes, es que si mi amigo, aquí presente, no me hubiera propuesto venir a verlo hoy por la mañana, habría venido yo por iniciativa propia. Según creo, resuelve usted pequeños rompecabezas y esta mañana me he encontrado con uno que requiere más sustancia gris de la que yo estoy en condiciones de consagrarle.

–Haga el favor de tomar asiento, Sir Henry. ¿Si no me equivoco, usted ya ha tenido alguna experiencia notable desde su llegada a Londres?

–Nada de importancia, señor Holmes. Tan solo una broma, probablemente. Se trata de una carta, si es que se la puede llamar así, que he recibido esta mañana.

Sir Henry dejó un sobre en la mesa y todos nos inclinamos para verlo. Era de calidad corriente y color grisáceo. Las señas, “Sir Henry Baskerville, Northumberland Hotel”, estaban escritas toscamente, en el matasellos se leía “Charing Cross” y la carta se había echado al correo la noche anterior.

–¿Quién sabía que usted se alojaría en el Northumberland Hotel? –preguntó Holmes, mirando con gran interés a nuestro visitante.

–No lo sabía nadie. Lo decidí después de conocer al doctor Mortimer.

–Pero, sin duda, el doctor Mortimer se alojaba allí con anterioridad.

–No –dijo el doctor–; estuve disfrutando de la hospitalidad de un amigo. No había ningún indicio de que fuéramos a elegir ese hotel.

–¡Hummm! Alguien parece estar muy interesado en sus movimientos –Holmes sacó del sobre medio pliego doblado en cuatro que procedió a abrir y extender sobre la mesa. Una sola frase, escrita por el procedimiento de pegar en el papel palabras impresas, ocupaba el centro de la hoja y decía lo siguiente: "Si da usted valor a su vida o a su razón, se alejará del páramo". Tan solo la palabra "páramo" estaba escrita a mano.

–Ahora –dijo Sir Henry Baskerville– alomejor me puede decir, señor Holmes, cuál es, por los mil demonios, el significado de todo esto y quién está tan interesado en mis asuntos.

–¿Qué opina usted, doctor Mortimer? Tendrá usted que reconocer, al menos, que no hay nada de sobrenatural en ello.

–No, desde luego, pero podría venir de alguien convencido de que existe una intervención sobrenatural.

–¿De qué están hablando? –preguntó Sir Henry con aspereza–. Tengo la impresión de que todos ustedes, caballeros, están más al tanto que yo de mis propios asuntos.

–Le contaremos todo lo que sabemos antes de que abandone esta habitación, Sir Henry, se lo prometo –dijo Sherlock Holmes–. Pero por el momento, con su permiso, nos ceñiremos a este documento tan interesante, que debe de haberse escrito y echado al correo anoche. ¿Tiene usted el *Times* de ayer, Watson?

–Está ahí en el rincón.

–¿Le importa acercármelo…, la tercera página, con los editoriales? –Holmes examinó los artículos con rapidez, recorriendo las columnas de arriba abajo con la mirada–. Un editorial muy importante sobre la libertad de comercio. Permítanme que les lea un extracto. –"Quizá lo engatusen a usted para que se imagine que su especialidad comercial o su industria se verán incentivadas mediante una tarifa protectora, pero si da en utilizar la razón comprenderá que, a la larga, esa legislación alejará del país mucha riqueza, disminuirá el valor de nuestras importaciones y empeorará las condiciones generales de vida en nuestras tierras". ¿Qué le parece, Watson? –exclamó Holmes, con gran regocijo, frotándose las manos satisfecho–. ¿No cree usted que se trata de una opinión admirable?

El doctor Mortimer miró a Holmes con interés profesional y Sir Henry Baskerville volvió hacia mí unos ojos tan oscuros como desconcertados.

–No sé mucho sobre tarifas y cosas semejantes –dijo–, pero me parece que nos estamos apartando un poco de la cuestión.

–Pues yo opino, por el contrario, que la estamos siguiendo muy de cerca, Sir Henry. Watson, aquí presente, sabe más que usted acerca de mis métodos, pero me temo que tampoco él ha captado del todo la importancia de esta frase.

–No; confieso que no veo la relación.

–Y, sin embargo, mi querido Watson, existe una conexión muy estrecha, dado que la primera está sacada de ésta. "Usted", "su" "su", "vida", "razón", "valor", "alejará", "del". ¿Ve usted ahora de dónde se han tomado esas palabras?

–¡Por los mil demonios, usted tiene razón! ¡Es de lo más ingenioso que he visto! –exclamó Sir Henry. –Y si quedara alguna duda, basta con ver cómo "alejará" y "del" están en el mismo recorte.

–Cierto, ¡así es!

–A decir verdad, señor Holmes, esto sobrepasa cualquier cosa que hubiera podido imaginar –dijo el doctor Mortimer, contemplando a mi amigo con asombro–. Entendería que alguien dijera que las palabras han salido de un periódico, pero precisar cuál y añadir que se trata del editorial, es una de las cosas más sorprendentes que he visto. ¿Cómo lo ha hecho?

–Imagino, doctor, que usted distinguiría entre el cráneo de un negro y el de un esquimal.

–Sin duda.

–Pero, ¿cómo?

–Porque es mi pasatiempo favorito. Las diferencias son evidentes. El borde supraorbital, el ángulo facial, la curva del maxilar, el…

–Pues éste es mi pasatiempo favorito y las diferencias también son evidentes. A mis ojos es tanta la diferencia entre el tipo de imprenta grande y bien espaciado de un artículo del *Times* y la impresión descuidada de un periódico de la tarde de medio penique como la que pueda existir para usted entre sus negros y sus esquimales. La detección de caracteres de imprenta es una de las ramas más elementales del saber para el experto en delitos, aunque debo confesar que, en una ocasión, cuando era muy joven, confundí el *Leeds Mercury* con el *Western Morning News*. Pero un editorial del *Times* es inconfundible y esas palabras no se podían haber tomado de ningún otro sitio. Y como se hizo ayer, era más que probable que las encontráramos donde las hemos encontrado.

–Hasta donde soy capaz de seguirle, señor Holmes –dijo Sir Henry Baskerville–, afirma usted que alguien cortó ese mensaje con unas tijeras…

–Tijeras para uñas –dijo Holmes–. Se puede ver que eran unas tijeras de hoja muy pequeña, porque el que lo hizo tuvo que dar dos tijeretazos para “alejará del”.

–Efectivamente. Alguien, entonces, recortó el mensaje con unas tijeras muy pequeñas, lo pegó con engrudo…

–Goma –dijo Holmes.

–Con goma en el papel. Pero me gustaría saber por qué tuvo que escribir la palabra "páramo".

–Porque el autor no la encontró en letra impresa. Las otras palabras eran sencillas y podían encontrarse en cualquier ejemplar del periódico, pero "páramo" es menos común.

–Claro, eso lo explica. ¿Ha descubierto usted algo más en ese mensaje, señor Holmes?

–Hay uno o dos indicios, aunque se ha hecho todo lo posible por eliminar cualquier pista. La dirección, si se fija usted, está escrita con letra muy tosca. *The Times*, sin embargo, es un periódico que prácticamente solo leen las personas con una educación superior. Por lo tanto, podemos deducir que quien compuso la carta es una persona educada, que quiso hacerse pasar por inculta y que su preocupación por ocultar su letra sugiere que quizá alguno de ustedes la conozca o pueda llegar a conocerla. Fíjense, además, en que las palabras no están pegadas con precisión, sino unas mucho más altas que otras. "Vida", por ejemplo, está completamente fuera de su lugar, lo que puede reflejar descuido o tal vez agitación y prisa. Me inclino por esto último, ya que se trata de un asunto realmente importante y no es probable que el redactor de la carta quisiera descuidar su tarea. Con esto, surge la interesante pregunta de por qué estaba tan apurado, si Sir Henry habría recibido cualquier carta que se echara al correo por la mañana temprano, antes de abandonar el hotel. ¿Acaso su autor temía una interrupción y, en ese caso, de quién?

–Estamos entrando en el terreno de las conjeturas –dijo el doctor Mortimer.

–Digamos, más bien, en el terreno donde sopesamos posibilidades y elegimos la más probable. Es el uso científico de la imaginación, pero siempre tenemos una base material para sustentar nuestras especulaciones. Sin duda puede usted llamarlo conjetura, pero estoy casi seguro de que estas señas se han escrito en un hotel.

–¿Cómo demonios puede usted saberlo?

–Si las examina cuidadosamente descubrirá que tanto la pluma como la tinta han causado problemas a la persona que escribía. La pluma ha manchado con borrones dos veces la misma palabra y se ha quedado seca tres veces en muy poco tiempo, lo que demuestra que había muy poca tinta en el tintero. Ahora bien, raras veces se permite que una pluma o un tintero personales lleguen a esa situación, y la combinación de las dos ha de ser bastante rara. Pero todos ustedes conocen las plumas y los tinteros de los hoteles, donde lo raro es encontrar otra cosa. Sí: afirmo casi sin lugar a duda que si pudiéramos examinar el contenido de las papeleras de los hoteles de los alrededores de Charing Cross hasta encontrar el resto del mutilado editorial del Times, podríamos descubrir a la persona que envió este singular mensaje. ¡Vaya, vaya! ¿Qué es esto?

Sherlock Holmes estaba examinando cuidadosamente el medio pliego con las palabras pegadas, colocándoselo a pocos centímetros de los ojos.

–¿Y bien?

–Nada –respondió Holmes, dejándolo caer–. Es la mitad de un pliego totalmente en blanco, sin filigrana siquiera. Creo que hemos extraído toda la información posible de esta curiosa carta. Ahora, Sir Henry, ¿le ha sucedido alguna otra cosa de interés desde su llegada a Londres?

–No, señor Holmes, me parece que no.

–¿No ha observado que nadie lo siguiera o lo vigilara?

–Tengo la impresión de haberme convertido en personaje de novela barata –dijo nuestro visitante–. ¿Por qué demonios alguien me vigilaría o seguiría?

–Estamos llegando a eso. ¿No tiene usted que informarnos de nada más antes de que hablemos de su viaje?

–Bueno, depende de lo que usted considere digno de mención.

–Creo que todo lo que sea fuera de lo común es digno de mención.

Sir Henry sonrió.

–Todavía no sé mucho de la vida británica, porque he pasado la mayor parte de mi existencia en Estados Unidos y en Canadá. Pero supongo que aquí tampoco es muy común perder una bota.

–¿Ha perdido una bota?

–Mi querido señor –exclamó el doctor Mortimer–, tan solo se ha extraviado. Estoy seguro de que la encontrará cuando vuelva al hotel. ¿Qué sentido tiene molestar al señor Holmes con insignificancias como ésa?

–Me ha preguntado por cualquier cosa que se saliera de lo común.

–Así es –intervino Holmes–, aunque el incidente pueda parecer completamente estúpido. ¿Dice usted que ha perdido una bota?

–Digamos, más bien, que se ha extraviado. Anoche dejé las dos afuera y por la mañana solo había una. No he conseguido sacar nada en limpio del lustrabotas del hotel. Y lo peor de todo es que las compré precisamente anoche en el Strand y aún no las he estrenado.

–Si no se las había puesto, ¿por qué las dejó afuera para que se las limpiaran?

–Eran unas botas de cuero y estaban sin charolar. Por eso las saqué.

–¿Tengo que entender entonces que al llegar ayer a Londres salió inmediatamente a la calle y se compró un par de botas?

–Compré muchas cosas. El doctor Mortimer, aquí presente, me acompañó. Usted comprenderá que si voy a ser un terrateniente destacado, debo vestirme acorde a mi categoría social. Puede ser que haya sido un poco descuidado en América. Compré, entre otras cosas, esas botas marrones (pagué seis dólares por ellas) y he conseguido que me roben una antes de estrenarlas.

–Parece un robo particularmente inútil –dijo Sherlock Holmes–. Confieso, al igual que el doctor Mortimer, que creo que la bota aparecerá dentro de poco.

–Y ahora, caballeros –dijo el baronet con decisión– me parece que he hablado más que suficiente de lo poco que sé. Ya es hora de que cumplan ustedes su promesa y me den una información completa sobre el asunto que a todos nos ocupa.

–Su petición es muy razonable –respondió Holmes–. Doctor Mortimer, creo que lo mejor será que cuente usted la historia a Sir Henry tal como nos la contó a nosotros.

Al recibir aquel estímulo, nuestro amigo el hombre de ciencia se sacó los papeles que llevaba en el bolsillo y presentó el caso como lo había hecho el día anterior. Sir Henry le escuchó con la más profunda atención y con alguna exclamación de sorpresa de vez en cuando.

–Vaya, parece que afortunadamente me ha tocado algo más que una herencia –comentó, una vez terminada la larga narración–. Por supuesto, llevo oyendo hablar del sabueso desde mi infancia. Es la historia preferida de la familia, aunque hasta ahora nunca se me había ocurrido tomarla en serio. Pero, por lo que se refiere a la muerte de mi tío…, bueno, todo parece revolverse en mi cabeza y todavía no consigo verlo con claridad. Creo que aún ustedes no han decidido si hay que acudir a la policía o a un clérigo.

–Exactamente.

–Y ahora se añade el asunto de la carta que me han mandado al hotel. Supongo que eso encaja con lo demás.

–Parece indicar que hay alguien que sabe más que nosotros sobre lo que pasa en el páramo –dijo el doctor Mortimer.

–Y alguien además –añadió Holmes– que está bien dispuesto hacia usted, puesto que lo previene del peligro.

–O que quizá quiere asustarme en beneficio propio.

–Sí, por supuesto, también eso es posible. Estoy muy en deuda con usted, doctor Mortimer, por haberme presentado un

problema que ofrece varias alternativas interesantes. Pero tenemos que resolver una cuestión práctica, Sir Henry: la de si es aconsejable que vaya usted a la mansión de los Baskerville.

–¿Por qué tendría que renunciar a hacerlo?

–Podría ser peligroso.

–¿Se refiere usted al peligro de ese demonio familiar o a la actuación de seres humanos?

–Bien; eso es lo que tenemos que averiguar.

–En cualquiera de los dos casos, mi respuesta es la misma. No hay demonio en el infierno ni hombre sobre la faz de la tierra capaz de impedir que vuelva a la casa de mi familia, y le aseguro que esta es mi respuesta definitiva –frunció el entrecejo mientras hablaba y su rostro enrojeció vivamente. No cabía duda de que el carácter fogoso de los Baskerville seguía presente en el último retoño de la estirpe–. Por otra parte –continuó–, apenas he tenido tiempo de pensar en todo lo que ustedes me han contado. Es mucho pedir que una persona entienda y decida a la vez. Me gustaría disponer de una hora de tranquilidad. Vamos a ver, señor Holmes: ahora son las once y media y yo voy a volver directamente a mi hotel. ¿Qué le parece si usted y su amigo, el doctor Watson, se reúnen a las dos con nosotros y almorzamos juntos? Para entonces estaré en condiciones de decirle con más claridad cómo veo las cosas.

–¿Tiene usted algún inconveniente, Watson?

–Ninguno.

–En ese caso cuenten con nosotros. ¿Quiere que llame a un taxi?

–Prefiero caminar, porque este asunto me ha puesto un poco nervioso.

–Y yo le acompañaré con mucho gusto –dijo el doctor Mortimer.

–En ese caso volveremos a reunimos a las dos. ¡Hasta luego y buenos días!

Oímos los pasos de nuestros visitantes en la escalera y el ruido de la puerta de la calle al cerrarse. En un instante Holmes había dejado de ser el soñador lánguido para transformarse en el hombre de acción.

–¡Enseguida, Watson, póngase el sombrero y las botas! ¡Ni un momento que perder! –Holmes se dirigió a toda prisa hacia su habitación para quitarse la bata y regresó a los pocos segundos con la chaqueta puesta.

Bajamos apresuradamente las escaleras y salimos a la calle. El doctor Mortimer y Baskerville todavía eran visibles a unos doscientos metros por delante de nosotros en dirección a Oxford Street.

–¿Quiere que corra y los alcance?

–De ninguna manera, mi querido Watson. Su compañía me satisface plenamente, si a usted no le molesta la mía. Nuestros amigos han acertado, porque sin duda es una mañana muy adecuada para pasear.

Sherlock Holmes aceleró el paso hasta que la distancia que nos separaba se redujo a la mitad.

Luego, siempre manteniéndonos unos cien metros por detrás, seguimos a Baskerville y a Mortimer por Oxford Street y después por Regent Street. En una ocasión nuestros amigos se detuvieron a mirar un escaparate y Holmes hizo lo mismo. Un instante después dejó escapar un leve grito de satisfacción y, al seguir la dirección de su mirada, vi que un descapotable que se había detenido al otro lado de la calle comenzaba nuevamente a andar.

–¡Ahí está nuestro hombre, Watson! ¡Venga! Al menos podremos verlo, aunque no podamos hacer nada más.

En aquel momento me di cuenta de que una espesa barba negra y dos ojos muy penetrantes se habían vuelto hacia nosotros por la ventanilla del coche. Inmediatamente se levantó la apertura del techo, el cochero recibió una orden a gritos y el vehículo salió disparado por Regent Street. Holmes buscó ansiosamente con la vista otro coche desocupado, pero

no había ninguno. Luego se puso a correr desesperadamente entre la corriente del tráfico, pero le llevaban mucha ventaja y muy pronto el descapotable se perdió de vista.

–¡Qué contradicción! –dijo Holmes con amargura al apartarse del pasar de los coches, jadeante y pálido de indignación –. ¿Ha existido alguna vez peor suerte y mayor torpeza? Watson, Watson, si es usted honesto ¡tendrá que apuntar esto en la libreta de registros, contraponiéndolo a mis éxitos!

–¿Quién era ese individuo?

–No tengo la menor idea.

–¿Un espía?

–Por lo que hemos oído era evidente que a Baskerville lo han estado siguiendo muy de cerca desde que llegó a Londres. De lo contrario, ¿cómo habría podido saberse tan pronto que se alojaba en el hotel Northumberland? Si lo habían seguido el primer día, era lógico que también lo siguieran el segundo. Quizá usted se percató de que fui dos veces a la ventana mientras el doctor Mortimer leía el texto de la leyenda.

–Sí, lo recuerdo.

–Quería ver si alguien merodeaba por la calle, pero no vi nada. Nos enfrentamos con un hombre inteligente, Watson. Se trata de un asunto muy serio y aunque no he decidido aún si estamos en contacto con un agente benévolo o uno perverso, estoy seguro de que es inteligente y decidido. Cuando se fueron, los seguí al instante con la esperanza de localizar a su invisible acompañante, pero nuestro hombre ha tenido la precaución de no trasladarse a pie sino en coche, lo que le permitía rezagarse o adelantarlos a toda velocidad, impidiendo que lo detectaran. Ese método tiene la ventaja adicional de que si hubieran tomado un vehículo ya estaba preparado para seguirlos. Pero tiene, sin embargo, una desventaja.

–Lo pone a disposición del cochero.

–Exactamente.

–¡Es una lástima que no tomáramos el número!

–Mi querido Watson, a pesar de que actué torpemente, no pensará usted seriamente que he olvidado ese pequeño detalle. Nuestro hombre es el 2704. Pero por el momento no nos sirve de nada.

–No veo qué más podría usted haber hecho.

–Al descubrir ese coche debería haber dado la vuelta y haberme alejado, para luego alquilar con toda calma un segundo descapotable y seguir al primero a una distancia prudente, o mejor aún, trasladarme al hotel Northumberland y esperar allí. Después de que el desconocido hubiera seguido a Baskerville hasta su casa, habríamos tenido la oportunidad de jugar a su mismo juego y ver a dónde se dirigía él. Pero, debido a una impaciencia indiscreta, de la que nuestro contrincante supo aprovecharse con extraordinaria celeridad y energía, nos hemos traicionado y lo hemos perdido.

Durante esta conversación habíamos seguido avanzando lentamente por Regent Street y ya hacía tiempo que el doctor Mortimer y su acompañante se habían perdido de vista.

–No tiene sentido que continuemos –dijo Holmes–. La persona que los seguía se ha ido y no volverá. Tendremos que ver si logramos otros triunfos y los jugamos con decisión. ¿Podría usted reconocer el rostro del hombre que iba en el descapotable?

Sólo reconocería la barba.

–Lo mismo me sucede a mí. Deduzco, entonces, que probablemente era una barba postiza. Un hombre inteligente que lleva a cabo una misión tan delicada, solo utiliza una barba para dificultar su identificación. ¡Venga conmigo, Watson!

Holmes entró en una de las oficinas de investigaciones del distrito, donde el gerente lo recibió de manera muy afectuosa.

–Ya veo, Watson, que no ha olvidado el caso en que tuve la suerte de poder ayudarle.

–No, señor; le aseguro que no lo he olvidado. Usted salvó mi reputación y quizá también mi vida.

–Exagera, amigo mío. Si no recuerdo mal, uno de sus empleados es de apellido Cartwright, el que mostró cierto talento durante nuestra investigación.

–Sí, señor; todavía sigue con nosotros.

–¿Podría usted llamarlo? ¡Muchas gracias! Y también me gustaría que me cambiara este billete de cinco libras.

El encargado llamó al jovencito y se presentó ante nosotros. Tenía catorce años de edad, un rostro despierto y una mirada inquisitiva. Se quedó observando al famoso detective con aire reverente.

–Déjeme ver la guía de hoteles –dijo Holmes–. Muchas gracias. Vamos a ver, Cartwright, aquí tienes los nombres de veintitrés hoteles, todos en las inmediaciones de Charing Cross. ¿Los ves?

–Sí, señor.

–Vas a visitarlos todos, uno a uno.

–Sí, señor.

–Empezarás, en cada caso, por dar un chelín al portero. Aquí tienes veintitrés chelines.

–Sí, señor.

–Le dirás que quieres ver el contenido de las papeleras que se vaciaron ayer, porque estás buscando un telegrama importante que se te perdió ayer. ¿Entiendes?

–Sí, señor.

–Pero, en realidad, lo que vas a buscar es un ejemplar del *Times* de ayer en cuya página central se hayan hecho unos agujeros con tijeras. Aquí tienes el periódico. Ésta es la página. La reconocerás fácilmente, ¿no es cierto?

–Sí, señor.

–El portero te mandará en cada caso al conserje, a quien también darás un chelín. Aquí tienes otros veintitrés chelines. Es posible que en veinte de los veintitrés hoteles los papeles desechados del día de ayer hayan sido quemados o eliminados. En los otros tres casos te mostrarán un montón de papel y buscarás en él esta página del *Times*. Las posibilidades en contra son elevadísimas. Aquí tienes diez chelines más para una emergencia.

Mándame un informe por telégrafo a Baker Street antes de la noche. Y ahora, Watson, solo nos queda descubrir mediante el telégrafo la identidad de nuestro cochero, el número 2704. Mientras esperamos el momento de nuestra cita en el hotel, pasaremos por una de las galerías de Bond Street para ocupar nuestro tiempo viendo cuadros.

5 Tres cabos rotos

Sherlock Holmes tenía la notable capacidad de desentenderse voluntariamente. Durante dos horas pareció olvidarse del extraño asunto que nos tenía ocupados, para consagrarse por entero a los cuadros de los modernos maestros belgas. Y desde que salimos de la galería hasta que llegamos al hotel Northumberland habló exclusivamente de arte, tema sobre el que tenía ideas muy elementales.

–Sir Henry Baskerville los espera en su habitación –dijo el recepcionista–. Me ha pedido que les hiciera subir en cuanto llegaran.

–¿Tiene inconveniente en que consulte su registro? –dijo Holmes.

–Ninguno.

En el registro aparecían dos entradas después de la de Baskerville: Theophilus Johnson y familia, de Newcastle, y la señora Oldmore con su doncella, de High Lodge, Alton.

–Sin duda este Johnson es un viejo conocido mío –le dijo Holmes al conserje–. ¿No se trata de un abogado, de cabello gris, y un tanto cojo?

–No, señor; se trata del señor Johnson, propietario de minas de carbón, un caballero muy activo, no mayor que usted.

–¿Está seguro de que esa es su ocupación?

–Sí, señor: viene a este hotel desde hace muchos años y lo conocemos muy bien.

–En ese caso no hay más que hablar. Pero…, señora Oldmore; también me parece recordar ese apellido. Perdone mi curiosidad, pero suele suceder que al visitar a un amigo se encuentra a otro.

–Es una mujer enferma, señor. Su esposo fue en otro tiempo alcalde de Gloucester. Siempre se aloja en nuestro hotel cuando viene a Londres.

–Muchas gracias; me temo que no tengo el honor de conocerla. Hemos obtenido un dato muy importante con esas preguntas, Watson –continuó Holmes en voz baja, mientras subíamos juntos la escalera–. Sabemos ya que las personas que están tan interesadas por nuestro amigo no se alojan aquí. Eso significa que si bien, como ya hemos visto, están ansiosos de vigilarlo, les preocupa igualmente que Sir Henry pueda verlos. Y eso es un hecho muy sugerente.

–¿Qué es lo que sugiere?

–Sugiere… ¡vaya! ¿Qué le sucede, mi querido amigo? Al terminar de subir la escalera nos tropezamos con Sir Henry Baskerville en persona, con el rostro indignado y empuñando una bota muy usada y polvorienta. Estaba tan furioso que apenas se le entendía, y cuando por fin habló con claridad lo hizo con un acento americano mucho más marcado del que había utilizado por la mañana.

–Me parece que me han tomado por tonto en este hotel –exclamó–. Esa misma falta de cuidado me servirá para mis objetivos. Por los mil demonios, si ese tipo no encuentra la bota que me falta, aquí va a haber más que palabras. Sé aceptar una broma mejor que nadie, señor Holmes, pero esto ya es demasiado.

–¿Aún sigue buscando la bota?

–Así es, y estoy decidido a encontrarla.

–Pero, ¿no dijo usted que era una bota nueva de color marrón?

–Así era, mi señor. Y ahora se trata de otra negra y vieja.

–¡Cómo! ¿Quiere usted decir…?

–Eso es exactamente lo que quiero decir. Solo tenía tres pares…, las marrones nuevas, las negras viejas y los zapatos de charol, que son los que llevo puestos. Anoche se llevaron

una marrón y hoy me ha desaparecido una negra. Veamos, ¿usted la encontró? ¡Hable, caramba, y no me quede mirando!

Apareció en escena un camarero alemán, preso de gran nerviosismo.

–No, señor; he preguntado por todo el hotel, pero nadie sabe nada.

–Pues o aparece la bota antes de que se ponga el sol, o iré a ver al gerente para decirle que me voy inmediatamente del hotel.

–Aparecerá, señor…, le prometo que si tiene usted un poco de paciencia la encontraremos.

–No se le olvide, porque es lo último que voy a perder en esta guarida de ladrones. Perdone, señor Holmes, que le moleste por algo tan insignificante…

–Creo que está justificado preocuparse.

–Veo que le parece un asunto serio.

–¿Cómo lo explica usted?

–No trato de explicarlo. Me parece la cosa más absurda y más extraña que me ha sucedido.

–La más extraña, quizá –dijo Holmes pensativo.

–¿Cuál es su opinión?

–No pretendo entenderlo todavía. Su caso es muy complicado, Sir Henry. Cuando lo relaciono con la muerte de su tío dudo de que entre los quinientos casos de importancia capital con que me he enfrentado hasta ahora, haya habido alguno más difícil que éste. Descartamos varias pistas y es probable que una u otra nos lleve hasta la verdad. Quizá perdamos tiempo siguiendo una falsa, pero al fin y al cabo daremos con la correcta.

El almuerzo fue muy agradable, aunque apenas se tocó el asunto que nos había reunido. Solamente cuando nos retiramos a una sala de estar privada Holmes le preguntó a Baskerville cuáles eran sus intenciones.

–Trasladarme a la mansión de los Baskerville.

–Y, ¿cuándo?

–Al final de la semana.

–Creo que, en conjunto –dijo Holmes–, su decisión es acertada. Tengo suficientes pruebas de que lo están siguiendo en Londres, y entre los millones de habitantes de esta gran ciudad es difícil descubrir quiénes son esas personas y cuál pueda ser su propósito. Si su intención es hacer el mal pueden darle un disgusto y no estaríamos en condiciones de impedirlo. ¿Sabía usted, doctor Mortimer, que alguien los seguía esta mañana al salir de mi casa?

El doctor Mortimer se sobresaltó violentamente.

–¡Seguidos! ¿Por quién?

–Eso es lo que, desgraciadamente, no puedo decirles.

Entre sus vecinos o conocidos de Dartmoor, ¿hay alguien de pelo negro que se deje la barba?

–No…, espere, déjeme pensar…, sí, claro, Barrymore, el mayordomo de Sir Charles, es un hombre muy moreno, con barba.

–¡Aja! ¿Dónde está Barrymore?

–Tiene a su cargo la mansión de los Baskerville.

–Será mejor que nos aseguremos de que sigue allí o de si, por el contrario, se ha trasladado a Londres.

–¿Cómo puede usted averiguarlo?

–Déme un impreso para telegramas. "¿Está todo listo para Sir Henry?" Eso bastará. Dirigido al señor Barrymore, mansión de los Baskerville. ¿Cuál es la oficina de telégrafos más próxima? Grimpen. De acuerdo, enviaremos un segundo cable al jefe de correos de Grimpen: "Telegrama para entregar en mano al señor Barrymore. Si está ausente, devolver por favor a Sir Henry Baskerville, hotel Northumberland". Eso nos hará saber, antes de la noche, si Barrymore sigue o no en su puesto.

–Asunto resuelto –dijo Baskerville–. Por cierto, doctor Mortimer, ¿quién es ese Barrymore, en todo caso?

–Es el hijo del antiguo guardia, que ya murió. Los Barrymore llevan cuatro generaciones cuidando de la mansión. Hasta donde tengo entendido, él y su mujer forman una pareja tan respetable como cualquiera de la zona.

–Al mismo tiempo –dijo Baskerville–, está bastante claro que mientras en la mansión no haya nadie de mi familia esas personas disfrutan de un excelente hogar y carecen de obligaciones.

–Eso es cierto.

–¿Dejó Sir Charles algo a los Barrymore en su testamento? –preguntó Holmes.

–Él y su mujer recibieron quinientas libras cada uno.

–¡Ah! ¿Estaban al tanto de que iban a recibir esa cantidad?

–Sí; Sir Charles era muy aficionado a hablar de las disposiciones de su testamento.

–Eso es muy interesante.

–Espero –dijo el doctor– que usted no considere sospechosas a todas las personas que han recibido un legado de Sir Charles, porque a mí también me dejó mil libras.

–¡Vaya! ¿Y a alguien más?

–Hubo muchas sumas insignificantes para otras personas y también se dio bastante para obras de caridad. Todo lo demás queda para Sir Henry.

–¿Y cuánto era lo demás?

–Setecientas cuarenta mil libras. Holmes alzó las cejas sorprendido.

–Ignoraba que fuera una suma tan grande –dijo. –Se daba por sentado que Sir Charles era rico, pero solo hemos sabido hasta qué punto al inventariar sus valores. La herencia ascendía en total a casi un millón.

–¡Santo cielo! Por esa apuesta se puede intentar una jugada desesperada. Y una pregunta más, doctor Mortimer. Si le sucediera algo a nuestro joven amigo aquí presente (perdóneme esta hipótesis tan desagradable), ¿quién heredaría la fortuna de Sir Charles?

–Dado que Rodger Baskerville, el hermano pequeño, murió soltero, la herencia pasaría a los Desmond, que son primos lejanos. James Desmond es un clérigo de avanzada edad que vive en Westmorland.

–Muchas gracias. Todos estos detalles son de gran interés. ¿Conoce usted al señor James Desmond?

–Sí; vino una vez a visitar a Sir Charles. Es un hombre de aspecto venerable y de vida íntegra. Recuerdo que, a pesar de la insistencia de Sir Charles, se negó a aceptar la asignación que le ofrecía.

–Y ese hombre de gustos sencillos, ¿sería el heredero de la fortuna?

–Heredaría la propiedad, porque está vinculada. Y también heredaría el dinero a no ser que el actual propietario, que, como es lógico, puede hacer lo que quiera con él, le diera otro destino en su testamento.

–¿Ha hecho usted su testamento, Sir Henry?

–No, señor Holmes, no lo he hecho. No he tenido tiempo, porque solo desde ayer estoy al tanto de todo. Pero, en

cualquier caso, creo que el dinero no debe separarse ni del título ni de la propiedad. Esa era la idea de mi pobre tío. ¿Cómo sería posible restaurar el esplendor de los Baskerville si no se dispone del dinero necesario para mantener la propiedad? La casa, la tierra y el dinero deben ir juntos.

–Así es. Bien, Sir Henry: estoy completamente de acuerdo con usted en que es conveniente que se traslade lo antes posible a Devonshire. Pero hay una medida que debo tomar. En ningún caso puede usted ir solo.

–El doctor Mortimer regresa conmigo.

–Pero el doctor Mortimer tiene que atender a sus pacientes y su casa está a varios kilómetros de la de usted. Ni con la mejor de las voluntades podría ayudarle. No, Sir Henry; tiene usted que llevar consigo a alguien de confianza que permanezca constantemente a su lado.

–¿Existe la posibilidad de que venga usted conmigo, señor Holmes?

–Si llegara a producirse una crisis, me esforzaría por estar presente, pero entenderá usted que con la cantidad de clientes y peticiones de ayuda que me llegan de todas partes, no puedo ausentarme de Londres por tiempo indefinido. En este momento uno de los apellidos más respetados de Inglaterra está siendo mancillado por un chantajista y únicamente yo puedo impedir un escándalo desastroso. Comprenderá usted lo imposible que me resulta trasladarme a Dartmoor.

–Entonces, ¿a quién recomendaría usted? Holmes me puso la mano en el brazo.

–Si mi amigo está dispuesto a acompañarle, no hay persona que resulte más útil en una situación difícil. Nadie lo puede decir con más seguridad que yo.

Aquella propuesta fue una sorpresa total para mí, pero, antes de que pudiera responder, Baskerville me tomó la mano y la estrechó cordialmente.

–Vaya, doctor Watson, es usted muy amable –dijo–. Ya ve la clase de persona que soy y sabe de este asunto tanto como yo.

Si viene conmigo a la mansión de los Baskerville y me ayuda a salir del apuro no lo olvidaré nunca.

Siempre me ha fascinado la posibilidad de una aventura y me sentía además halagado por las palabras de Holmes y por el entusiasmo con que el baronet me había aceptado por compañero.

–Iré con mucho gusto –dije– . No creo que pudiera usar mi tiempo de mejor manera.

–También se ocupará usted de informarme con toda precisión –dijo Holmes–. Cuando se produzca una crisis, como sin duda sucederá, le indicaré lo que tiene que hacer. ¿Estarán ustedes listos para el sábado?

–¿Le convendrá ese día al doctor Watson?

–No hay ningún problema.

–En ese caso, y si no tiene usted noticias en contra, el sábado nos reuniremos en Paddington para tomar el tren de las 10:30.

Nos habíamos levantado ya para partir cuando Baskerville lanzó un grito de triunfo y, lanzándose hacia uno de los rincones de la habitación, sacó una bota marrón de debajo de un armario.

–¡La bota que me faltaba! –exclamó.

–¡Ojalá todas nuestras dificultades desaparezcan tan fácilmente! –dijo Sherlock Holmes.

–De todas formas resulta muy extraño –señaló el doctor Mortimer–. Registré cuidadosamente la habitación antes del almuerzo.

–Y yo hice lo mismo –añadió Baskerville–. Centímetro a centímetro.

–No había ninguna bota.

–En ese caso tiene que haberla colocado ahí el camarero mientras almorzábamos.

Se llamó al alemán, pero este aseguró no saber nada al respecto. Esa respuesta negativa nos llevó a otras pesquisas. Se había añadido un elemento más a la serie constante de pequeños misterios, en apariencia sin sentido, que se sucedían unos a otros con gran rapidez. Dejando a un lado la macabra historia de la muerte de Sir Charles, contábamos con una cadena de incidentes inexplicables, todos en el espacio de cuarenta y ocho horas, entre los que figuraban la recepción de la carta confeccionada con recortes de periódico, el espía de barba negra en el descapotable, la desaparición de la bota marrón recién comprada, la de la vieja bota negra y ahora la reaparición de la nueva. Holmes se mantuvo en silencio mientras regresábamos a Baker Street en el carruaje de caballos. Su intensa expresión con las cejas fruncidas me hacían saber que tanto su mente como la mía, estaban ocupadas tratando de encontrar una explicación que permitiera encajar todos esos extraños episodios sin conexión aparente. De vuelta a casa permaneció toda la tarde y hasta bien entrada la noche sumergido en el tabaco y en sus pensamientos.

Poco antes de la cena llegaron dos telegramas. El primero decía así:

"Acabo de saber que Barrymore está en la mansión. BASKERVILLE".

Y el segundo:

"Veintitrés hoteles visitados siguiendo instrucciones, pero lamento informar ha sido imposible encontrar hoja cortada del *Times*. CARTWRIGHT".

–Dos de mis pistas que se desvanecen, Watson. No hay nada tan estimulante como un caso en el que todo se pone en contra. Hemos de seguir buscando.

–Aún nos queda el cochero que transportaba al espía.

–Exactamente. He mandado un telegrama al registro oficial para que nos facilite su nombre y dirección. No me sorprendería que esto fuera una respuesta a mi pregunta. La llamada al timbre de la casa resultó, sin embargo, más

satisfactoria aún que una respuesta, porque se abrió la puerta y entró un individuo de aspecto tosco, que evidentemente era el cochero en persona.

–La oficina central me ha informado que un caballero que vive aquí ha preguntado por el 2704 –dijo–. Llevo siete años conduciendo el descapotable y nunca he recibido ni la menor queja. Vengo directamente del depósito para preguntarle cara a cara qué es lo que tiene contra mí.

–No tengo nada contra usted, buen hombre –dijo mi amigo–. Estoy dispuesto, por el contrario, a darle medio soberano[9] si contesta con claridad a mis preguntas.

–Bueno, la verdad es que hoy he tenido un buen día, ¡por supuesto que sí! –dijo el cochero con una sonrisa–. ¿Qué quiere usted preguntarme, caballero?

–Antes que nada su nombre y dirección, por si volviera a necesitarle.

–John Clayton, del número 3 de Turpey Street, en el Borough. Guardo el descapotable en el depósito Shipley, cerca de la estación de Waterloo.

Sherlock Holmes tomó nota.

–Vamos a ver, Clayton, cuénteme todo lo que sepa acerca del cliente que estuvo vigilando esta casa a las diez de la mañana y que luego siguió a dos caballeros por Regent Street.

El cochero pareció sorprendido y un tanto avergonzado.

–Vaya, al parecer no voy a poder decirle gran cosa, ya sabe usted tanto como yo –respondió–. La verdad es que aquel señor me dijo que era detective y que no dijera nada a nadie acerca de él.

–Se trata de un asunto muy grave, buen hombre, y si trata de ocultarme algo se encontrará usted en una situación muy difícil. ¿El cliente le dijo que era detective?

–Sí, señor, eso fue lo que dijo.

–¿Cuándo se lo dijo?

–Al irse.

–¿Dijo algo más?

–Me dijo cómo se llamaba.

Holmes me lanzó una rápida mirada de triunfo.

–¿De manera que le dijo cómo se llamaba? Eso fue una imprudencia. Y, ¿cuál era su nombre?

–Dijo llamarse Sherlock Holmes.

Nunca había visto a mi amigo tan sorprendido como ante la respuesta del cochero. Por un instante el asombro le dejó sin palabras. Luego lanzó una carcajada:

–¡Tocado, Watson! ¡Tocado, sin duda! –dijo–. Advierto la presencia de un espadín tan rápido y flexible como el mío. En esta ocasión ha conseguido un blanco excelente. De manera que se llamaba Sherlock Holmes, ¿no es así?

–Sí, señor, eso me dijo.

–¡Magnífico! Cuénteme dónde lo recogió y todo lo que pasó.

–Me paró a las nueve y media en Trafalgar Square. Dijo que era detective y me ofreció dos guineas si seguía exactamente sus instrucciones durante todo el día sin hacer preguntas. Acepté con mucho gusto. Primero nos dirigimos al hotel Northumberland y esperamos allí hasta que salieron dos caballeros y arrendaron un coche de la fila que esperaba delante de la puerta. Lo seguimos hasta que se paró en un lugar cercano.

–Esta misma puerta –dijo Holmes.

–Bueno, eso no lo sé con certeza, pero podría asegurar que mi cliente conocía muy bien el sitio. Nos detuvimos a cierta distancia y esperamos durante hora y media. Luego los dos caballeros pasaron caminando por nuestro lado y los fuimos siguiendo por Baker Street y a lo largo de…

–Eso ya lo sé –dijo Holmes.

–Hasta recorrer las tres cuartas partes de Regent Street. Entonces mi cliente abrió la ventanilla del techo y gritó que me dirigiera a la estación de Waterloo lo más rápido posible. Fustigué a la yegua y llegamos en menos de diez minutos. Después me pagó las dos guineas, tal como había prometido, y entró a la estación. Pero al momento de partir se dio vuelta y dijo: "Quizá le interese saber que ha estado llevando al señor Sherlock Holmes". Así supe cómo se llamaba.

–Entiendo. ¿Y no volvió a verlo más?

–No, una vez que entró en la estación.

–Y, ¿cómo describiría usted al señor Sherlock Holmes?

El cochero se rascó la cabeza.

–Bueno, a decir verdad no era un caballero fácil de describir. Unos cuarenta años de edad y estatura media, cuatro o seis centímetros más bajo que usted. Iba vestido como un dandi, llevaba barba muy negra, cortada en recto por abajo, y tenía la tez pálida. Me parece que eso es todo lo que recuerdo.

–¿Color de los ojos?

–No; eso no lo sé.

–¿No recuerda usted nada más?

–No, señor; nada más.

–Bien; si es así aquí tiene su medio soberano. Hay otro esperándole si me trae alguna información más. ¡Buenas noches!

–Buenas noches, señor, y ¡muchas gracias!

John Clayton se retiró riendo entre dientes y Holmes se volvió hacia mí con una sonrisa triste, encogiendo sus hombros.

–Se ha roto nuestro tercer cabo y hemos vuelto al comienzo –dijo–. Ese astuto granuja sabía el número de nuestra casa, sabía que Sir Henry Baskerville había venido a verme, me reconoció en Regent Street, supuso que me había fijado en el número del descapotable, que terminaría por encontrar al

cochero, y decidió enviarme ese mensaje impertinente. Se lo aseguro, Watson, esta vez nos hemos tropezado con un adversario digno de nuestra persecución. Me han dado jaque mate en Londres. Solo me cabe desearle mejor suerte para su ida a Devonshire. Pero reconozco que no estoy tranquilo.

–¿No está tranquilo?

–No me gusta enviarlo a usted. Es un asunto muy feo, Watson, un asunto muy feo y peligroso, y cuanto más sé de él menos me gusta. Sí, mi querido amigo, ríase usted, pero le doy mi palabra de que me alegraré mucho cuando lo tenga devuelta sano y salvo en Baker Street.

6 La mansión de los Baskerville

Sir Henry Baskerville y el doctor Mortimer estaban listos para emprender el viaje el día indicado y, tal como habíamos convenido, salimos los tres camino a Devonshire. Sherlock Holmes me acompañó a la estación y antes de partir me dio las últimas instrucciones y consejos.

–No quiero influir sobre usted sugiriéndole teorías o sospechas, Watson. Limítese a informarme de los hechos de la manera más completa posible y deje para mí las teorías.

–¿Qué clase de hechos? –pregunté yo.

–Cualquier cosa que pueda tener relación con el caso, por indirecta que sea, y sobre todo las relaciones del joven Baskerville con sus vecinos, o cualquier elemento nuevo relativo a la muerte de Sir Charles. He hecho algunas investigaciones en los últimos días, pero me temo que los resultados han sido negativos. Tan solo una cosa parece cierta, y es que el señor James Desmond, el próximo heredero, es un caballero virtuoso y de edad avanzada, por lo que no tiene sentido pensar en él como el responsable de esta persecución.

Creo sinceramente que podemos eliminarlo de nuestros cálculos. Nos quedan las personas que conviven con Sir Henry ahora en el páramo.

–¿No habría que librarse en primer lugar del matrimonio Barrymore?

–No, no; eso sería un error imperdonable. Si son inocentes cometeríamos una gran injusticia y si son culpables estaríamos renunciando a toda posibilidad de demostrarlo. No, no; los conservaremos en nuestra lista de sospechosos. Hay además un mozo en la mansión, si no recuerdo mal. Tampoco debemos olvidar a los dos granjeros que cultivan las tierras del páramo.

Luego viene nuestro amigo el doctor Mortimer, quien me parece realmente honrado, y su esposa, de quien no sabemos nada. Además, hay que considerar a Stapleton, el naturalista, y a su hermana quien, según se dice, es una joven muy atractiva. Luego está el señor Frankland de la mansión Lafter, del que tampoco sabemos nada, y uno o dos vecinos más. Esas son las personas en las que debe poner especial atención.

–Haré todo lo que esté en mis manos.

–¿Lleva usted algún arma?

–Sí, he pensado que sería conveniente.

–Sin duda alguna. No se aleje de su revólver ni de día ni de noche y manténgase alerta en todo momento.

Nuestros amigos ya habían reservado asientos en un vagón de primera clase y nos estaban esperando en el andén.

–No; no tenemos ninguna nueva información –dijo el doctor Mortimer en respuesta a las preguntas de Holmes–. De una cosa estoy seguro, y es que no nos han seguido durante los dos últimos días. No hemos salido nunca sin estar muy atentos, nadie nos hubiera pasado inadvertido.

–Espero que hayan permanecido siempre juntos.

–Excepto ayer por la tarde. Suelo dedicar un día a la diversión cuando vengo a Londres, de manera que pasé la tarde en el museo del Colegio de Cirujanos.

–Y yo fui a pasear por el parque y a ver a la gente –dijo Baskerville–. Pero no tuvimos problemas de ninguna clase.

–De todas formas fue una imprudencia –dijo Holmes, moviendo la cabeza y poniéndose muy serio–. Le ruego, Sir Henry, que no vaya solo a ningún parte. De lo contrario le puede suceder una gran desgracia. ¿Recuperó usted la otra bota?

–No, señor; ha desaparecido definitivamente.

–Vaya, vaya. Eso es muy interesante. Bien, hasta la vista –añadió mientras el tren empezaba a deslizarse–. Recuerde, Sir

Henry, una de las frases de aquella extraña leyenda antigua que nos leyó el doctor Mortimer y evite el páramo en las horas de oscuridad, cuando se intensifican los poderes del mal.

Miré hacia el andén unos segundos más tarde y comprobé que aún seguía allí la figura alta y austera de Holmes, todavía inmóvil, que continuaba mirándonos.

El viaje fue rápido y agradable. Aproveché de conocer mejor a mis dos acompañantes y de jugar con el spaniel del doctor Mortimer. En pocas horas la tierra parda se convirtió en rojiza, el ladrillo se transformó en granito. Aparecieron vacas bermejas que pastaban en campos bien cercados, de vegetación frondosa y hierba exuberante. Se reflejaba un clima más fértil, aunque también más húmedo. El joven Baskerville miraba con gran interés por la ventanilla y lanzó exclamaciones de alegría al reconocer los rasgos familiares del paisaje de Devon.

–He visitado buena parte del mundo desde que salí de Inglaterra, doctor Watson –dijo–, pero nunca he encontrado lugar alguno que se pueda comparar con estas tierras.

–No conozco ningún natural de Devonshire que reniegue de su territorio –hice notar.

–Depende de la raza tanto como del territorio –intervino el doctor Mortimer–. Una simple mirada a nuestro amigo permite apreciar de inmediato la cabeza redonda de los celtas, que refleja el entusiasmo céltico y su capacidad de afecto. Físicamente, la cabeza del pobre Sir Charles era de un tipo muy raro, mitad gaélica, mitad irlandesa. Pero usted era muy joven cuando vio por última vez la mansión de los Baskerville, ¿no es así?

–Cuando murió mi padre, yo no era más que un adolescente y como vivíamos en un pequeño chalet de la costa sur, nunca vi la mansión. Luego estuve viviendo con un amigo norteamericano. Le aseguro que todo esto es tan nuevo para mí como para el doctor Watson y lo que más quiero es ver el páramo.

–¿Es eso cierto? Entonces está a punto de alcanzar su meta. Ya se divisa desde aquí –dijo el doctor Mortimer, señalando hacia el paisaje.

Por encima de los verdes cuadrados de los campos y de la curva de un bosque, se alzaba a lo lejos un cerro gris y melancólico, con una extraña cumbre dentada, borrosa y vaga en la distancia, como el paisaje fantástico de un sueño. Baskerville permaneció inmóvil mucho tiempo, con los ojos fijos en ella. La expresión de su rostro me hizo notar lo mucho que significaba para él ver por primera vez aquel extraño lugar que los hombres de su sangre habían dominado durante tanto tiempo, y en el que habían dejado una huella tan honda. A pesar de su traje de tweed, de su acento americano y de viajar en un trivial vagón de ferrocarril, pude sentir más que nunca, al contemplar su rostro moreno y expresivo, que era un auténtico descendiente de esa larga sucesión de hombres de sangre ardiente, tan fogosos como autoritarios. Además, sus cejas espesas, la forma de su nariz y sus grandes ojos color avellana, demostraban su orgullo, valor y fortaleza. Si en aquel páramo inhóspito nos esperaba un trabajo difícil y peligroso, por lo menos tenía la certeza de contar con un compañero por quien se podía aceptar y compartir el riesgo con valor.

El tren se detuvo en una pequeña estación junto a la carretera y allí descendimos. Afuera, más allá de una cerca blanca de poca altura, esperaba una carreta tirada por dos pequeños caballos. Sin duda, nuestra llegada era todo un acontecimiento, porque el jefe de estación y los mozos de turno se abalanzaron para llevarnos el equipaje. Era un lugar sencillo y agradable, pero me sorprendió observar la presencia de dos hombres junto a la puerta. Eran de aspecto marcial y con uniformes oscuros y con rifles y nos miraron con mucho interés cuando pasamos. El cochero, un hombre de facciones duras y manos nudosas, saludó a Sir Henry y pocos minutos después ya volábamos por la amplia carretera blanca. Nos rodeaban tierras ondulantes, llenas de una vegetación que dejaba entrever viejas casas con terminaciones góticas. Sin embargo, detrás del campo tranquilo e iluminado por el sol, aparecía la larga y

melancólica curva del páramo, oscura contra el cielo del atardecer e interrumpida por cerros dentados y siniestros.

La carreta se desvió por una carretera lateral y empezamos a subir por caminos muy hundidos, desgastados por siglos de ruedas, con taludes muy altos a los lados, cubiertos de un musgo húmedo y carnosas lenguas de ciervo. Resplandecían helechos bronceados y zarzas bajo la luz del sol poniente. Mientras subíamos, pasamos sobre un estrecho puente de granito y bordeamos un ruidoso y veloz torrente, que espumeaba y rugía entre grandes rocas. Luego el agua se deslizaba por un valle lleno de robles achatados y abetos. Baskerville miraba con gran interés a su alrededor haciendo innumerables preguntas y, a cada vuelta del camino lanzaba una nueva exclamación de satisfacción. A él todo le parecía hermoso, pero para mí había un velo de melancolía sobre el paisaje, en el que claramente se marcaba la llegada del invierno. Los caminos estaban alfombrados de hojas amarillas que también caían sobre nosotros. El traqueteo de las ruedas enmudecía cuando atravesábamos montones de vegetación podrida: tristes regalos de la naturaleza para recibir de regreso al heredero de los Baskerville.

–¡Caramba! –exclamó el doctor Mortimer–, ¿qué es esto?

Teníamos delante una pronunciada pendiente cubierta de arbustos, una anticipación del páramo. En la parte más alta, vimos a un sombrío y austero soldado a caballo. Se veía tan destacado y tan preciso como una estatua ecuestre sobre su pedestal. Estaba vigilando la carretera por la que íbamos con el rifle listo sobre el antebrazo.

–¿Qué es lo que sucede, Perkins? –preguntó el doctor Mortimer. El cochero se volvió a medias en su asiento.

–Se ha escapado un preso de Princetown, señor. Ya lleva tres días en libertad y los guardianes vigilan todas las carreteras y las estaciones, pero hasta ahora no han dado con él. A los agricultores de la zona no les gusta nada lo que pasa, se lo aseguro.

–Bueno, según tengo entendido, se les recompensará con cinco libras si proporcionan alguna información.

–Es cierto, señor, pero la posibilidad de ganar cinco libras es muy poca cosa comparada con el temor a que te corten el cuello. Porque no se trata de un preso como cualquiera. Es un individuo que no se detendría ante nada.

–¿De quién se trata?

–Selden, señor: el asesino de Notting Hill.

Yo recordaba bien ese caso, había despertado el interés de Holmes por la peculiar ferocidad del crimen y la absurda brutalidad de todos los actos del asesino. Se le había sustituido la pena capital debido a algunas dudas sobre el estado de sus facultades mentales, precisamente por lo atroz de su conducta. Nuestra carreta había pasado una cuesta y entonces apareció ante nosotros la enorme extensión del páramo, salpicado de montones de piedras y peñascos de formas extrañas. Luego nos acechó un viento frío que nos hizo tiritar. En algún lugar de esa desolada llanura se escondía el diabólico asesino, oculto en una guarida como una bestia salvaje y con el corazón lleno de odio hacia toda la raza humana que lo había expulsado. Eso faltaba, junto con el viento helado y el cielo que empezaba a oscurecer, para terminar de intensificar el siniestro poder de sugestión del páramo. Hasta el mismo Baskerville guardó silencio y se ciñó más el abrigo.

Habíamos dejado atrás las tierras fértiles. Al volver la vista contemplábamos los bajos rayos del sol que lo abarcaban todo: convertían la corriente del agua en hebras de oro y brillaban sobre los bosques y sobre la tierra roja recién removida por el arado. El camino era cada vez más desolado y silvestre, recorría enormes pendientes de color rojizo y verde olivo, salpicadas de peñascos gigantescos. De vez en cuando pasábamos junto a una de las casas del páramo, con las paredes y el techo de piedra, sin ninguna enredadera que dulcificara su rigidez. De repente nos encontramos ante una depresión con forma de taza, salpicada de robles y abetos achatados, retorcidos e inclinados por la furia de años de

tormentas. Por encima de los árboles se asomaban dos altas torres muy estrechas. El cochero señaló con la vara.

–La mansión de los Baskerville –dijo.

Su dueño se había puesto de pie y la contemplaba con mejillas encendidas y ojos brillantes. Pocos minutos después habíamos llegado al portón de la casa del guardia, un laberinto de fantásticas decoraciones de hierro forjado. A cada lado tenía unos pilares gastados por las inclemencias del tiempo, manchados con musgos y coronados por las cabezas de jabalíes de los Baskerville. La casa del guardia era una ruina de granito negro y débiles vigas, pero frente a ella había un nuevo edificio a medio construir: primer fruto del oro sudafricano de Sir Charles.

Pasamos el portón y entramos a la avenida, donde las ruedas enmudecieron de nuevo sobre las hojas muertas y donde los árboles centenarios cruzaban sus ramas formando un túnel en sombra sobre nuestras cabezas. Baskerville se estremeció al dirigir la mirada hacia el fondo de la larga y oscura avenida, donde la casa brillaba débilmente como un fantasma.

–¿Fue aquí? –preguntó en voz baja.

–No, no; el paseo de los Tejos está al otro lado.

El joven heredero miró a su alrededor con expresión melancólica.

–No tiene nada de extraño que mi tío tuviera la impresión de que algo malo iba a sucederle en un sitio como éste –dijo–. Es suficiente para asustar a cualquiera. Haré que instalen una hilera de lámparas eléctricas antes de seis meses, y no podrán reconocer el lugar cuando dispongamos en la puerta misma de la mansión de una potencia de mil bujías de Swan y Edison.

La avenida terminaba en un largo pastizal y finalmente teníamos la casa ante nosotros. A pesar de la poca luz pude ver que la parte central era un macizo edificio del que sobresalía un pórtico. Toda la fachada principal estaba cubierta de hiedra, pero se dejaban entrever algunas ventanas y escudos de armas a través del oscuro velo. En el bloque central se veían las

torres gemelas, antiguas, conformadas con muchas ventanas angostas, de aquellas por las que apenas pasa la luz. Tenían unas alas modernas por cada lado y una luz mortecina brillaba a través de las ventanas espaciadas. El techo era de pronunciada inclinación y contaba con altas chimeneas que emanaban una sola columna de humo negro.

–¡Bienvenido, Sir Henry! Bienvenido a la mansión de los Baskerville!

Un hombre alto había salido de la sombra del pórtico para abrir la puerta del carruaje. Se vislumbraba la figura de una mujer en el portal de entrada. Ella también se adelantó para ayudar al hombre con nuestro equipaje.

–Espero que no lo tome mal, Sir Henry, pero voy a volver directamente a mi casa –dijo el doctor Mortimer–. Mi mujer me espera.

–¿No se queda usted a comer con nosotros?

–No; debo irme. Probablemente tendré trabajo esperándome. Me quedaría para enseñarle la casa, pero Barrymore será mejor guía que yo. Hasta la vista y no dude en mandar a buscarme de día o de noche si puedo serle útil.

El ruido de las ruedas se perdió avenida abajo mientras Sir Henry y yo entrábamos en la casa y la puerta se cerraba estrepitosamente a nuestras espaldas. Nos encontramos en una espléndida habitación de buenas proporciones, cuyo techo se conformaba de gruesas vigas de madera de roble ennegrecida por el tiempo.

En la gran chimenea de tiempos pasados crepitaba y chisporroteaba el fuego. Sir Henry y yo extendimos las manos hacia él porque estábamos pasmados de frío después del largo trayecto en la carreta. Luego contemplamos las altas y angostas ventanas con vidrios antiguos de colores, las paredes cubiertas de madera de roble, las cabezas de ciervo y los escudos de armas que tenían colgados. Todo ello borroso y sombrío a la escasa luz de la lámpara central.

–Exactamente como lo imaginaba –dijo Sir Henry–. ¿No es la imagen misma de un antiguo hogar familiar? ¡Pensar que en esta sala han vivido los míos durante cinco siglos! Esa simple idea hace que todo me parezca más solemne.

Vi cómo su rostro moreno se rejuvenecía al mirar a su alrededor. Se encontraba en un lugar en donde la luz caía de lleno sobre él, pero sombras muy largas descendían por las paredes y colgaban como un dosel negro por encima de su cabeza; Barrymore había regresado de llevar el equipaje a nuestras habitaciones y se detuvo ante nosotros, como buen sirviente, de manera discreta. Era un hombre notable por su buena apariencia: alto, barba negra cuadrada, tez pálida y facciones distinguidas.

–¿Desea usted que se sirva la cena inmediatamente, Sir Henry?

–¿Está lista?

–Dentro de muy pocos minutos, señor. Encontrarán agua caliente en sus habitaciones. Mi mujer y yo, Sir Henry, seguiremos a su servicio con mucho gusto hasta que disponga usted otra cosa. Aunque con la nueva situación habrá que ampliar la servidumbre de la casa.

–¿Qué nueva situación?

–Me refiero únicamente a que Sir Charles llevaba una vida muy retirada y éramos suficientes como para atender a sus necesidades. Usted querrá, sin duda, hacer más vida social, por lo que tendrá que realizar algunos cambios.

–¿Quiere decir que su esposa y usted quieren renunciar?

–Únicamente cuando a usted ya no le cause ninguna molestia.

–Pero su familia nos ha servido a lo largo de varias generaciones, ¿no es cierto?

–Lamentaría comenzar mi vida aquí rompiendo una antigua relación familiar.

Me pareció discernir signos de emoción en las pálidas facciones del mayordomo.

–Mis sentimientos son idénticos, Sir Henry, y mi esposa los comparte plenamente. Pero, a decir verdad, los dos estábamos muy apegados a Sir Charles; su muerte ha sido un golpe terrible y ha llenado esta casa de recuerdos dolorosos. Mucho me temo que nunca recobraremos la paz de espíritu en la mansión de los Baskerville.

–Pero, ¿qué es lo que se proponen hacer?

–Estoy convencido de que tendremos éxito si emprendemos algún negocio. La generosidad de Sir Charles nos ha proporcionado los medios para ponerlo en marcha. Y ahora, señor, quizá convenga que los acompañe a ustedes a sus habitaciones.

En la sala central, se encontraba una galería rectangular rodeada por una escalera con decoradas barandas. Había dos largos corredores que se extendían a lo largo del edificio, a través de los cuales se llegaba a los dormitorios. El mío estaba en la misma ala que el de Baskerville y casi puerta con puerta. Aquellas habitaciones parecían mucho más modernas que la parte central de la mansión. Estaban empapeladas con motivos alegres y se iluminaban con muchas velas. Todo ello contribuyó un poco a disipar la sombría impresión que tuve del lugar cuando llegamos.

Pero el comedor, al que se accedía desde la gran sala central, era también un lugar oscuro y melancólico. Se trataba de un salón largo con un escalón que separaba la parte inferior, destinada a los subordinados, del estrado reservado para los miembros de la familia. En un extremo había un palco para los músicos. Vigas negras cruzaban por encima de nuestras cabezas y, más arriba aún, el techo ennegrecido por el humo.

Tal vez algunas hileras de antorchas que iluminaran y un ambiente de fiesta y regocijo de algún banquete pasado hubieran dulcificado el aspecto. Pero ahora, que solo se contaba con la presencia de dos caballeros vestidos de negro sentados en medio de un círculo de luz de una lámpara con

pantalla, las voces se apagaban y los espíritus se abatían. Una borrosa hilera de antepasados, desde el caballero isabelino hasta un gobernador joven, nos miraban desde lo alto y nos intimidaban con su compañía silenciosa. Hablamos poco y, de manera excepcional, me alegré de que terminara la cena y de que pudiéramos retirarnos a la moderna sala de billar para fumar un cigarrillo.

–No me parece un sitio muy alegre –exclamó Sir Henry–. Supongo que llegaremos a habituarnos, pero por el momento me siento un tanto desplazado. No me extraña que mi tío se pusiera algo nervioso viviendo solo en una casa como ésta. Si no le parece mal, hoy nos retiraremos pronto y quizá las cosas nos parezcan un poco más risueñas mañana por la mañana.

Abrí las cortinas antes de acostarme y miré por la ventana de mi habitación. Daba a una parte del jardín delante de la puerta principal. Más allá, gemían y se balanceaban los árboles, agitados por el viento cada vez más intenso. La luna aparecía entre las nubes desbocadas, y gracias a su fría luz vi más allá de los árboles una franja incompleta de rocas y la larga superficie casi llana del melancólico páramo. Cerré las cortinas, convencido de que mi última impresión coincidía con las anteriores. Aunque no fue la última en realidad. Pronto descubrí que a pesar del cansancio no podía dormir, di muchas vueltas en la cama, esperando un sueño que no venía. Muy a lo lejos un reloj de pared sonaba cada cuarto de hora, en medio del absoluto silencio que reinaba sobre la antigua casa. Y de repente, en la quietud de la noche, escuché un sonido claro, resonante e inconfundible. Eran los sollozos de una mujer, los jadeos ahogados de una persona desgarrada por un sufrimiento incontrolable. Me senté en la cama y escuché con atención. El ruido procedía sin duda del interior de la casa. Esperé tenso durante media hora, pero luego volvió a reinar el silencio, exceptuando las campanadas del reloj y el roce de la hiedra contra la pared.

7 Los Stapleton de la casa Merripit

Al día siguiente, una bella mañana ayudó a borrar la primera impresión, lúgubre y gris, que habíamos tenido de la mansión de los Baskerville. Mientras Sir Henry y yo desayunábamos, el sol entraba fuertemente por las altas ventanas con parteluces, irradiando pálidas manchas de colores de los escudos de armas que decoraban los cristales. Bajo esos rayos dorados de luz, la madera brillaba como bronce y nos era difícil convencernos de que estábamos en la misma sala que la noche anterior nos había llenado de melancolía.

–¡Sospecho que los culpables somos nosotros y no la casa! –exclamó el baronet–. El cansancio y el frío con el que llegamos hicieron que miráramos el lugar con malos ojos. Ahora que hemos descansado y nos encontramos bien, nos parece alegre una vez más.

–Pero no fue todo un problema de imaginación –respondí yo–. ¿Acaso no oyó usted durante la noche a alguien, una mujer en mi opinión, que sollozaba?

–Es curioso, porque, cuando estaba medio dormido, me pareció oír algo así. Esperé un buen rato, pero el ruido no se repitió, de manera que llegué a la conclusión de que lo había soñado.

–Yo lo oí con toda claridad y estoy seguro de que se trataba de los sollozos de una mujer.

–Debemos informarnos inmediatamente.

Sir Henry tocó la campanilla y preguntó a Barrymore si podía explicarnos lo sucedido. Me pareció que aumentaba la palidez del mayordomo mientras escuchaba la pregunta de su señor.

–No hay más que dos mujeres en la casa, Sir Henry –respondió–. La sirviente, que duerme en la otra ala, y mi mujer, de la que puedo asegurar personalmente que ese sonido no venía de ella.

Y sin embargo mentía, porque después del desayuno me crucé por casualidad con la señora Barrymore en el largo corredor al que daban los dormitorios, cuando el sol le iluminaba completamente el rostro. La esposa del mayordomo era una mujer grande, de aspecto impasible, facciones muy marcadas y un gesto de boca severo y decidido. Pero la mirada de sus ojos enrojecidos y de párpados hinchados la denunciaban. Sin duda era ella la que lloraba por la noche y, aunque su marido tenía que saberlo, había optado por correr el riesgo de verse descubierto al negarlo. ¿Por qué lo había hecho? Y ¿por qué lloraba su mujer tan amargamente? Con esto se estaba formando una atmósfera de misterio y melancolía alrededor de aquel hombre de tez pálida, buen aspecto y barba negra. Barrymore había encontrado el cuerpo muerto de Sir Charles y sólo contábamos con su palabra para todo lo relacionado con las circunstancias de la muerte del anciano. ¿Existía la posibilidad de que, después de todo, fuera Barrymore al que habíamos visto en el descapotable de Regent Street? Podía muy bien tratarse de la misma barba. El cochero había descrito a un hombre algo más bajo, pero no era impensable que se hubiera equivocado. ¿Cómo podía yo aclarar todo esto de una vez por todas? Mi primera gestión consistiría en visitar al administrador de correos de Grimpen y averiguar si a Barrymore se le había entregado el telegrama de prueba en sus propias manos. Fuera cual fuese la respuesta, al menos ya tendría algo que informar a Sherlock Holmes.

Sir Henry necesitaba examinar un gran número de documentos después del desayuno, de manera que era ese el momento indicado para dirigirme a Grimpen. El trayecto resultó ser un agradable paseo de seis kilómetros, siguiendo el borde del páramo hasta llegar a una aldea gris en la que dos grandes edificios, que resultaron ser la posada y la casa del doctor Mortimer, sobresalían notoriamente sobre el resto. El

administrador de correos, que era también el vendedor del pueblo, se acordaba perfectamente del telegrama.

–Así es, caballero –dijo–; hice que se entregara al señor Barrymore, tal como se indicaba.

–¿Quién lo entregó?

–Mi hijo, aquí presente. James, ¿entregaste el telegrama al señor Barrymore en la mansión la semana pasada, no es cierto?

–Sí, padre; lo entregué yo.

–¿En sus propias manos?

–Bueno, el señor Barrymore estaba en la azotea en aquel momento, así que no pudo ser en sus propias manos. Se lo di a su esposa, quien prometió entregarlo inmediatamente.

–¿Viste al señor Barrymore?

–No, señor; ya le he dicho que estaba en la azotea.

–Si no lo viste, ¿cómo sabes que estaba en la azotea?

–Sin duda su mujer sabía dónde estaba –dijo, de malos modos, el administrador de correos–. ¿Es que no recibió el telegrama? Si ha habido algún error, que presente la queja el señor Barrymore en persona.

Parecía inútil proseguir la investigación, pero estaba claro que, pese a la astucia de Holmes, seguíamos sin dilucidar si Barrymore se había trasladado a Londres. Suponiendo que fuera así, suponiendo que la misma persona que había visto a Sir Charles con vida por última vez hubiera sido el primero en seguir al nuevo heredero a su regreso a Inglaterra, ¿qué consecuencias podían sacarse? ¿Era agente de terceros o actuaba por cuenta propia con algún propósito siniestro? ¿Qué interés podía tener en perseguir a la familia Baskerville?

Recordé la extraña advertencia de la editorial del *Times*. ¿Era obra suya o más bien de alguien que se proponía desbaratar sus planes? El único motivo plausible era el sugerido por Sir Henry: si se conseguía asustar a la familia de manera que no volvieran a la mansión, los Barrymore dispondrían permanentemente de un hogar muy cómodo.

Pero sin duda un motivo así resultaba insuficiente para explicar unos planes tan sutiles y complejos, que parecían estar tejiendo una red invisible en torno al joven baronet.

El mismo Holmes había dicho que de todas sus sensacionales investigaciones esta era la más compleja. Mientras regresaba por el camino gris y solitario recé para que mi amigo pudiera desocuparse pronto y estuviera en condiciones de venir a

Devonshire y de liberarme de esta pesada carga que había puesto sobre los hombros.

De repente, mis pensamientos se interrumpieron por el ruido de unos pasos veloces y de una voz que repetía mi nombre. Me di vuelta esperando ver al doctor Mortimer, pero sorpresivamente descubrí que me perseguía un desconocido. Se trataba de un hombre pequeño, delgado, completamente afeitado, de aspecto remilgado, cabello rubio y mandíbula estrecha, de entre treinta y cuarenta años, de traje gris y sombrero de paja. Le colgaba en su hombro una caja de lata para especímenes botánicos y en la mano llevaba un cazamariposas verde.

–Estoy seguro de que perdonará mi atrevimiento, doctor Watson –dijo al llegar jadeando a mi lado–. Aquí en el páramo somos gente llana y no esperamos las presentaciones oficiales. Tal vez usted ha escuchado a nuestro amigo, el doctor Mortimer, nombrar mi apellido. Yo soy Stapleton y vivo en la casa Merripit.

–El cazamariposas y la caja me hubieran bastado –dije–, porque sabía que el señor Stapleton era naturalista.

–Pero, ¿cómo sabe usted quién soy yo?

–He ido a visitar a Mortimer y lo hemos visto desde la ventana de su consultorio, pasando por la calle. Como hacemos el mismo camino, se me ha ocurrido alcanzarlo y presentarme. Confío en que Sir Henry no esté demasiado fatigado por el viaje.

–Se encuentra perfectamente, muchas gracias.

–Todos nos temíamos que después de la triste desaparición de Sir Charles el nuevo baronet no quisiera vivir aquí. Es mucho pedir que un hombre acaudalado venga a enterrarse en un lugar como éste, pero no hace falta que le diga cuánto significa para toda la zona. ¿Hago bien en suponer que Sir Henry no tiene miedos supersticiosos respecto a esto verdad?

–Es probable que no.

–Me imagino que usted conoce la leyenda del perro diabólico que persigue a la familia.

–La he oído.

–¡Es notable lo crédulos que son los campesinos por estos alrededores! Muchos de ellos están dispuestos a jurar que han visto en el páramo a un animal de esas características –hablaba con una sonrisa, pero me pareció leer en sus ojos una cierta seriedad en el asunto–. Esa historia llegó a apoderarse de la imaginación de Sir Charles y estoy convencido de que provocó su trágico fin.

–Pero, ¿cómo?

–Tenía los nervios tan desquiciados que la aparición de cualquier perro podría haber tenido un efecto fatal sobre su corazón enfermo. Imagino que realmente vio algo así esa última noche en el paseo de los Tejos. Yo temía que pudiera suceder un desastre, sentía mucho afecto por él y estaba al tanto de la debilidad de su corazón.

–¿Cómo lo sabía?

–Me lo había dicho mi amigo Mortimer.

–Entonces, ¿usted cree que un perro persiguió a Sir Charles y que, en consecuencia, el anciano baronet murió de miedo?

–¿Tiene usted alguna explicación mejor?

–No he llegado a ninguna conclusión.

–¿Tampoco su amigo, el señor Sherlock Holmes?

Aquellas palabras me dejaron sin respiración por un momento, pero la placidez del rostro de mi interlocutor y su mirada impertérrita me hicieron darme cuenta de que no se proponía sorprenderme.

–Es inútil tratar de fingir que no le conocemos, doctor Watson –dijo–. Nos han llegado los relatos de las aventuras del famoso detective y no podría usted celebrar sus éxitos sin darse también a conocer. Cuando Mortimer me dijo su apellido, no pudo negar su identidad. Si usted está aquí, quiere

decir que el señor Sherlock Holmes también está interesado por este asunto. Lógicamente, siento curiosidad por saber su opinión sobre el caso.

–Me temo que no estoy en condiciones de responder a esa pregunta.

–¿Puede usted decirme si tendremos el honor de que él nos visite?

–Por el momento sus ocupaciones le impiden abandonar Londres. Tiene otros casos que requieren su atención.

–¡Qué lástima! Podría darnos alguna idea sobre esto que es tan confuso para nosotros. Pero respecto a sus propias investigaciones, doctor Watson, confío en que no dudará en contar conmigo si puedo servirle de algo. Y si contara ya con alguna indicación sobre la naturaleza de sus sospechas o sobre cómo se propone usted investigar el caso, quizá pudiera, incluso ahora mismo, serle de ayuda o darle algún consejo.

–Siento desilusionarle, pero estoy aquí únicamente para visitar a mi amigo Sir Henry y no necesito ayuda de ninguna clase.

–¡Excelente! –dijo Stapleton–. Tiene usted toda la razón para mostrarse cauteloso y reservado. Hice mal al entrometerme injustificadamente en este asunto, le prometo que no volveré a mencionarlo.

Habíamos llegado a un punto en donde un estrecho sendero cubierto de hierba se separaba de la carretera y entraba en el páramo. A la derecha había un cerro empinado y con restos de rocas, las que en tiempos pasados se usaban como cantera de granito. El lado que miraba hacia nosotros tenía una sombría pendiente, de la que crecían helechos y zarzas. En lo alto se alzaba un humo gris.

–Un paseo no muy largo por este sendero nos llevará hasta la casa Merripit –dijo mi acompañante–. Si tiene usted una hora libre, tendré el placer de presentarle a mi hermana.

Lo primero que pensé fue que mi deber era estar al lado de Sir Henry, pero luego recordé los muchos documentos y

facturas que abarrotaban la mesa de su estudio. Era indudable que yo no podía ayudarlo en su tarea. Y Holmes me había pedido expresamente que estudiara a los vecinos del baronet. Acepté la invitación de Stapleton y doblamos juntos por el sendero.

–El páramo es un lugar maravilloso –dijo mi interlocutor, mirando las ondulantes lomas, semejantes a grandes olas verdes, con crestas puntiagudas que formaban figuras fantásticas–. Nunca cansa, es imposible imaginar todos los increíbles secretos que contiene. ¡Es tan vasto, tan estéril, tan misterioso!

–Usted lo conoce bien, ¿no es cierto?

–Sólo llevo aquí dos años. Los naturales de la zona me llamarían un recién llegado. Vinimos poco después de que Sir Charles se instalara en la mansión. Pero mis aficiones me han llevado a explorar todos los alrededores y estoy convencido de que pocos conocen el páramo mejor que yo.

–¿Es difícil conocerlo?

–Muy difícil. Fíjese, por ejemplo, en esa gran llanura que se extiende hacia el norte, con los extraños cerros que brotan de ella. ¿Observa usted algo notable en su superficie?

–Debe ser un muy buen lugar para galopar.

–Eso es lo que pensaría cualquiera, pero ya le ha costado la vida a más de una persona. ¿Ve usted las manchas de color verde brillante que abundan por toda su superficie?

–Sí, parecen más fértiles que el resto. Stapleton se echó a reír.

–Es el gran pantano de Grimpen –dijo–, donde un paso en falso significa la muerte, tanto para un hombre como para cualquier animal. Ayer mismo vi a uno de los pequeños caballos del páramo meterse en él. No volvió a salir. Durante mucho tiempo aún sobresalía la cabeza, pero el fango terminó por tragárselo. Incluso en las estaciones secas es peligroso cruzarlo, aunque es peor después de las lluvias del otoño. Y sin embargo yo soy capaz de llegar hasta el centro del pantano

y regresar vivo. ¡Vaya por Dios, allí veo a otro de esos desgraciados caballitos!

Algo marrón se esparcía entre las hierbas verdosas del agua. Después, un largo cuello atormentado se asomó abruptamente hacia lo alto y resonó un terrible relincho por todo el páramo. El horror me heló la sangre en las venas, pero los nervios de mi acompañante parecían ser más resistentes que los míos.

–¡Desaparecido! –dijo–. Se lo tragó el pantano. Dos en cuarenta y ocho horas y quizá muchos más, porque se acostumbran a ir allí cuando el tiempo es seco y no advierten la diferencia hasta quedar atrapados. El gran pantano de Grimpen es un lugar muy peligroso.

–¿Y usted dice que penetra en su interior?

–Sí, hay uno o dos senderos que un hombre muy ágil puede utilizar y yo los he descubierto.

–Pero, ¿qué interés encuentra en un lugar tan espantoso?

–¿Ve usted esos cerros a lo lejos? En realidad son islas separadas del resto por el infranqueable pantano, que ha ido rodeándolas con el paso de los años. Allí es donde se encuentran las plantas raras y las mariposas, si es usted lo bastante hábil para llegar.

–Algún día probaré suerte.

Stapleton me miró sorprendido.

–¡Por el amor de Dios, ni se le ocurra pensarlo! –dijo–. Su sangre caería sobre mi cabeza. Le aseguro que no existe la menor posibilidad de que regrese con vida. Yo lo consigo únicamente gracias a recordar ciertas señales de gran complejidad.

–¡Caramba! –exclamé–. ¿Qué es eso?

Un largo y profundo gemido, indescriptiblemente triste, se extendió por el páramo. Aunque llenaba el aire, era imposible decir de dónde venía. De un murmullo apagado se convirtió en un rugido muy hondo, y luego nuevamente un murmullo melancólico. Stapleton me miró con una expresión peculiar.

–¡Extraño lugar el páramo! –dijo.

–Pero, ¿qué era eso?

–Los campesinos dicen que es el sabueso de los Baskerville reclamando su presa. Lo había oído antes una o dos veces, pero nunca con tanta claridad.

Con el corazón helado de frío contemplé la enorme llanura manchada de verdes juncos. Nada se movía en aquella gran extensión, sólo una pareja de cuervos que graznaron con fuerza desde una roca detrás nuestro.

–Usted es un hombre educado: no me diga que cree en tonterías como ésa –respondí–. ¿Cuál cree usted que es la causa de un sonido tan extraño?

–Los pantanos hacen a veces ruidos extraños. El barro al moverse, o el agua al subir de nivel, o algo parecido.

–No, no; era la voz de un ser vivo.

–Sí, quizá lo era. ¿Ha oído alguna vez mugir a un avetoro?

–No, nunca.

–Es un pájaro poco común; actualmente casi extinguido en Inglaterra, pero todo es posible en el páramo. Sí; no me sorprendería que acabáramos de oír el grito del último de los avetoros.

–Es la cosa más misteriosa y extraña que he oído en toda mi vida.

–Sí, estamos en un lugar más bien extraño. Mire la ladera de ese cerro. ¿Qué supone usted que son esas formaciones?

Toda la empinada pendiente estaba cubierta de al menos veinte grises anillos de piedra.

–¿Qué son? ¿Establos para las ovejas?

–No; son los hogares de nuestros dignos antepasados. Al hombre prehistórico le gustaba vivir en el páramo, y como nadie lo ha vuelto a hacer desde entonces, encontramos sus pequeñas construcciones exactamente como él las dejó. Es el

equivalente de las tiendas indias si se les quita el techo. Podrá usted ver incluso en donde hacían fuego y el lugar donde dormían, si la curiosidad lo empuja a entrar en uno de ellos.

–Se trata, entonces, de toda una ciudad. ¿Cuándo estuvo habitada?

–Se remonta al periodo neolítico, pero se desconocen las fechas.

–¿A qué se dedicaban sus pobladores?

–El ganado pastaba por esas laderas y ellos aprendían a cavar en busca de estaño cuando la espada de bronce empezaba a desplazar al hacha de piedra. Fíjese en el gran corte del cerro de enfrente. Esa es su marca. Sí; encontrará usted cosas muy peculiares en el páramo, doctor Watson. Ah, perdóneme un instante. Es sin duda un ejemplar de Cyclopides.

Una mosca o una pequeña mariposa se había cruzado en nuestro camino y Stapleton se lanzó al instante tras ella con gran energía y rapidez. Me impresioné al ver que el insecto voló directamente hacia el gran pantano. Mi acompañante no se detuvo ni un instante, y la perseguía con el cazamariposas saltando de mata en mata. Su ropa gris y la manera irregular de avanzar, a saltos y en zigzag, no le diferenciaban mucho de un gran ágil insecto. Contemplé sus movimientos con una mezcla de admiración y de miedo. Su despliegue era extraordinario pero me asustaba la idea de que cayera en medio del pantano traicionero. De pronto, oí un ruido de pasos y, al mirar, vi a una mujer que se acercaba hacia mí por el sendero. Procedía de la dirección de la casa Merripit, localidad que había vislumbrado antes solamente por el humo, pero que ahora al estar más cerca, la pendiente del páramo no me impedía ver.

No tuve ninguna duda de que se trataba de la señorita Stapleton, puesto que en el páramo no abundan las mujeres, y recordaba que alguien la había descrito como muy bella. La mujer que avanzaba en mi dirección lo era, desde luego, y de una hermosura muy poco común. No podía haber mayor contraste entre los hermanos. Mientras el naturalista era de tonalidad neutra, cabello claro y ojos grises, la señorita

Stapleton era más oscura que ninguna de las morenas que he visto en Inglaterra y además esbelta, elegante y alta. Su rostro, altivo y de facciones delicadas, era tan regular que hubiera podido parecer frío de no ser por la boca y los hermosos ojos, oscuros y vehementes. Dada la perfección y elegancia de su vestido, resultaba, desde luego, una extraña aparición en el solitario sendero del páramo. Seguía con los ojos los pasos y saltos de su hermano, pero cuando me di la vuelta, apresuró el paso hacia mí. Yo iba a explicarle mi presencia con unas frases, pero sus palabras hicieron cambiar mis pensamientos.

–¡Váyase! –dijo–. Vuelva a Londres inmediatamente.

No pude hacer otra cosa que contemplarla, estupefacto. Sus ojos echaban fuego y al mismo tiempo golpeaba su pie impacientemente contra el suelo.

–¿Por qué tendría que irme?

–No se lo puedo explicar –hablaba en voz baja y apremiante y con un curioso ceceo en la pronunciación–. Pero, por el amor de Dios, haga lo que le pido. Váyase y no vuelva nunca a pisar el páramo.

–Pero si acabo de llegar.

–Por favor –exclamó–. ¿No es capaz de reconocer una advertencia que se le hace por su propio bien? ¡Vuélvase a Londres! ¡Parta esta misma noche! ¡Aléjese de este lugar a toda costa! ¡Silencio, vuelve mi hermano! Ni una palabra de lo que le he dicho. ¿Le importaría cortarme la orquídea que está ahí, entre las colas de caballo? Las orquídeas abundan en el páramo, aunque, por supuesto, llega usted en una mala estación para disfrutar de la belleza de la zona.

Stapleton había abandonado la caza y se acercaba a nosotros jadeante y con el rostro encendido por el esfuerzo.

–¡Hola, Beryl! –dijo; y tuve la impresión de que el tono de su saludo no era excesivamente cordial.

–Estás muy sofocado, Jack.

–Sí. Perseguía a una Cyclopides. Es una mariposa muy poco común y raras veces se le ve a finales del otoño. ¡Es una pena que no haya conseguido capturarla!

Hablaba despreocupadamente, pero sus ojos claros nos vigilaban a ambos sin descanso.

–Por lo que veo ya se han presentado.

–Sí. Estaba explicando a Sir Henry que el otoño no es una buena época para la verdadera belleza del páramo.

–¿Cómo? ¿Con quién crees que estás hablando?

–Supongo que se trata de Sir Henry Baskerville.

–No, no –dije yo–. Solo soy un humilde servidor, aunque Baskerville me honre con su amistad. Me llamo Watson, doctor Watson.

Por un momento, el expresivo rostro de la joven se ensombreció de disgusto.

–Hemos sido víctimas de un malentendido en nuestra conversación –dijo la señorita Stapleton.

–En realidad no han tenido mucho tiempo –comentó su hermano, siempre con los mismos ojos interrogadores.

–He hablado como si el doctor Watson fuera residente en lugar de simple visitante –dijo la señorita Stapleton–. No puede importarle mucho si es pronto o tarde para las orquídeas. Pero, una vez que ha llegado hasta aquí, espero que nos acompañe para ver la casa Merripit.

Luego de un breve paseo llegamos a una triste casa del páramo, una granja de algún ganadero en los antiguos días de prosperidad, arreglada después para convertirla en vivienda moderna. Estaba rodeada por un huerto, pero los árboles, como suele suceder en el páramo, eran más pequeños de lo normal y estaban quemados por las heladas. El lugar en conjunto daba la impresión de pobreza y melancolía. Nos abrió la puerta un viejo sirviente, una criatura extraña, arrugada y de aspecto mohoso, muy acorde a la casa. Adentro, sin embargo, había habitaciones amplias, amuebladas con una

elegancia en la que me pareció reconocer el gusto de la señorita Stapleton. Desde sus ventanas contemplé el interminable páramo que se extendía eternamente hasta el horizonte. No podía dejar de preguntarme qué podía haber traído a un hombre tan instruido y a una mujer tan bella a un lugar como este.

–Extraña elección para vivir, ¿no es así? –dijo Stapleton, como si hubiera adivinado mis pensamientos–. Y sin embargo conseguimos ser considerablemente felices, ¿cierto, Beryl?

–Muy felices –dijo ella, aunque faltaba el acento de la convicción en sus palabras.

–Yo me encargaba de un colegio privado en el norte –dijo Stapleton–. El trabajo era un tanto monótono y poco interesante para un hombre de mi temperamento, pero el privilegio de vivir con jóvenes, de ayudar a moldear sus mentes y de sembrar en ellos el propio carácter y los propios ideales, era algo muy importante para mí. Sin embargo, el destino se puso en nuestra contra. Se declaró una grave epidemia en el colegio y tres de los jovencitos murieron. La institución nunca se recuperó de aquel golpe y gran parte de mi capital se perdió sin remedio. De todos modos, si no fuera por la pérdida de la encantadora compañía de los jóvenes, podría alegrarme de mi desgracia, porque, dada mi intensa afición a la botánica y a la zoología, tengo aquí un campo ilimitado de trabajo, y mi hermana está tan dedicada como yo a la naturaleza. Le explico todo esto, doctor Watson, porque he visto su expresión mientras contemplaba el páramo desde nuestra ventana.

–Es cierto que se me ha pasado por la cabeza la idea de que todo esto pueda ser, quizá, un poco menos aburrido para usted que para su hermana.

–No, no –replicó ella inmediatamente–; no me aburro nunca.

–Disponemos de muchos libros y de nuestros estudios, y también contamos con vecinos muy interesantes.

El doctor Mortimer es un erudito en su campo. También el pobre Sir Charles era un compañero admirable. Lo conocíamos bien y me faltan palabras para explicar cuánto lo echamos de menos. ¿Cree usted que sería impertinente visitar esta tarde a Sir Henry para conocerlo?

–Estoy seguro de que le encantará recibirlo.

–En ese caso quizá usted quiera tener la amabilidad de decirle que quiero hacerlo. Dentro de nuestra modestia tal vez podamos facilitarle un poco las cosas hasta que se acostumbre a su nuevo hogar. ¿Quiere subir conmigo, doctor Watson, y ver mi colección de Lepidoptera? Creo que es la más completa del suroeste de Inglaterra. Cuando haya terminado de examinarlas el almuerzo estará casi listo.

Pero yo deseaba volver junto a la persona que me había confiado su seguridad. Todo –la melancolía del páramo, la muerte del desgraciado caballo, el extraño sonido asociado con la sombría leyenda de los Baskerville– contribuía a teñir de tristeza mis pensamientos. Y por si todas aquellas impresiones más o menos vagas no me bastaran, había que añadirles la advertencia clara y precisa de la señorita Stapleton, hecha con tal convicción que me hacía pensar que tenía razones serias y profundas. Rechacé los repetidos ruegos de los hermanos para que me quedara a almorzar y de inmediato emprendí el camino de regreso, utilizando el mismo sendero de hierba por el que habíamos venido.

Sin embargo, parece que existe un atajo que utilizan quienes conocen mejor la zona, porque antes de alcanzar la carretera me quedé pasmado al ver a la señorita Stapleton sentada en una roca al borde del camino.

El rubor del esfuerzo embellecía aún más su rostro mientras se apretaba el costado con la mano.

–He corrido todo el camino para alcanzarlo, doctor Watson –me dijo– y me ha faltado hasta tiempo para ponerme el sombrero. No puedo detenerme porque de lo contrario mi hermano percibiría mi ausencia. Quería decirle lo mucho que siento la estúpida equivocación de confundirlo con Sir Henry.

Haga el favor de olvidar mis palabras, que no tienen ninguna aplicación en su caso.

–Pero no puedo olvidarlas, señorita Stapleton –respondí–. Soy amigo de Sir Henry y su bienestar es de gran importancia para mí. Dígame por qué usted estaba tan interesada en que Sir Henry regresara a Londres.

–Un simple capricho de mujer, doctor Watson. Cuando me conozca mejor comprenderá que no siempre tengo una explicación para lo que digo o hago.

–No, no. Recuerdo el temblor de su voz. Recuerdo la expresión de sus ojos. Por favor, sea sincera conmigo, señorita Stapleton, porque desde que estoy aquí tengo la sensación de vivir rodeado de sombras. Mi existencia se ha convertido en algo parecido al gran pantano de Grimpen: abundan por todas partes las manchas verdes que ceden bajo los pies y carezco de un guía que me señale el camino. Dígame, por favor, a qué se refería usted, y le prometo transmitir la advertencia a Sir Henry.

Por un instante apareció en su rostro una expresión de duda, pero cuando me respondió su mirada había vuelto a endurecerse.

–Se preocupa usted demasiado, doctor Watson –fueron sus palabras–. A mi hermano y a mí nos impresionó mucho la muerte de Sir Charles. Lo conocíamos muy bien, porque su paseo favorito era atravesar el páramo hasta nuestra casa. A Sir Charles le afectaba profundamente la maldición que pesaba sobre su familia y al producirse la tragedia lógicamente pensé que debía de existir algún fundamento para los temores que él expresaba. Por lo tanto, me preocupa que otro miembro de la familia venga a vivir aquí, y creo que se le debe avisar del peligro que corre. Eso es todo lo que me proponía transmitir con mis palabras.

–Pero, ¿cuál es el peligro?

–¿Conoce usted la historia del sabueso?

–No creo en semejante tontería.

–Pues yo sí. Si usted tiene alguna influencia sobre Sir Henry, aléjelo de un lugar que siempre ha sido funesto para su familia. El mundo es muy grande. ¿Por qué tendría que vivir en un lugar en donde corre tanto peligro?

–Precisamente por eso. Esa es la manera de ser de Sir Henry. Mucho me temo que si usted no me da una información más precisa, no logrará que se vaya.

–No puedo decir nada más preciso porque no lo sé.

–Permítame que le haga una pregunta más, señorita Stapleton. Si únicamente era eso lo que usted quería decir cuando habló conmigo por primera vez, ¿por qué le preocupaba tanto que su hermano no oyera lo que me decía? No hay en sus palabras nada a lo que ni él, ni nadie, pueda poner objeciones.

–Mi hermano está muy interesado en que la mansión de los Baskerville siga ocupada, porque cree que eso beneficia a los pobres que viven en el páramo. Se enojaría si supiera que he dicho algo que pueda impulsar a Sir Henry a irse. Pero ya he cumplido con mi deber y no voy a decir nada más. Tengo que volver a casa o de lo contrario Jack me echará de menos y sospechará que he estado con usted. ¡Hasta la vista!

Se dio la vuelta y en muy pocos minutos había desaparecido entre las piedras desperdigados por el páramo. Yo me quedé con el alma llena de vagos temores y seguí el camino hacia la mansión de los Baskerville.

8 Primer informe del doctor Watson

A partir de ahora seguiré los acontecimientos mediante la transcripción de mis cartas a Sherlock Holmes, que tengo delante de mí sobre la mesa. Falta una página, pero en todo caso, las reproduzco tal como fueron escritas. Ellas muestran mis sentimientos y sospechas del momento con más precisión de lo que podría hacerlo mi memoria, a pesar de la claridad con que recuerdo aquellos trágicos sucesos.

"Mansión de los Baskerville, 13 de octubre.

"Mi querido Holmes:

"Mis cartas y telegramas anteriores lo han mantenido al día sobre todo lo que ha ocurrido en este rincón del mundo tan olvidado de Dios. Mientras más tiempo se pasa aquí, más profundamente se mete en el alma el espíritu del páramo: su inmensidad y también su terrible encanto. Tan pronto como se penetra en él, queda atrás toda huella de la Inglaterra moderna y se ve, en cambio, por todas partes, la presencia de los hogares y de las obras del hombre prehistórico. Sea por donde sea, siempre aparecen las casas de esa gente olvidada, sus tumbas y los enormes monolitos que, al parecer, señalaban el emplazamiento de sus templos. Cuando se contemplan sus refugios de piedra gris sobre un fondo de laderas campesinas, queda atrás la época actual. Si viéramos a un ser humano peludo cubierto con pieles de animales salir en cuatro patas por una puerta, que es como la entrada de una guarida, y colocar una flecha con punta de pedernal en la cuerda de su arco, pensaríamos que su presencia en este lugar está mucho más justificada que la nuestra. Lo más extraño es que vivieran tantos en una tierra que debe haber sido siempre muy poco fértil. No soy experto en prehistoria, pero me da la impresión de que se trataba de una raza poco belicosa y frecuentemente

acosada, que se vio forzada a aceptar las tierras que nadie más estaba dispuesto a ocupar.

”Todo esto, sin embargo, no tiene nada que ver con la misión que usted me encargó y probablemente no sea interesante para una mente tan estrictamente práctica como la suya. Todavía recuerdo su completa indiferencia en cuanto a si el sol se movía alrededor de la tierra o la tierra alrededor del sol. Permítame, por lo tanto, que vuelva a los hechos relacionados con Sir Henry Baskerville.

”El que usted no haya recibido ningún informe en los últimos días se debe a que hasta hoy no tenía nada importante que relatarle. Luego ha ocurrido algo muy sorprendente que le contaré a su debido tiempo, pero, antes que nada, debo ponerlo al tanto acerca de otros elementos de la situación.

”Uno de ellos, al que apenas he aludido hasta este momento, es el preso escapado que rondaba por el páramo. Ahora existen razones poderosas para creer que se ha ido, lo que es un gran alivio para los habitantes del distrito que viven aislados. Han pasado dos semanas desde su huida, y en esos quince días no se le ha visto ni se ha oído nada relacionado con él. Es, a todas luces, inconcebible que haya podido resistir en el páramo durante tanto tiempo. Desde luego habría podido esconderse sin ninguna dificultad. Cualquiera de las guaridas podría haberle servido de refugio. Pero no hay nada que le proporcione alimento, a no ser que capture y sacrifique una de las ovejas del páramo. Por lo tanto, creemos que se ha ido, y el resultado es que los granjeros que están más aislados duermen mejor.

”En esta casa nos alojamos cuatro hombres con buena salud, de manera que podemos cuidarnos sin ayuda de nadie, pero confieso que he tenido momentos de inquietud al pensar en los Stapleton, que están a kilómetros del vecino más cercano. En la casa Merripit solo viven una criada, un anciano sirviente, la hermana de Stapleton y el mismo Stapleton, que no es una persona de gran fortaleza física. Si el preso lograra entrar en la casa, estarían indefensos en manos de un individuo tan desesperado como este criminal de Notting Hill. Tanto a Sir

Henry como a mí nos preocupa mucho su situación, y les sugerimos que Perkins, el mozo, fuera a dormir a su casa, pero Stapleton no ha querido ni oír hablar de eso.

”Lo cierto es que nuestro amigo el baronet se está interesando mucho por su hermosa vecina. No tiene nada de sorprendente, porque para un hombre tan activo como él el tiempo se hace muy largo en este lugar tan solitario, y la señorita Stapleton es una mujer muy hermosa y fascinante. Ella tiene algo tropical y exótico, muy contrapuesto al carácter frío e impasible de su hermano. También él, sin embargo, sugiere la idea de fuegos escondidos. Sin duda, Stapleton tiene mucha influencia sobre su hermana, porque he comprobado que cuando habla lo mira continuamente, como si buscara su aprobación para todo lo que dice. Espero que sea afectuoso con ella. El brillo seco de los ojos de Stapleton y la firme expresión de su boca de labios muy finos denuncian un carácter dominante y posiblemente despótico. Sin duda será para usted un interesante objeto de estudio.

”Vino a saludar a Baskerville el mismo día en que lo conocí y a la mañana siguiente nos llevó a los dos al lugar en donde se supone tuvo origen la leyenda del malvado Hugo. Fue una excursión de varios kilómetros a través del páramo hasta un lugar tan deprimente que, por sí solo, pudo haber sugerido la historia. Encontramos un valle de poca longitud entre pendientes rocosas, que desembocaba en un espacio abierto y salpicado de musgos verdosos. En el centro se levantaban dos grandes piedras, muy gastadas y bien afiladas en la parte superior, de tal manera que parecían los enormes colmillos en proceso de descomposición de un animal monstruoso. El lugar se corresponde en todo aspecto con el de la antigua tragedia que ya conocemos. Sir Henry manifestó gran interés y preguntó más de una vez a Stapleton si creía realmente en la posibilidad de que los poderes sobrenaturales intervengan en los asuntos humanos. Hablaba con desenfado, pero no cabe duda de que sentía mucho interés. Stapleton fue cauteloso en sus respuestas, aunque se percibía que decía menos de lo que sabía y opinaba, y que no se sinceraba completamente por

lealtad al baronet. Nos contó otros casos similares, de familias víctimas de alguna influencia maligna y nos dejó con la impresión de que compartía la opinión popular sobre el asunto.

”A la vuelta nos detuvimos en la casa Merripit para almorzar, y allí Sir Henry conoció a la señorita Stapleton. Desde el primer momento Baskerville pareció sentir una fuerte atracción y, si no estoy muy equivocado, el sentimiento fue mutuo. Nuestro baronet habló de ella una y otra vez mientras volvíamos a casa y desde entonces apenas ha pasado un día sin que veamos a los dos hermanos en algún momento. Esta noche comerán aquí y ya se habla de que iremos a su casa la semana que viene. Cualquiera pensaría que una posible pareja como esa llenaría de satisfacción a Stapleton y, sin embargo, más de una vez he percibido una mirada suya de mucha desaprobación cuando Sir Henry es atento con su hermana. Sin duda está muy unido a ella y viviría muy solo sin su compañía, pero parecería el colmo del egoísmo que pusiera obstáculos a un matrimonio tan conveniente. De todas formas, estoy convencido de que Stapleton no quiere que la amistad entre ambos llegue a convertirse en amor, y en varias ocasiones he observado sus esfuerzos para impedir que se queden a solas. Le diré entre paréntesis que sus instrucciones, en cuanto a no permitir que Sir Henry salga solo de la mansión, serán mucho más difíciles de cumplir si se le suma una intriga amorosa a las otras dificultades. Se perjudicaría mi buena relación con el baronet si insistiera en seguir, al pie de la letra, las órdenes que usted me ha dado.

”El otro día –el jueves, para ser más precisos– almorzó con nosotros el doctor Mortimer. Ha realizado excavaciones en un túmulo funerario de Long Down y está muy contento por el hallazgo de un cráneo prehistórico. ¡No ha habido nunca una persona tan entusiasta y decidida! Después llegaron los Stapleton, y Sir Henry le pidió al buen doctor que nos llevara a todos al paseo de los Tejos para mostrarnos exactamente cómo sucedió la tragedia aquella noche tan infeliz. El paseo de los Tejos es un camino muy largo y sombrío entre dos altas paredes cercadas, con una estrecha franja de hierba a ambos

lados. En el extremo más distante hay un sector viejo y ruinoso. A mitad de camino está la puerta que da al páramo, donde el anciano caballero dejó caer la ceniza de su cigarro puro. Se trata de un pequeño portal de madera, pintado de blanco y con un pestillo. Al otro lado se extiende el vasto páramo. Yo me acordaba de su teoría y traté de imaginar todo lo ocurrido. Mientras Sir Charles estaba allí vio algo que se acercaba atravesando el páramo, algo que le aterrorizó hasta el punto de hacerle perder la cabeza, por lo que corrió y corrió hasta morir de puro horror y agotamiento. Teníamos delante el largo y melancólico túnel por el que huyó. Pero, ¿de qué? ¿De un perro pastor del páramo? ¿O de un sabueso espectral, negro, enorme y silencioso? ¿Hubo intervención humana en el asunto? ¿Acaso Barrymore, tan pálido y siempre atento, sabe más de lo que contó? Todo resulta muy confuso y vago, pero siempre aparece detrás la oscura sombra del delito.

”Desde la última vez que escribí he conocido a otro de los habitantes del páramo. Se trata del señor Frankland, de la mansión Lafter, que vive a unos seis kilómetros al sur de nosotros. Es un caballero anciano de cabellos blancos, aspecto saludable y colérico. Le apasionan las leyes británicas y ha invertido una fortuna en querellas y juicios. Lucha por el simple placer de enfrentarse con alguien, y está siempre dispuesto a defender los dos lados en una discusión, por lo que no es sorprendente que goce de las demandas aunque le cuesten mucho dinero. En ocasiones cierra un derecho de paso y desafía al municipio para que lo obliguen a abrirlo. En otros casos rompe con sus propias manos el portón de otro propietario y afirma que siempre ha existido allí un sendero, retando al dueño de las tierras a que lo lleve a juicio por entrada ilegal. Es un erudito en el antiguo derecho señorial y comunal. Algunas veces aplica sus conocimientos en favor de los habitantes de Fernworthy y otras en contra. Así, periódicamente, lo alzan sobre los hombros por la calle principal del pueblo u organizan una hoguera con su imagen, dependiendo de su última hazaña. Se dice que actualmente tiene entre manos unos siete juicios, los que probablemente se tragarán lo que le queda de fortuna, y será inofensivo en el

futuro. Aparte de las cuestiones jurídicas parece una persona cariñosa y afable. Solo lo menciono porque usted insistió en que le enviara una descripción de todas las personas que nos rodean. Actualmente su ocupación es bien curiosa. Al ser aficionado a la astronomía, dispone de un excelente telescopio con el que se instala en el tejado de su casa y escudriña el páramo de mañana a noche, con la esperanza de encontrar al preso escapado. Si estuviera concentrando sus energías en esto, las cosas irían imposible mejor, pero se rumorea que pretende demandar el doctor Mortimer por abrir una tumba sin el consentimiento de los parientes cercanos del difunto. El doctor extrajo un cráneo neolítico del túmulo funerario de Long Down. Sin duda, esto nos sirve para romper nuestra monotonía y tener al menos algunos intermedios cómicos.

”Y ahora, después de haberle puesto al día sobre el preso fugado, sobre los Stapleton, el doctor Mortimer y el señor Frankland de la mansión Lafter, permítame que termine con lo más importante y vuelva a hablarle de los Barrymore, en especial de los sorprendentes acontecimientos de la noche pasada.

”Antes que nada debo mencionarle el telegrama que usted envió desde Londres para asegurarse de que Barrymore estaba realmente aquí. Ya le expliqué que el testimonio del administrador de correos invalida su astucia, por lo que en cualquier sentido carecemos de pruebas. Expliqué a Sir Henry cuál era la situación e inmediatamente, con su franqueza característica, hizo llamar a Barrymore y le preguntó si había recibido en persona el telegrama. Barrymore respondió que sí.

”–¿Se lo entregó el joven en sus propias manos? –preguntó Sir Henry.

”Barrymore pareció sorprendido y estuvo pensando unos momentos.

”No –dijo–; estaba en la azotea en ese momento y me lo trajo mi esposa.

”–¿Lo contestó usted mismo?

”–No; le dije a mi esposa cuál era la respuesta y ella bajó a escribirla.

”En la noche fue el mismo Barrymore el que sacó el tema.

”–No consigo entender el objetivo de su pregunta esta mañana, Sir Henry –dijo–. Espero que no signifique que mi comportamiento lo ha llevado a perder su confianza en mí.

”Sir Henry le aseguró que no era así y lo tranquilizó regalándole buena parte de su antiguo vestuario, dado que había llegado ya el nuevo equipo encargado en Londres.

”La señora Barrymore me interesa mucho. Es una mujer corpulenta, no demasiado brillante, muy respetuosa y con inclinación al puritanismo. Es difícil imaginar una persona aparentemente menos propensa a demostrar sus emociones. Y, sin embargo, tal como ya le conté, la oí sollozar amargamente durante nuestra primera noche aquí y desde entonces he observado en más de una ocasión huellas de lágrimas en su rostro. Alguna honda aflicción le desgarra sin tregua el corazón. A veces me pregunto si la obsesiona el recuerdo de alguna culpa y en otras ocasiones sospecho que Barrymore puede ser un tirano en el seno de su familia. Siempre he tenido la impresión de que había algo singular y dudoso en el carácter de este hombre, pero la aventura de la noche pasada ha servido para concretizar mis sospechas.

”Y, sin embargo, podría parecer una cuestión de poca importancia. Usted sabe que nunca he dormido a pierna suelta, pero desde que vivo atentamente en esta casa, tengo el sueño más liviano que nunca. Anoche, alrededor de las dos de la madrugada, me despertaron los pasos sigilosos de alguien que cruzaba por delante de mi habitación. Me levanté, abrí la puerta y miré. Una larga sombra negra se deslizaba por el corredor, producida por un hombre que avanzaba en silencio con una vela en la mano. Se cubría tan solo con la camisa y los pantalones e iba descalzo. No pude ver más que su silueta, pero su estatura me indicó que se trataba de Barrymore. Caminaba muy despacio y tomando muchas precauciones.

Había algo indescriptiblemente culpable y secreto en todo su aspecto.

”Ya le he explicado que el corredor queda interrumpido por el espacio que rodea la gran sala, pero que continúa por el otro lado. Esperé a que Barrymore se perdiera de vista y luego lo seguí. Cuando llegué a ese espacio, ya estaba al final del otro corredor y, gracias al resplandor de la vela a través de una puerta abierta, vi que había entrado en una de las habitaciones. Ahora bien, todas esas habitaciones no tienen muebles y están desocupadas, de manera que aquella expedición resultaba todavía más misteriosa. La luz brillaba fijamente, como si Barrymore se hubiera inmovilizado. Me deslicé por el corredor lo más silenciosamente que pude hasta asomarme apenas por la puerta abierta.

”Barrymore, agachado junto a la ventana, mantenía la vela pegada al cristal. Su rostro estaba vuelto a medias hacia mí y sus facciones manifestaban la tensión de la espera mientras escudriñaba la negrura del páramo. Durante varios minutos mantuvo la intensa vigilancia. Luego dejó escapar un hondo gemido y con un gesto de impaciencia apagó la vela. Yo regresé inmediatamente a mi habitación y muy poco después volví a oír los pasos sigilosos de su regreso. Mucho más tarde, cuando estaba empezando a dormirme, oí cómo una llave giraba en una cerradura, pero me fue imposible precisar de dónde venía el ruido. No soy capaz de adivinar el significado de lo sucedido, pero sin duda en esta casa tan melancólica está en marcha algún asunto secreto que, tarde o temprano, terminaremos por descubrir. No quiero molestarle con mis teorías porque usted me pidió que solo le proporcionara hechos. Esta mañana tuve una larga conversación con Sir Henry y elaboramos un plan, basado en mis observaciones de la noche pasada. No pretendo explicarle a usted ahora mismo lo que planeamos, pero sin duda esto hará que mi próximo informe resulte muy interesante.

9 La luz en el páramo

[Segundo informe del doctor Watson]

”Mansión de los Baskerville, 15 de octubre.

”Mi querido Holmes:

”Aunque durante los primeros días de mi misión no entregué muchas noticias, ahora podrá ver que estoy recuperando el tiempo perdido y que los acontecimientos se suceden sin interrupción. En mi último informe fue clave el hallazgo de Barrymore en la ventana y ahora tengo ya una excelente segunda parte que, si no estoy muy equivocado, le sorprenderá bastante. Los acontecimientos han tomado un camino que yo no podía prever. En ciertos aspectos las cosas se han aclarado mucho durante las últimas cuarenta y ocho horas y en otros se han complicado todavía más. Pero voy a contárselo todo, y así podrá juzgar por sí mismo.

”A la mañana siguiente, antes de bajar a tomar desayuno, revisé la habitación que Barrymore había visitado la noche anterior. La ventana orientada al oeste por la que miraba con tanto interés, tiene, según he podido advertir, una peculiaridad que la distingue de todas las demás ventanas de la casa: es la que permite ver el páramo desde más cerca, gracias a una abertura entre los árboles. Mientras que desde todas las demás se vislumbra con dificultad. Dado que solo esa ventana se ajusta a sus necesidades, se entiende que Barrymore buscaba desde ahí, algo o a alguien que estaba en el páramo. La noche era muy oscura, por lo que es difícil comprender cómo esperaba ver algo. A mí se me ocurrió la posibilidad de que se tratara de alguna intriga amorosa. Ello explicaría el sigilo de sus movimientos y también la intranquilidad de su esposa. Barrymore es un individuo con mucho atractivo, perfectamente capacitado para robarle el corazón a una campesina, de manera que esta teoría parecía tener algunos elementos a su favor. La apertura de la puerta que yo había

oído después de regresar a mi habitación podía significar que Barrymore abandonaba la casa para dirigirse a una cita clandestina. Así razonaba yo conmigo mismo por la mañana y le cuento el rumbo que tomaron mis sospechas, a pesar de que nuestras posteriores averiguaciones demostraron que no tenían ningún fundamento.

”Pero, sea cual sea la verdadera explicación de los movimientos de Barrymore, consideré superior a mis fuerzas la responsabilidad de guardar el secreto sobre sus actividades hasta que pudiera explicarlas de manera satisfactoria. Por esto, después del desayuno conversé con el baronet en su sala y le conté todo lo que había visto. Sir Henry se sorprendió menos de lo que yo esperaba.

”–Sabía que Barrymore andaba de noche por la casa y había pensado hablar con él sobre ello –me dijo–. He oído dos o tres veces sus pasos en el corredor, yendo y viniendo, más o menos a la hora que usted menciona.

”–En tal caso quizá visite precisamente esa ventana todas las noches –sugerí.

”–Tal vez lo haga. Si es así, estaremos en condiciones de seguirlo y de ver qué es lo que se trae entre manos. Me pregunto qué haría su amigo Holmes si estuviera aquí.

”–Creo que haría exactamente lo que usted acaba de sugerir –le respondí–. Seguiría a Barrymore y vería qué es lo que hace.

”–Entonces lo haremos juntos.

”–Pero sin duda nos oirá.

”–Es bastante sordo y de todos modos hemos de correr el riesgo. Esperaremos en mi habitación a que pase.

”–Sir Henry se frotó las manos encantado; era evidente que tomaba esta aventura como un agradable descanso de la vida excesivamente tranquila que llevaba en el páramo.

”El baronet ha estado en contacto con el arquitecto que preparó los planos para Sir Charles y también con el contratista londinense que se encargó de las obras, por lo que

quizá empiecen a producirse aquí grandes cambios. También han venido de Plymouth decoradores y mueblistas: sin duda nuestro amigo tiene grandes ideas y no quiere escatimar esfuerzos ni gastos para restaurar el antiguo esplendor de su familia.

”Con la casa arreglada y amueblada de nuevo, solo necesitará una esposa para que todo esté en orden. Le diré, entre nosotros, que hay signos muy evidentes de que eso pasará muy pronto si la señorita acepta, porque raras veces he visto a un hombre más enamorado que Sir Henry de nuestra hermosa vecina, la señorita Stapleton. Sin embargo, dadas las circunstancias, el progreso del amor verdadero no siempre se produce con toda la suavidad que se espera. Hoy, por ejemplo, el idilio se ha visto perturbado por un obstáculo inesperado que ha dejado perplejo y muy enojado a nuestro amigo.

”Después de la conversación que le cité acerca de Barrymore, Sir Henry se acomodó el sombrero y se dispuso a salir. Como la cosa más natural, yo hice lo mismo.

”–Cómo, ¿viene usted conmigo, Watson? –me preguntó, mirándome de una forma muy peculiar.

”–Depende si se dirige al páramo –le respondí.

”–Sí, hacia allá voy.

”–Bien; usted sabe cuales son mis instrucciones. Siento entrometerme, pero sin duda usted recuerda que Holmes insistió mucho en que no lo dejara solo y más aún en que no fuera al páramo sin compañía.

”Sir Henry me puso la mano en el hombro, sonriendo de manera cordial.

”–Mi querido amigo –dijo–; pese a toda su sabiduría, Holmes no previó algunas de las cosas que han sucedido desde que llegué al páramo. ¿Me entiende? Estoy seguro de que no quiere arruinar las cosas. Debo salir solo.

”Sus palabras me pusieron en una situación muy incómoda. No sabía qué hacer ni qué decir, y antes de que tomara una decisión Sir Henry tomó el bastón y partió.

”Pero cuando empecé a reflexionar sobre el asunto, mi conciencia me reprochó amargamente perderlo de vista bajo cualquier pretexto. Imaginé cómo me sentiría si tuviera que presentarme ante usted y confesarle que había sucedido una desgracia por no seguir sus instrucciones al pie de la letra. Le aseguro que me sonrojaría ante semejante idea. Quizá todavía estaba a tiempo de alcanzarlo, de manera que al instante me puse en camino hacia la casa Merripit.

”Lo más rápido que pude, fui por la carretera hasta llegar al punto en que comienza el sendero del páramo sin encontrar ningún rastro de Sir Henry. Una vez allí, temiendo que quizá, después de todo, había seguido un camino equivocado, subí por un cerro –en donde en otros tiempos se usaba de cantera–, desde donde se divisa un panorama bastante amplio. Una vez en la cima vi de inmediato a Sir Henry. Estaba en el sendero del páramo, a unos cuatrocientos o quinientos metros de distancia, y le acompañaba una mujer que solo podía ser la señorita Stapleton. Estaba claro que se habían puesto de acuerdo para encontrarse. Caminaban despacio, absortos en la conversación que mantenían, y vi que ella hacía rápidos movimientos con las manos como si pusiera mucha vehemencia en sus palabras. Él escuchaba con atención, y una o dos veces movió la cabeza en un gesto enérgico de desacuerdo. Permanecí entre las rocas contemplándolos, sin saber en absoluto lo que debía hacer a continuación. Acercarme e interrumpir una conversación tan íntima parecía inconcebible; mi deber, sin embargo, era muy claro: no perder de vista a Sir Henry. Estar actuando de espía de un amigo era una tarea muy desagradable. No fui capaz de encontrar una mejor opción que seguir observándolos desde arriba, y luego liberarme de culpa confesándole a Sir Henry lo que había hecho. Es cierto que si le hubiera amenazado algún peligro repentino, habría estado demasiado lejos para serle de utilidad, pero sin duda usted concordará conmigo en que mi situación era muy difícil y que no estaba en mis manos hacer otra cosa.

”Nuestro amigo el baronet y la mujer se habían detenido en el camino y seguían hablando absortos, cuando de repente me

di cuenta de que yo no era el único testigo de esto. Una mancha verde que flotaba en el aire llamó mi atención y, al mirarla más detenidamente, pude ver que iba sujeta a un mango y que la llevaba un hombre que avanzaba por terreno accidentado. Era Stapleton con su cazamariposas. Estaba mucho más cerca de la pareja que yo, y daba la impresión de moverse hacia ellos. En aquel instante Sir Henry atrajo de repente a la señorita Stapleton hacia sí y le pasó la mano por la cintura, pero a mí me pareció que ella se esforzaba por separarse y que apartaba el rostro. Nuestro amigo inclinó la cabeza y ella alzó una mano como para protestar. Un instante después vi que se separaban y se volvían a acercar bruscamente. Stapleton, que corría rápidamente hacia ellos con el absurdo cazamariposas a la espalda, era la causa de la interrupción. Al llegar a su lado empezó a gesticular y casi a bailar de excitación delante de los enamorados. No entendí bien el sentido de la escena, pero me pareció que Stapleton insultaba a Sir Henry a pesar de sus explicaciones, y que este último se enojaba cada vez más al comprobar que el otro se negaba a aceptarlas. La señorita se mantenía a un lado muy silenciosa. Finalmente Stapleton se dio vuelta y muy urgido llamó a su hermana, la que después de mirar indecisa a Sir Henry, se alejó de ahí. Los gestos de gran enojo del naturalista demostraban que también la señorita Stapleton había influido en su desagrado. El baronet los siguió unos momentos con la vista y luego regresó lentamente por donde había venido con la cabeza baja, totalmente desalentado.

”Yo no lograba entender lo que significaba todo esto, pero estaba muy avergonzado por haber presenciado una escena tan íntima sin que mi amigo lo supiera. De manera que corrí cerro abajo hasta reunirme con él. Sir Henry tenía el rostro rojo de rabia y fruncía el ceño demostrando no saber en absoluto qué hacer.

”–¡Vaya, Watson! ¿De dónde sale usted? –me preguntó–. ¿No me va a decir que me ha seguido a pesar de todo?

”Le expliqué lo sucedido: cómo me había parecido imperdonable quedarme atrás, cómo le había seguido y cómo había presenciado todo lo ocurrido.

”Por un instante los ojos le echaron llamas, pero mi franqueza lo desarmó y al final se echó a reír de una manera bastante triste.

”–Cualquiera hubiera creído que el centro de esa llanura era un sitio suficientemente apartado, pero veo que todos los habitantes de la zona me podrían haber visto salir a cortejar –dijo con fuerza y enojo–. ¿Dónde se encontraba usted?

”–Estaba en ese cerro.

”–Una de las últimas filas, ¿no es cierto? Pero Stapleton estaba mucho más cerca. ¿Lo vio acercarse a nosotros?

”–Efectivamente.

”–¿Ha tenido alguna vez la sensación de que esté loco?

”–No; nunca lo he pensado.

”–Yo tampoco. Siempre me había parecido que estaba en su sano juicio hasta hoy. Pero, ¿me creería si le digo que a él o a mí deberían ponernos una camisa de fuerza? ¿Qué es lo que me pasa, de todos modos? Usted lleva varias semanas viviendo conmigo, Watson. Dígamelo con sinceridad ahora mismo. ¿Hay algo que me impida ser un buen esposo para la mujer que ame?

”–Yo diría que no.

”–Sin duda Stapleton no desaprueba mi posición social, de manera que se trata de mi persona. Pero, ¿qué tiene contra mí? Que yo sepa nunca he hecho daño a nadie. Sin embargo, no está dispuesto siquiera a permitir que roce la mano de su hermana.

”–¿Es eso lo que ha dicho?

”–Eso y mucho más. Pero le aseguro, Watson, que a pesar de las pocas semanas transcurridas, desde el primer momento comprendí que estaba hecha para mí y que yo también…, la señorita Stapleton era feliz cuando estaba conmigo, y eso puedo jurarlo. Hay un brillo en los ojos de una mujer que habla con más claridad que las palabras. Pero Stapleton nunca nos ha dejado a solas y hoy tenía por fin la primera oportunidad de decirle unas palabras sin testigos. Ella se alegró de verme, pero no quería hablar de amor, y me lo habría impedido si hubiera estado en sus manos. No ha hecho más que repetirme que este lugar es muy peligroso y que solo será feliz cuando me haya ido. Entonces le dije que desde que la vi que no tengo ningún apuro por irme y que si realmente quiere que me vaya, la única manera de hacerlo sería con ella. Luego, sin más rodeos, le pedí que se casara conmigo, pero antes de que pudiera responder apareció su hermano, corriendo hacia nosotros con cara de loco. Se le veía pálido de rabia y hasta sus ojos claros echaban fuego. ¿Qué estaba haciendo con Beryl? ¿Cómo me atrevía a ofrecerle atenciones que ella encontraba sumamente desagradables? ¿Acaso creía que por ser baronet podía hacer lo que se me diera la gana? Si no hubiera sido su hermano habría sabido mejor cómo responderle. Pero dada la situación le dije que mis sentimientos hacia su hermana eran éstos, que no tenía por qué avergonzarme de ellos y que esperaba que me hiciera el honor de casarse conmigo. Esto no pareció servir para mejorar la situación, de manera que yo también perdí la paciencia y le respondí quizá más alterado de lo normal, considerando que estábamos ante ella. Finalmente, tal como usted vio, Stapleton se llevó a su hermana, y yo he quedado imposible más desconcertado.

”Haga el favor de explicarme qué significa todo esto, Watson, y quedaré tan en deuda con usted que nunca podré terminar de pagársela.

”–Intenté encontrar una o dos explicaciones, pero, a decir verdad, yo también estaba desconcertado. El título de nobleza de nuestro amigo, su fortuna, su edad, su manera de ser y su aspecto están a su favor, y no me consta que haya nada en contra suya, excepto el triste destino que parece perseguir a su familia. Que su propuesta de matrimonio se rechace de manera tan brusca, sin siquiera considerar los deseos de la propia interesada, y que ella misma acepte la situación sin protestar es totalmente sorprendente. Sin embargo, las aguas volvieron a su cauce gracias a la visita de Stapleton al baronet esa misma tarde. Se presentó para pedir disculpas por su comportamiento grosero de la mañana y, después de una larga y privada conversación con Sir Henry en el salón, se reconciliaron. Como prueba de ello comeremos juntos en la casa Merripit el viernes próximo.

”–Tampoco es que ahora me atreva a afirmar que está totalmente en su sano juicio –me comentó Sir Henry después de la conversación–, porque no olvido cómo me miraba mientras corría hacia mí esta mañana, pero tengo que reconocer que nadie podría disculparse con más elegancia”.

”–¿Ha dado alguna explicación por su conducta?

”–Dice que su hermana lo es todo en su vida. Eso es bastante lógico y me alegro de que se dé cuenta de lo mucho que vale. Siempre han estado juntos y, según lo que Stapleton cuenta, siempre ha sido un hombre muy solitario, sin otra compañía que la de su hermana, de manera que la idea de perderla le resulta terrible. Ha dicho que no se había percatado de mis sentimientos hacia ella, y que al ver con sus propios ojos que efectivamente así era y que podía perderla, se sobresaltó tan intensamente que no controló sus palabras y sus acciones. Lamenta mucho lo sucedido y reconoce lo estúpido y lo egoísta que es imaginar que podría retener toda la vida a una mujer como su hermana. Si ella tiene que dejarlo, prefiere que se trate de un vecino como yo antes que de cualquier otra

persona. Pero de todos modos es un golpe para él y le llevará algún tiempo poder asimilarlo. Dejará por completo de oponerse si yo le prometo mantener las cosas como están durante tres meses y por ese tiempo contentarme solo con la amistad de su hermana, sin exigir su amor. Eso es lo que le prometí y así quedaron las cosas.

”De manera que eso aclara uno de nuestros pequeños misterios. Ya es algo tocar fondo en algún lugar de este pantano en el que estamos metidos. Ahora sabemos por qué Stapleton miraba con desagrado al pretendiente de su hermana, pese a tratarse de un partido tan conveniente como Sir Henry. Y a continuación paso a ocuparme de otro hilo que ya separé de esta madeja tan enredada: me refiero al misterio de los sollozos nocturnos, de las lágrimas en el rostro de la señora Barrymore y de los viajes secretos del mayordomo a la ventana enrejada que da a occidente. Felicíteme, mi querido Holmes, y dígame que no le he defraudado como agente; que no lamenta la confianza que me demostró al enviarme aquí. Todos estos puntos han quedado completamente aclarados gracias al trabajo de una noche.

”–He dicho “el trabajo de una noche”, pero en realidad fueron dos, porque la primera nos llevamos un buen fiasco. Estuve con Sir Henry en su habitación hasta cerca de las tres de la madrugada, pero no oímos otro ruido que las campanadas del reloj en lo alto de la escalera. Fue una velada sumamente melancólica y los dos nos quedamos dormidos en nuestras sillas. Afortunadamente no nos desanimamos y decidimos intentarlo de nuevo. A la noche siguiente redujimos la luz de la lámpara y fumamos cigarrillos sin hacer el menor ruido. Era increíble lo lento que pasaban las horas. De todas formas, nos ayudaba ese paciente interés que debe sentir el cazador mientras vigila la trampa que espera a su presa. El reloj dio la una, luego las dos. Estábamos desesperados, casi a punto de renunciar por segunda vez, hasta que de repente nos pusimos tensos, nos inmovilizamos y olvidamos el cansancio, al oír el crujido de una pisada en el corredor.

”–Sentimos pasar a Barrymore por delante de la habitación con mucho cuidado y luego perderse en la distancia. Después el baronet abrió la puerta sin hacer ruido y salimos en su persecución. El mayordomo había atravesado ya el salón y nuestro lado del corredor estaba completamente oscuro. Nos movimos en silencio hasta la otra ala. Llegamos a tiempo de vislumbrar la alta figura de barba negra y hombros arqueados que avanzaba en puntillas hasta entrar por la misma puerta donde yo le había visto dos noches antes. También pudimos ver cómo la vela, con su luz, hacía que el marco destacara en la oscuridad, al mismo tiempo que un solo rayo amarillo iluminaba la oscuridad del corredor. Nos acercamos cautelosamente, probando las tablas del suelo antes de apoyarnos con todo nuestro peso. Habíamos tenido la precaución de quitarnos las botas, pero incluso así el viejo entarimado crujía y se quejaba bajo nuestros pies. A veces parecía imposible que Barrymore no advirtiera nuestra cercana presencia, pero afortunadamente está bastante sordo y estaba absorto en lo que hacía.

”Cuando por fin llegamos a la habitación y miramos dentro, lo encontramos agachado junto a la ventana, con la vela en la mano y el rostro pálido, ensimismado junto al cristal, exactamente igual que dos noches antes.

”Habíamos preparado un plan, pero para el baronet las formas de actuar más directas son siempre las más naturales, de manera que entró sin más preámbulos en la habitación. Barrymore, jadeante, se paró de un salto de su lugar junto a la ventana y se inmovilizó, pálido y tembloroso, ante nosotros. Sus ojos oscuros, que resaltaban mucho en medio de la blancura de su rostro, nos miraron, uno tras otro, llenos de horror y de asombro.

”–¿Qué está usted haciendo aquí, Barrymore?

”–Nada, señor –su agitación era tan intensa que apenas podía hablar y la vela que empuñaba le temblaba tanto que las sombras saltaban arriba y abajo–. Es por el viento, señor. Por la noche hago la ronda para ver si las ventanas están bien cerradas.

”–¿En el piso alto?

”–Sí, señor, todas las ventanas.

”–Mire, Barrymore –dijo Sir Henry con gran firmeza–: estamos decididos a que usted nos diga la verdad, de manera que se ahorrará molestias si se sincera cuanto antes. ¡Vamos! ¡Basta de mentiras! ¿Qué hacía usted junto a esa ventana?

”El mayordomo nos miró con aire desvalido y se retorció las manos como alguien que está al límite de la duda y del sufrimiento.

”–No hacía nada malo, señor. Solo estaba delante de la ventana con una vela encendida.

”–Y, ¿por qué estaba usted con una vela encendida delante de la ventana?

”–No me lo pregunte, Sir Henry, ¡no me lo pregunte! Le doy mi palabra de que el secreto no me pertenece y no me es posible decírselo. Si solo dependiera de mí no trataría de ocultárselo.

”De repente se me ocurrió una idea y recogí la vela de la orilla de la ventana en donde la había dejado el mayordomo.

”–Debe de servirle como señal –dije–. Veamos si hay respuesta.

”Sostuve la vela como lo había hecho él, al mismo tiempo que escudriñaba la oscuridad exterior. Como las nubes ocultaban la luna, solo distinguía vagamente la hilera de árboles y la tonalidad más clara del páramo. Pero se me escapó un grito de alegría al ver que un puntito de luz amarilla había traspasado de repente el oscuro velo y después siguió brillando uniformemente en el centro del rectángulo negro que enmarcaba la ventana.

”–¡Ahí está! –exclamé.

”–No, señor, no; no es nada…, nada en absoluto –intervino el mayordomo–. Le aseguro que…

”–¡Mueva la luz de un lado a otro de la ventana Watson! –exclamó el baronet–. ¿Ve? ¡La otra también se mueve! ¿Qué nos dice ahora, canalla? ¿Sigue negando que es una señal? ¡Vamos, hable! ¿Quién es su aliado y qué fechoría es la que se traen entre manos?

”–La expresión de Barrymore se volvió desafiante.

”–Es asunto mío y no suyo. No se lo diré.

”–En ese caso usted deja de estar a mi servicio ahora mismo.

”–Muy bien, señor. Si así tiene que ser, así será.

”–Y se va deshonrado. Por todos los demonios, ¡tiene motivos para avergonzarse de usted mismo! Su familia ha vivido con la mía durante más de cien años bajo este techo, y ahora lo vengo a encontrar metido hasta el cuello en algún siniestro plan en mi contra.

”–¡No, señor, no! ¡No en contra de usted!

”–Era la voz de una mujer: la señora Barrymore, más pálida y más asustada aún que su marido, estaba junto a la puerta. Su voluminosa figura, envuelta en un chal y una falda, podría haber resultado cómica de no ser por la intensidad de los sentimientos que se leían en su rostro.

”–Tenemos que irnos, Eliza. Esto es el fin. Ya puedes hacer el equipaje –dijo el mayordomo.

”–¡John, John! ¿Voy a ser yo la causa de tu ruina? Todo es obra mía, Sir Henry…, yo soy la responsable. Todo lo que ha hecho lo ha hecho por mí y porque yo se lo he pedido.

”–¡Hable entonces! ¿Qué significa todo esto?

”–Mi desgraciado hermano se está muriendo de hambre en el páramo. No podemos dejarlo perecer en las puertas mismas de nuestra casa. La luz es una señal para decirle que tiene comida preparada, y él, con su luz, nos indica el lugar donde llevársela.

”–Entonces su hermano es…

”–El preso escapado, señor…, Selden, el criminal.

”–Así es, señor –intervino Barrymore–. Como le había dicho, el secreto no era mío y no se lo podía contar. Pero ahora ya lo sabe, y se dará cuenta de que si había algo oculto no era un plan en su contra.

”–Ésa era, entonces, la explicación de las sigilosas expediciones nocturnas y de la luz en la ventana. Tanto Sir Henry como yo nos quedamos mirando a la señora Barrymore sin disimular nuestro asombro. ¿Cabía imaginar que aquella persona respetablemente impasible llevara la misma sangre que uno de los delincuentes más tristemente célebres del país?

”–Sí, señor; mi apellido de soltera era Selden y el preso es mi hermano menor. Lo consentimos demasiado cuando niño y lo dejamos hacer todo a su modo, por lo que llegó a creer que el mundo no tenía otra finalidad que proporcionarle placeres y que podía hacer lo que se le antojara. Más tarde, al crecer, tuvo malas compañías y el diablo se le metió en el cuerpo, hasta que a mi madre le destrozó el corazón y arrastró nuestro apellido por el barro. De delito en delito fue cayendo cada vez más bajo, hasta que solo la clemencia de Dios lo ha librado de la pena de muerte. Sin embargo, para mí nunca ha dejado de ser el niñito de cabellos rizados al que cuidé y con el que jugué, como cualquier hermana mayor. Es por eso que se escapó, señor. Sabía que yo vivía en esta casa y que no me negaría a ayudarlo. Cuando se arrastró una noche hasta aquí, agotado y hambriento, con los guardianes pisándole los talones, ¿qué podíamos hacer? Lo recogimos, lo alimentamos y cuidamos. Luego usted regresó, señor, y mi hermano pensó que estaría más seguro en el páramo que en cualquier otro lugar hasta que se apaciguara la persecución, de manera que allí se escondió. Pero cada dos noches nos comunicábamos con él poniendo una luz en la ventana y, si respondía, mi marido le llevaba un poco de pan y carne. Todos los días vivíamos con la esperanza de que se hubiera ido, pero mientras tanto no podíamos abandonarlo. Soy una buena cristiana y ésa es toda la verdad. Usted comprenderá que si hemos hecho algo malo, no es mi marido el culpable, sino yo, porque todo lo que ha hecho lo ha hecho por mí.

”–Las palabras de la mujer estaban llenas de una vehemencia que las hacía muy convincentes.

”–¿Es ésa la verdad, Barrymore?

”–Sí, Sir Henry. De principio a fin.

”–Bien; no puedo culparlo por apoyar a su esposa. Olvide lo que le dije antes. Vuelvan los dos a su habitación y mañana en la mañana seguiremos hablando de este asunto.

”–Cuando se fueron miramos de nuevo por la ventana. Sir Henry la había abierto, y el frío viento nocturno nos golpeaba en la cara. Muy lejos en la oscuridad brillaba aún el puntito de luz amarilla.

”–Me sorprende que se atreva a mostrarse tanto –dijo Sir Henry.

”–Tal vez sitúa la vela de manera que solo sea visible desde aquí.

”–Es muy posible. ¿A qué distancia cree que está?

”–Calculo que a la altura de Cleft Tor.

”–No más de dos o tres kilómetros.

”–Menos, probablemente.

”–No puede ser muy lejos si Barrymore tenía que llevarle la comida. Y ese canalla está esperando junto a la vela. ¡Voy a salir a capturarlo!

”Se me había ocurrido lo mismo. No era como si los Barrymore nos hubieran hecho una confidencia. Les habíamos arrancado el secreto a la fuerza. Ese individuo era un peligro para la comunidad, un delincuente implacable que no tenía excusa ni merecía compasión. No hacíamos más que cumplir con nuestro deber al aprovechar la oportunidad de devolverlo de nuevo a donde no pudiera hacer daño. Debido a su carácter brutal y violento, otros tendrían que pagar las consecuencias si nos cruzábamos de brazos.

”Cualquier noche, por ejemplo, podía atacar a nuestros vecinos los Stapleton, y tal vez esa idea hizo que Sir Henry se

interesara tanto por aquella aventura.

”–Lo acompañaré –dije.

”–Entonces tome su revólver y póngase las botas. Cuanto antes salgamos mejor, porque ese individuo puede apagar la luz e irse.

”–A los cinco minutos ya nos habíamos puesto en camino. Apuramos el paso entre los oscuros arbustos, en medio de los apagados gemidos del viento del otoño y del crujir de las hojas caídas. El aire nocturno estaba cargado de olor a humedad y a putrefacción. De vez en cuando la luna se asomaba unos instantes, pero las nubes casi cubrían el cielo por completo. Cuando salíamos al páramo empezó a caer una lluvia suave. La luz seguía brillando ante nosotros.

”–¿Está usted armado? –pregunté.

”–Tengo un látigo.

”–Tenemos que encontrarlo rápidamente, porque se dice que es un hombre desesperado. Debemos tomarlo por sorpresa y someterlo antes de que se resista.

”–Escuche, Watson, ¿qué diría Holmes de esto? ¿Qué diría sobre esta hora de oscuridad en la que se intensifican los poderes del mal?

”Como en respuesta a sus palabras se alzó de repente, en la inmensa tristeza del páramo, el extraño sonido que yo había oído antes cerca del gran pantano de Grimpen. Nos llegó traído por el viento a través del silencio de la noche. Era un murmullo largo y profundo, luego un aullido cada vez más poderoso y finalmente terminaba con ese triste gemido. Resonó una y otra vez, todo el aire palpitando con él, estruendoso, salvaje y amenazador. El baronet me tomó de la manga y se puso tan pálido que su rostro le brilló tenuemente en la oscuridad.

”–¡Santo cielo! ¿Qué fue eso, Watson?

”–No lo sé. Se trata de un sonido que se oye en el páramo. Es la segunda vez que lo escucho.

”Los aullidos cesaron y un silencio absoluto reinó entre nosotros. Aguzamos el oído, pero sin el menor resultado.

”–Watson –dijo el baronet–, eso era el aullido de un sabueso.

”Se me heló la sangre en las venas, porque la voz se le quebró de tal manera que reflejó el terror repentino que se había apoderado de él.

”–¿Qué dicen de ese sonido? –preguntó.

”–¿Quiénes?

”–Los habitantes de la zona.

”–Bah, son gente ignorante. ¿De qué le sirve lo que dicen?

”–Cuéntemelo, Watson. ¿Qué es lo que dicen?

”Dudé un momento, pero no podía eludirlo.

”–Dicen que es el aullido del sabueso de los Baskerville.

”–Sir Henry dejó escapar un gemido y luego guardó silencio unos instantes.

”–Era un sabueso –dijo por fin–, pero parecía venir de una distancia de varios kilómetros en aquella dirección, según creo.

”–Es difícil saber de dónde venía.

”–Subía y bajaba con el viento. ¿No es ésa la dirección del gran pantano de Grimpen?

”–Sí, es ésa.

”–Bien, pues era por allí. Dígame la verdad, ¿a usted no le pareció también que era el aullido de un sabueso? Ya no soy un niño. No tenga problema en decirme la verdad.

”–Stapleton estaba conmigo la otra vez. Dijo que podía ser el canto de un extraño pájaro.

”–No, no; era un sabueso. Dios mío, ¿habrá algo de verdad en todas esas historias? ¿Es posible que esté realmente en peligro por una causa tan misteriosa? Usted no lo cree, ¿no es así, Watson?

”–No, claro que no.

”–Y sin embargo una cosa es reírse de ello en Londres y otra muy distinta es estar aquí en la oscuridad del páramo y oír un aullido como ése. ¡Y mi tío! Encontraron las huellas del sabueso muy cerca de donde cayó. Todo concuerda. No creo ser cobarde, Watson, pero ese sonido me ha helado la sangre. ¡Tóqueme la mano!

”–Estaba tan fría como un bloque de mármol.

”–Mañana usted estará perfectamente.

”–No creo que la luz del día logre sacarme ese aullido de la cabeza. ¿Qué quiere que hagamos ahora?

”–¿Quiere que regresemos?

”–No, de ninguna manera; hemos salido a capturar a nuestro hombre y eso es lo que haremos. Nosotros vamos tras el preso y es probable que un sabueso del infierno vaya tras de nosotros. Adelante. Haremos lo que nos hemos propuesto hacer aunque corran por el páramo todos los demonios del infierno.

”Proseguimos lentamente nuestro camino en la oscuridad, con la borrosa silueta de los cerros pedregosos que nos rodean y el punto de luz amarilla brillando delante de nosotros. No hay nada tan engañoso como la distancia de una luz en una noche oscura como boca de lobo. Algunas veces el resplandor parecía estar tan lejano como el horizonte y otras, estar a pocos metros. Pero finalmente vimos de dónde venía y supimos que estábamos muy cerca. En medio de una cerrada grieta entre unas rocas, estaba clavada una vela muy derretida, así se protegía del viento y sólo era visible desde la mansión de los Baskerville. Una pequeña roca nos ocultó mientras nos acercábamos y pudimos asomarnos por encima para contemplar la luz de la señal. Era extraño ver aquella vela solitaria ardiendo allí, en medio del páramo, sin el menor signo de vida a su alrededor: tan solo la llama amarilla y el brillo de las rocas por ambos lados.

”–¿Y ahora qué hacemos? –susurró Sir Henry.

”–Esperar aquí. Tiene que estar cerca. Quizá podamos verlo.

”Apenas pronunció esas palabras ambos lo vimos. Sobre las rocas, en la grieta donde ardía la vela, surgió un maligno rostro amarillo, una terrible cara bestial y de una intensa crueldad. Estaba lleno de barro, con el pelo enmarañado y una barba espesa. Podría haber sido perfectamente uno de esos antiguos salvajes que habitaban en los refugios de los cerros. La luz de abajo se reflejaba en sus ojos astutos, que escudriñaban con fiereza toda la oscuridad, como un animal taimado y salvaje que ha oído pasos de cazadores.

”–Sin duda algo había despertado sus sospechas. Puede que Barrymore acostumbrara a darle alguna señal privada que nosotros habíamos omitido, o bien nuestro hombre tenía alguna otra razón para pensar que las cosas no avanzaban como debían. En cualquier caso sus perversas facciones denotaban el miedo y de un momento a otro podría de un manotazo apagar la luz y esfumarse en la oscuridad. Salté hacia adelante y Sir Henry me imitó. En el mismo instante el preso nos lanzó una maldición y tiró una piedra que se hizo añicos contra la roca que nos había protegido. Vislumbré por un momento su silueta rechoncha y musculosa mientras se ponía de pie y giraba en redondo para escapar. Afortunadamente la luna salió de entre las nubes. De manera rápida alcanzamos la cima del cerro y vimos que nuestro hombre bajaba a gran velocidad por la otra ladera, saltando por encima de las rocas que encontraba en su camino, tan ágil como una cabra de las montañas. Con suerte tal vez habría podido detenerlo con un disparo de mi revólver, pero esa arma era tan solo para defenderme si se me atacaba y no para disparar contra un hombre desarmado que huía.

”Tanto el baronet como yo somos aceptables corredores y estamos en buena forma, pero de inmediato nos dimos cuenta de que no teníamos ninguna posibilidad de alcanzarlo. Seguimos viéndolo durante un buen rato a la luz de la luna, hasta que se convirtió en un puntito que avanzaba rápido entre las rocas de las laderas de un cerro a lo lejos. Corrimos y corrimos hasta quedar completamente agotados, pero la

distancia era cada vez mayor. Finalmente nos detuvimos y nos sentamos jadeantes en unas rocas, desde donde lo seguimos viendo hasta que se perdió en la lejanía.

”Y en aquel momento, cuando nos levantábamos de las rocas para darnos la vuelta y regresar a casa, abandonada ya la inútil persecución, ocurrió algo muy extraño e inesperado. La luna estaba muy baja hacia la derecha, y la cima puntiaguda se levantaba hasta la parte inferior de su círculo plateado. En ese entonces vi dibujada una silueta muy oscura sobre el fondo brillante. Era la figura de un hombre sobre la punta aguda del cerro. No piense que fue una alucinación, Holmes. Le aseguro que nunca en mi vida había visto algo con mayor claridad. Hasta donde pude ver, era la figura de un hombre alto y delgado. Mantenía las piernas un poco separadas, estaba cruzado de brazos e inclinaba la cabeza como si meditara sobre el enorme desierto de piedras y minerales que quedaba a su espalda. Podía haber sido el espíritu mismo de aquel terrible lugar. Desde luego no era el preso. Ese hombre estaba muy lejos del lugar en donde el otro había desaparecido. Además era mucho más alto. Con una exclamación de sorpresa quise mostrárselo al baronet, pero cuando me acerqué para agarrarlo del brazo, la figura desapareció. La cima puntiaguda seguía cortando el borde inferior de la luna, pero ya no quedaba el menor rastro de la figura silenciosa e inmóvil.

”Quise ir en esa dirección e investigar los alrededores de la cima, pero quedaba bastante lejos. El baronet seguía tenso por ese aullido que le había recordado la oscura historia de su familia y no estaba de humor para nuevas aventuras. Tampoco había visto al hombre solitario sobre la punta, por lo que no sentía la emoción que esa extraña presencia y aire de autoridad me habían producido. “Un vigilante del penal, sin duda” dijo. “Abundan en el páramo desde que se escapó ese sujeto”. Cabe que esa explicación sea la justa, pero me gustaría tener pruebas más convincentes. Hoy nos proponemos informar a las autoridades de Princetown dónde buscar al prófugo, pero sentimos no haberlo capturado nosotros mismos. Estas fueron las aventuras de la noche pasada y tendrá usted que reconocer,

mi querido Holmes, que no le estoy fallando en materia de información. Sin duda, mucho de lo que le cuento no tiene mayor importancia, pero sigo pensando que lo mejor es transmitirle todos los hechos y dejar que usted elija los que le resulten más útiles. No hay duda de que estamos progresando. Respecto a los Barrymore, hemos descubierto el motivo de sus acciones, y eso ha aclarado mucho la situación. Pero el páramo, con sus misterios y sus extraños habitantes, sigue tan inescrutable como siempre. Quizá en mi próximo informe esté también en condiciones de vislumbrar algo de eso. Aunque lo mejor sería que usted viniera a reunirse con nosotros".

10 Fragmento del diario del doctor Watson

Hasta este momento he podido utilizar los informes que envié a Sherlock Holmes durante los primeros días de mi estadía en el páramo. Pero ahora he llegado a un punto en mi narración en el que me veo obligado a dejar ese método y recurrir una vez más a mis recuerdos. Me ayudo de un diario que llevaba en ese entonces, algunos de sus fragmentos me permitirán después poder aludir a las escenas que están grabadas indeleblemente en mi memoria. Continúo, por lo tanto, en la mañana siguiente a nuestra infructuosa persecución de Selden y a nuestras extrañas experiencias en el páramo.

"16 de octubre. Día brumoso y gris con algo de llovizna. Sobre la casa se deslizan las nubes, las que de vez en cuando se abren para mostrar las monótonas curvas del páramo, las delgadas líneas que dibujan las laderas de los cerros y sus rocas que brillan a lo lejos cuando la humedad de su superficie refleja la luz. Adentro y afuera reina la melancolía.

"El baronet reaccionó mal ante las emociones de la noche pasada. Yo mismo noto un peso en mi corazón. Es el sentimiento de un peligro inminente, siempre al acecho, que se hace más terrible porque no soy capaz de definirlo.

"Y, ¿acaso no está justificado ese sentimiento? Piénsese en la larga sucesión de incidentes que delatan las fuerzas siniestras que actúan a nuestro alrededor. Primero, la muerte del que anteriormente vivía en la mansión, en donde se cumplió todo lo que decía la leyenda familiar, y, en segundo lugar, las repetitivas afirmaciones de los campesinos de la zona sobre la aparición de una extraña criatura en el páramo. En dos ocasiones he escuchado un sonido similar al aullido de un sabueso a lo lejos. No puede ser algo sobrenatural. Un sabueso espectral que deje huellas visibles y que llene el aire con sus

aullidos es, sin duda, impensable. Quizá Stapleton acepte esa creencia y tal vez Mortimer también. Pero a mí nadie logrará convencerme de una cosa así, si hay una cualidad que me caracteriza es el sentido común.

”Hacerlo sería rebajarse al nivel de esos pobres campesinos que no se contentan con un simple perro salvaje, sino que necesitan describirlo arrojando fuego del infierno por los ojos y la boca. Holmes nunca prestaría atención a semejantes fantasías y yo soy su representante. Pero los hechos son los hechos y ya he oído dos veces ese aullido en el páramo. Supongamos que hubiera realmente un enorme sabueso en libertad; eso ayudaría a explicarlo todo. Pero, ¿dónde se escondería, dónde conseguiría la comida, de dónde vendría, cómo sería posible que nadie lo hubiera visto durante el día?

”Hay que confesar que la teoría del perro de carne y hueso presenta tantas dificultades como la otra. Y además, dejando de lado al sabueso, queda la intervención del individuo del descapotable en Londres y la carta en la que se advertía a Sir Henry del peligro que corría. Eso por lo menos es real, pero podría ser obra tanto de un amigo deseoso de protegerlo como de un enemigo. ¿Dónde está ahora ese amigo o enemigo? ¿Se ha quedado en Londres o nos ha seguido hasta el páramo? ¿Podría ser…, podría ser el desconocido que vi en el cima?

”Es verdad que solo lo contemplé unos instantes, pero hay algunas cosas de las que estoy completamente seguro. Como ya conozco a todos nuestros vecinos, puedo afirmar que no es ninguno de ellos. El individuo que estaba en esa punta alta del cerro era más alto que Stapleton y más delgado que Frankland. Podría haber sido alguien como Barrymore, pero lo dejamos en la mansión y estoy seguro de que no pudo seguirnos. Por lo tanto, aquí hay un desconocido que nos sigue de la misma manera que un desconocido nos siguió en Londres. No nos hemos librado de él. Si pudiera ponerle las manos encima, tal vez resolveríamos todas nuestras dificultades. Debo concentrar todas mis energías en este único objetivo.

”Mi primer impulso fue contarle mis planes a Sir Henry. El segundo y más prudente fue hacer mi juego y hablar lo menos

posible. El baronet está silencioso y distraído. El aullido en el páramo lo ha conmovido de manera extraña. No diré nada que aumente su ansiedad, pero tomaré las medidas oportunas para lograr lo que me propongo.

”Esta mañana tuvimos una pequeña escena después del desayuno. Barrymore pidió permiso para hablar con Sir Henry y se encerraron en el estudio del baronet por unos minutos. Desde mi asiento en la sala de billar oí más de una vez cómo ambos levantaban la voz y reconozco que tenía una idea bastante exacta del motivo de la discusión. Finalmente Sir Henry abrió la puerta y me llamó.

”Barrymore considera que tiene motivos para quejarse –dijo–. Opina que no hemos sido justos al perseguir a su cuñado cuando él, libremente, nos reveló su secreto.

”El mayordomo estaba delante de nosotros, muy pálido pero muy dueño de sí mismo.

”–Quizá hablé de manera muy alterada –dijo– y, en ese caso, le pido sinceramente que me perdone. Pero me sorprendió mucho el darme cuenta de que ustedes regresaron de madrugada y que han estado persiguiendo a Selden. El pobrecito ya tiene suficientes enemigos, no necesita que yo le dé otros más.

”–Si nos hubiera contado el secreto por decisión propia, habría sido distinto –dijo el baronet–. Pero usted (o más bien su mujer) lo hizo cuando le obligamos, no tuvo otro remedio.

”–Nunca pensé que se aprovecharía de eso, Sir Henry; nunca lo hubiera creído.

”–Ese hombre es un peligro público. Hay casas solitarias repartidas por el páramo y Selden no se detendría ante nada. Basta ver su rostro un instante para darse cuenta. Piense, por ejemplo, en la casa del señor Stapleton, sin nadie excepto él para defenderla. Todo el mundo correrá peligro hasta que se le vuelva a poner en su lugar.

”–Selden no entrará en ninguna casa, señor. Le doy solemnemente mi palabra. Ni volverá a molestar a nadie en

este país. Le aseguro, Sir Henry, que dentro de muy pocos días se habrán tomado las medidas necesarias y estará camino a América del Sur. Por el amor de Dios, señor, le ruego que no informe a la policía que mi cuñado todavía está en el páramo. Ya abandonaron la persecución y dicho lugar podrá ser un buen refugio hasta que el barco esté preparado. Si lo denuncia nos causará problemas a mi mujer y a mí. Se lo suplico, señor, no diga nada a la policía.

”–¿Qué opina usted, Watson?

”Me encogí de hombros.

”–Si Selden saliera del país sin causar problemas los contribuyentes se verían libres de una carga.

”–Pero, ¿qué me dice de la posibilidad de que asalte a alguien antes de irse?

”–No hará una locura semejante, señor. Le hemos dado todo lo que necesita. Cometer un delito sería lo mismo que proclamar dónde está escondido.

”–Eso es cierto –dijo Sir Henry–. Bien, Barrymore…

”–¡Que Dios lo bendiga! ¡Se lo agradezco de todo corazón! Mi pobre mujer se moriría de pena si lo capturaran otra vez.

”–Supongo que estamos haciéndonos cómplices de un delito, ¿no es eso, Watson? Pero después de lo que acabamos de oír no me creo capaz de entregar a ese hombre, de manera que punto final. De acuerdo, Barrymore, puede usted irse.

”Con inconexas palabras de gratitud, el mayordomo fue hacia la puerta, pero luego dudó y se devolvió.

”–Usted se ha portado tan bien con nosotros, señor, que, a cambio, me gustaría hacer por usted todo lo que esté en mis manos. Sé algo, Sir Henry, que quizá debiera haber dicho antes, pero solo lo descubrí mucho tiempo después de terminada la investigación. Nunca lo he comentado con nadie y tiene que ver con la muerte del pobre Sir Charles.

”Tanto el baronet como yo nos pusimos en pie.

”–¿Acaso usted sabe cómo murió?

”–No, señor, eso no lo sé.

”–¿De qué se trata, entonces?

”–Sé por qué estaba en esa puerta a aquella hora. Se había citado con una mujer.

”–¿Citado con una mujer? ¿Sir Charles?

”–Sí, señor.

”–¿Sabe usted quién era?

”–No le puedo decir el nombre, señor, pero sí las iniciales: L. L.

”–¿Cómo ha sabido usted todo eso, Barrymore?

”Verá, Sir Henry, su tío recibió una carta esa mañana. Comúnmente recibía muchas a diario, como era un hombre conocido y todo el mundo comentaba sobre su buen corazón, las personas con problemas recurrían a él. Pero aquella mañana, por casualidad, solo recibió una carta, de manera que me fijé más en ella. Venía de Coombe Tracey y la letra del sobre era de mujer.

”–¿Y?

”–Verá, señor; yo no hubiera vuelto a pensar en eso de no ser por mi mujer que, hace tan solo unas semanas, cuando estaba limpiando el estudio de Sir Charles (no se había tocado desde su muerte), encontró las cenizas de una carta en la chimenea. Aunque las hojas estaban prácticamente carbonizadas había un pequeño pedazo al final de una página, que no se había disgregado. Todavía era posible leer lo que estaba escrito, en gris sobre fondo negro. Nos pareció que se trataba de una postdata y decía lo siguiente: “Por favor, por favor, como es usted un caballero, queme esta carta y esté junto a la puerta que da al páramo a las diez en punto”. Debajo alguien había firmado con las iniciales L. L.

”–¿Guardó ese pedacito de papel?

”–No, señor; se deshizo cuando lo movimos.

”–¿Había recibido Sir Charles otras cartas con la misma letra?

”–A decir verdad, no me fijaba mucho en sus cartas. Y tampoco me hubiera fijado en ésa de no llegar sola.

”–¿Y no tiene idea quién pueda ser L. L.?

”–No, señor. Estoy tan confundido como usted. Pero creo que si pudiéramos encontrar a esa mujer sabríamos más sobre la muerte de Sir Charles.

”–Lo que no entiendo, Barrymore, es cómo pudo ocultar una información tan importante.

”–Compréndalo, señor, nuestros problemas empezaron inmediatamente después. Por otra parte, como es lógico, los dos le teníamos mucho cariño a Sir Charles, él había hecho mucho por nosotros. Revolver en ese asunto ya no ayudaba a nuestro pobre señor, y conviene irse con precaución cuando hay una mujer de por medio. Hasta los mejores de entre nosotros…

”–¿Usted cree que podría dañar su reputación?

”–Verá, señor: pensé que no saldría nada bueno. Pero después de lo bien que usted se ha portado con nosotros, me parece que sería injusto no contarle todo lo que sé.

”–Muy bien, Barrymore; puede irse.

”–Cuando el mayordomo se había ido, Sir Henry se acercó a mí.

”–Bueno, Watson, ¿qué piensa usted de esta nueva pista?

”–Me parece que solo sirve para aumentar la confusión.

”–Yo pienso lo mismo. Pero si pudiéramos encontrar a L. L. se aclararía todo este asunto. Al menos algo hemos ganado. Sabemos que hay una persona que conoce los hechos y lo único que necesitamos es encontrarla. ¿Qué cree que debemos hacer?

”–Informar a Holmes inmediatamente. Le dará la pista que ha estado buscando. Y si mucho no me equivoco eso lo hará

venir.

”–Regresé inmediatamente a mi habitación y redacté para Holmes el informe sobre la conversación que tuvimos en la mañana. Era evidente que mi amigo había estado muy ocupado últimamente, porque las notas que me llegaban de Baker Street eran pocas y breves, sin comentarios sobre la información que le había dado y casi sin referencia alguna a mi misión. No había duda de que estaba focalizado en el caso del chantaje, centrando todas sus habilidades en eso. Sin embargo, este nuevo factor seguramente debería llamar su atención y renovar su interés. Ojalá estuviera aquí.

”–17 de octubre. Ha llovido a cántaros todo el día, y las gotas resuenan sobre las enredaderas y caen desde las tejas. Me acordé del fugitivo en el frío páramo desolado, sin lugar en donde protegerse. ¡Pobrecito! Sean cuales sean sus delitos, está sufriendo para expiarlos. Y luego me acordé del otro: del rostro en el descapotable, de la figura que se dibujaba contra la luna. ¿También el que vigilaba sin ser visto, el hombre de la oscuridad, estaba a la intemperie en medio del diluvio? Cuando cayó la tarde me puse el impermeable y paseé hasta muy lejos por el páramo empapado de agua, lleno de imágenes oscuras, con la lluvia golpeándome el rostro y el viento silbándome en los oídos. Que Dios tenga de su mano a los que se acerquen al gran pantano en esos momentos, porque incluso las tierras altas y normalmente firmes, se están convirtiendo en un pantano. Encontré la roca puntiaguda y oscura de esa cima, sobre la que había visto al solitario vigilante y desde ese lugar contemplé las melancólicas lomas. Sobre sus superficies rojizas caían ráfagas de lluvia. Las densas y oscuras nubes bajaban sobre el paisaje, deslizándose como manchas grises por las laderas de los fantásticos cerros. A la izquierda, a lo lejos y escondidas a medias por la niebla, se levantaban sobre los árboles las dos delgadas torres de la mansión de los Baskerville. Eran los únicos signos visibles de vida humana, exceptuando los refugios prehistóricos que tanto abundan en las laderas de los cerros. En ninguna parte había rastro alguno del extraño guardián del páramo.

”Mientras regresaba a la mansión, me alcanzó el doctor Mortimer manejando por un camino tosco su coche de dos ruedas. Venía de vuelta de la lejana granja de Foulmire. Ha estado siempre pendiente de nosotros y apenas ha pasado un día sin que venga a la mansión a ver cómo estamos. Me insistió para que subiera al coche y lo acompañara hasta la casa. Lo encontré muy preocupado por la desaparición de su pequeño spaniel, que se había adentrado en el páramo y no había vuelto. Lo consolé como pude, pero cuando me acordé del poni sepultado en el pantano de Grimpen, temí que no volviera a ver a su perrito.

”–Por cierto, Mortimer –le dije mientras avanzábamos a saltos por aquel camino tan disparejo–, supongo que son muy pocas las personas de la zona que usted no conoce.

”–Prácticamente ninguna, creo yo.

”–¿Puede usted, en ese caso, decirme el nombre de alguna mujer cuyas iniciales sean L. L.?

”–El doctor Mortimer estuvo pensando unos minutos.

”–No –dijo–. Hay algunos gitanos y trabajadores de los que no puedo responder, pero entre los granjeros, la burguesía y pequeña nobleza no hay nadie con esas iniciales. Espere un momento –añadió, después de una pausa–. Está Laura Lyons, sus iniciales son L. L., aunque vive en Coombe Tracey.

”–¿Quién es? –pregunté.

”–Es la hija de Frankland.

”–¿Cómo? ¿Frankland el viejo loco?

”–Exactamente. Se casó con un artista llamado Lyons que vino a hacer algunas de sus obras en el páramo. Resultó ser un sinvergüenza y la abandonó. Aunque, por lo que he oído, tal vez la culpa no era totalmente del pintor. Su padre se negó a tener algo que ver con ella porque se había casado sin su consentimiento, y quizá también por una o dos razones más. De manera que entre los dos pecadores, el viejo y el joven, la pobrecita lo ha pasado bastante mal.

”–¿Cómo vive?

”–Imagino que su padre le pasa una asignación, pero debe ser una miseria, porque la situación económica de Frankland deja mucho que desear. Por mal que se hubiera portado, no se podía aceptar que se hundiera definitivamente. Su historia se supo y varias personas de los alrededores colaboraron para permitirle que se ganara la vida honradamente. Stapleton fue uno de ellos y Sir Charles otro. También yo contribuí modestamente. Se trataba de que pusiera en marcha un servicio de mecanografía.

”Mortimer quiso saber el motivo de mis investigaciones, pero logré satisfacer su curiosidad sin decirle demasiado, porque no hay razón para confiar en nadie. Mañana en la mañana me pondré en camino hacia Coombe Tracey y si puedo ver a la señora Laura Lyons, de dudosa reputación, se habrá dado un gran paso para aclarar uno de los incidentes de esta cadena de misterios. Sin duda estoy adquiriendo la prudencia de la serpiente, porque cuando Mortimer insistió en sus preguntas hasta extremos inconvenientes, me interesé como por casualidad por el tipo de cráneo de Frankland, y así el resto del viaje solo oí hablar de craneología. De algo debe servirme el haber vivido durante años con Sherlock Holmes.

”Sólo tengo un último incidente que anotar en este melancólico día de tormenta. Se trata de la conversación que tuve con Barrymore hace unos instantes: el mayordomo me entregó un nuevo punto que podré utilizar en su momento.

”Mortimer se ha quedado a comer y el baronet y él han jugado después al ecarte[10]. El mayordomo me ha llevado el café a la librería y he aprovechado la oportunidad para hacerle unas preguntas.

”–Bien –dije–, ¿se fue ya ese inapreciable pariente suyo o sigue todavía escondido en el páramo?

”–No lo sé, señor. Le pido a Dios que se haya ido, porque a nosotros no nos ha causado más que problemas. No he sabido nada de él desde que le dejé comida la última vez, y ya han pasado tres días.

”–¿Usted lo vio?

”–No, señor; pero la comida había desaparecido cuando volví a pasar por allí.

”–Entonces, ¿es seguro que sigue en el páramo?

”–Parece lo lógico, señor, a no ser que se la haya llevado el otro.

”Sin terminar de llevarme la taza a la boca miré fijamente a Barrymore.

”–Entonces, ¿usted sabe que hay otro hombre?

”–Sí, señor; hay otro hombre en el páramo.

”–¿Lo ha visto?

”–No, señor.

”–¿Cómo sabe de su existencia?

”–Selden me habló de él hace una semana o un poco más. Por lo que he podido deducir, también se esconde pero no es un preso. No me gusta nada, doctor Watson; le digo con toda sinceridad que no me gusta nada –hablaba con repentina vehemencia.

”–Ahora escúcheme usted, Barrymore. Yo no tengo otro interés en este asunto que el de su señor. Estoy aquí para ayudarlo. Dígame, con toda franqueza, qué es lo que no le gusta.

”Barrymore vaciló un momento, como si lamentara su arranque o le resultara difícil expresar con palabras sus sentimientos.

”–Son todas estas cosas que están pasando –exclamó por fin, agitando la mano en dirección a la ventana que daba al páramo, golpeada por la lluvia–. Se está jugando sucio en algún lugar y se está tramando alguna maldad muy negra, ¡eso lo puedo jurar! ¡Me alegraría mucho de que Sir Henry volviera a Londres!

”–Pero, ¿qué es lo que le inquieta?

”–¡Fíjese en la muerte de Sir Charles! Eso ya fue terrible, a pesar de todo lo que dijera el coronel. Fíjese en los ruidos que se oyen en el páramo en la noche. No hay una sola persona que quiera cruzarlo después de que se pone el sol, ni aunque le paguen por hacerlo. ¡Fíjese en ese desconocido que se esconde, que vigila y espera! ¿Qué es lo que espera? ¿Qué significa todo eso? Seguro que no significa nada bueno para cualquiera que se llame Baskerville. Me iré con mucho gusto el día en que los nuevos sirvientes puedan hacerse cargo de la mansión.

”–Pero, en cuanto a ese desconocido –dije–. ¿No sabe nada más acerca de él? ¿Qué le contó Selden? ¿Había descubierto dónde se escondía o qué era lo que estaba haciendo?

”–Lo vio una o dos veces, pero es muy astuto y no enseña su juego. Al principio mi cuñado pensó que era de la policía, pero luego supo que trabaja por su cuenta. Por lo que pudo ver, era alguien muy parecido a un caballero, pero no consiguió averiguar qué era lo que estaba haciendo.

”–Y, ¿dónde le dijo que vivía?

”–En los viejos refugios de los cerros; los viejos refugios de piedra donde vivían los antiguos.

”–Pero, ¿cómo se las arregla para comer?

”–Selden descubrió que tiene un joven que trabaja para él y le lleva todo lo que necesita. Imagino que va a buscarlo a Coombe Tracey.

”–Muy bien, Barrymore. Quizá sigamos hablando de todo esto en otro momento.

”Después de que se fue el mayordomo, me acerqué a la ventana y, a través del cristal empañado, contemplé las rápidas nubes y las siluetas estremecidas de los árboles agitados por el viento. Es una noche terrible dentro de una casa, pero ¿cómo será en un refugio de piedra en el páramo? ¿Qué nivel de odio puede hacer que un hombre tenga que estar en un lugar como ese en tales circunstancias? ¿Y qué será lo que se propone que le exige someterse a semejante prueba? Allí, en esa cueva que

se abre al páramo, parece estar el centro mismo del problema que tantos disgustos me está causando. Juro que no pasará un día más sin que haya hecho todo lo que esté en mis manos para llegar al fondo del misterio".

11 El hombre de la cima

El fragmento de mi diario que utilicé en el último capítulo sitúa la narración en el 18 de octubre, momento en que los extraños acontecimientos de las últimas semanas se encaminaban rápidamente hacia su terrible desenlace. Los incidentes de los días que siguieron quedaron indeleblemente grabados en mi memoria y estoy en condiciones de relatarlos sin recurrir a las notas que tomé en aquel momento. Comienzo, por lo tanto, un día después de que lograra establecer dos hechos de gran importancia: el primero fue que la señora Laura Lyons de Coombe Tracey había escrito a Sir Charles Baskerville para citarse con él precisamente a la hora y en el lugar en donde el baronet murió; y el segundo, que al hombre al acecho en el páramo se le podía encontrar en los refugios de piedra en los cerros. Con esos dos datos en mi poder, llegué a la conclusión de que si no me faltaba inteligencia y valor, debería vislumbrar algo en medio de tanta oscuridad.

No encontré la instancia para contarle al baronet lo que había averiguado la noche anterior sobre la señora Lyons, porque el doctor Mortimer se quedó jugando cartas con él hasta muy tarde. A la hora del desayuno, sin embargo, le informé de mi descubrimiento y le pregunté si quería acompañarme a Coombe Tracey. Al principio se mostró interesado, pero al pensarlo con más calma llegamos ambos a la conclusión de que el resultado sería mejor si iba yo solo. Cuanto más oficial hiciéramos la visita, menos información obtendríamos. Por lo tanto, dejé a Sir Henry en la casa, aunque con ciertos remordimientos, y me puse en camino para emprender la nueva investigación.

Al llegar a Coombe Tracey le dije a Perkins que acomodara a los caballos y le hice algunas preguntas para encontrar a la mujer a la que me proponía interrogar. Sin dificultad encontré

su alojamiento, céntrico y bien señalado. Una señorita me hizo pasar sin mucho preámbulo y, al entrar en el salón, la mujer que estaba sentada delante de una máquina de escribir marca Remington se puso de pie con una agradable sonrisa de bienvenida. Su expresión cambió, sin embargo, al ver que se trataba de un desconocido. Acto seguido se sentó de nuevo y preguntó a qué se debía mi visita.

Lo primero que impresionaba de la señora Lyons era su extraordinaria belleza. Tenía los ojos y el cabello de un color castaño muy cálido, y sus mejillas, aunque muy pecosas, se veían agraciadas con la perfección característica de las morenas: una suave tonalidad rosada. Como digo, la primera impresión era la admiración. Pero luego la sucedía de inmediato la crítica. Había algo muy sutil que no funcionaba en ese rostro, una vulgaridad en la expresión, quizá una dureza en la mirada, una boca entreabierta que desvirtuaba esa belleza tan perfecta. Pero todas estas reflexiones son, por supuesto, tardías. En aquel momento no hice más que darme cuenta de que tenía delante a una mujer muy hermosa que me preguntaba cuál era el motivo de mi visita. Y hasta entonces yo no había entendido bien hasta qué punto era delicada mi misión.

–Tengo el placer –dije– de conocer a su padre.

Era una presentación muy torpe y la señora Lyons no la pasó por alto.

–Mi padre y yo no tenemos nada en común –respondió–. No le debo nada y sus amigos no son los míos. Si no hubiera sido por el difunto Sir Charles Baskerville y otras personas de buen corazón podría haberme muerto de hambre sin que mi padre moviera un dedo.

–He venido a verla precisamente en relación con el difunto Sir Charles Baskerville.

Las pecas adquirieron mayor relieve sobre el rostro de la dama.

–¿Qué puedo decirle acerca de él? –preguntó, mientras sus dedos jugueteaban nerviosamente con los marginadores de la máquina de escribir.

–Usted lo conocía, ¿no es cierto?

–Ya le he dicho que estoy muy en deuda con su amabilidad. Si soy capaz de mantenerme, se lo debo en gran parte al interés que se tomó al conocer mi desgraciada situación.

–¿Usted se mandaba cartas con él?

La mujer levantó rápidamente la vista, con un brillo de enojo en los ojos de color avellana.

–¿Cuál es el objetivo de estas preguntas? –quiso saber, con tono cortante.

–El objetivo es evitar un escándalo público. Es mejor hacerlas aquí, y evitar que este asunto se escape de nuestro control.

La señora Lyons guardó silencio mientras palidecía. Por fin levantó de nuevo los ojos con un dejo temerario y desafiante en su actitud.

–Está bien, responderé –dijo–. ¿Qué es lo que quiere saber?

–¿Se mandaban cartas usted con Sir Charles?

–Le escribí por supuesto una o dos veces para agradecerle su delicadeza y su generosidad.

–¿Recuerda usted las fechas de esas cartas?

–No.

–¿Lo conoció usted personalmente?

–Sí, estuve con él una o dos veces, cuando vino a Coombe Tracey. Era un hombre muy reservado y prefería hacer el bien con mucha discreción.

–Si lo vio tan pocas veces y le escribió con tan poca frecuencia, ¿qué fue lo que le impulsó a ayudarla, como usted asegura que hizo?

La señora Lyons resolvió mi objeción con la mayor facilidad.

–Eran varios los caballeros que estaban al tanto de mi triste historia y que se unieron para ayudarme. Uno de ellos, el señor Stapleton, vecino y amigo íntimo de Sir Charles, fue muy amable conmigo, y el baronet supo de mis problemas por medio suyo.

Yo sabía que Sir Charles Baskerville había recurrido en diferentes ocasiones a Stapleton como cooperador suyo, de manera que la explicación de mi interlocutora tenía todos los aspectos de ser cierta.

–¿Escribió usted alguna vez a Sir Charles pidiéndole una cita? –continué.

La señora Lyons enrojeció una vez más, movida por la ira.

–A decir verdad, mi señor, se trata de una pregunta singular.

–Lo siento, señora, pero debo repetírsela.

–En ese caso respondo: desde luego que no.

–¿Ni siquiera el mismo día de la muerte de Sir Charles? El rubor desapareció en un instante y tuve ante mí una palidez mortal. La sequedad que se apoderó de su boca le impidió pronunciar el "No" que yo vi más que oí.

–Sin duda la traiciona la memoria –le respondí–. Podría incluso citar un pasaje de su carta. Decía así: "Por favor, por favor, como es usted un caballero, queme esta carta y esté junto a la puerta que da al páramo a las diez en punto".

Pensé que se había desmayado, pero se recuperó gracias a un esfuerzo supremo.

–¿Es que ya no quedan caballeros? –dijo agitada.

–Es usted injusta con Sir Charles, que sí quemó la carta. Pero a veces una carta puede ser legible incluso después de arder. ¿Reconoce que la escribió?

–Sí, lo hice –exclamó, poniendo su alma en un torrente de palabras–. La escribí. ¿Por qué tendría que negarlo? No hay motivo para avergonzarme de ello. Quería que me ayudara.

Estaba convencida de que si me reunía con él conseguiría que me ayudara, de manera que le pedí una cita.

–Pero, ¿por qué a esa hora?

–Porque acababa de enterarme de que salía para Londres al día siguiente y quizá demorara meses en regresar. Había motivos que me impedían llegar antes a la mansión.

–Pero, ¿por qué una cita en el jardín en lugar de una visita a la casa?

–¿Cree usted que una mujer puede entrar sola a esa hora en la casa de un soltero?

–Bien; ¿qué sucedió cuando llegó usted allí?

–No fui.

–¡Señora Lyons!

–No, se lo juro por lo más sagrado. No fui. Sucedió algo que me impidió ir.

–¿Qué fue lo que sucedió?

–Es un asunto privado. No se lo puedo contar.

–Entonces, ¿reconoce que concertó una cita con Sir Charles a la hora y en el lugar en donde murió, pero niega haber ido?

–Así es.

Seguí interrogándola para comprobar si había dicho la verdad, pero no logré sacar nada más en limpio.

–Señora Lyons –dije mientras me ponía de pie, después de terminar aquella larga conversación tan poco satisfactoria–, incurre usted en una gran responsabilidad y se pone en una posición muy falsa al no confesar todo lo que sabe. Si tengo que solicitar el auxilio de la policía, descubrirá lo gravemente que está usted comprometida. Si usted es inocente, ¿por qué empezó negando que hubiera escrito a Sir Charles en esa fecha?

–Porque temía que se sacaran conclusiones erróneas y me viera envuelta en un escándalo.

–Y, ¿por qué tenía usted tanto interés en que Sir Charles destruyera la carta?

–Si la leyó sabrá por qué.

–Yo no he dicho que leí la carta.

–Ha citado usted un fragmento.

–He citado la postdata. Como dije, la carta ardió y no era legible en su totalidad. Le pregunto una vez más por qué insistió tanto en que Sir Charles destruyera esa carta.

–Se trata de un asunto muy privado.

–Una razón más para que evite usted una investigación pública.

–En ese caso, se lo contaré. Si ha oído algo acerca de mi desgraciada historia, sabrá que me casé de manera imprudente y que he tenido motivos para lamentarlo.

–Estoy enterado de eso.

–Mi vida ha sido una persecución incesante por parte de un marido al que aborrezco. La justicia está de su parte, y todos los días me enfrento con la posibilidad de que me fuerce a vivir con él. En el momento en que escribí la carta a Sir Charles se me informó de que existía una posibilidad de recobrar mi libertad si se podían atender ciertos gastos. Eso lo significaba todo para mí: tranquilidad, dicha, propia estimación…, absolutamente todo. Sabía de la generosidad de Sir Charles y pensé que si escuchaba la historia de mis propios labios me ayudaría.

–En ese caso, ¿cómo es que no fue a la cita?

–Porque mientras tanto recibí ayuda de otra parte.

–¿Por qué, entonces, no escribió a Sir Charles explicándoselo?

–Lo habría hecho si no hubiera leído la noticia de su muerte en el periódico a la mañana siguiente.

Su historia tenía coherencia y no conseguí que se contradijera a pesar de mis preguntas. Solo podía comprobarla averiguando si, de hecho, en el momento de la tragedia o poco antes, había iniciado los trámites para conseguir el divorcio.

No era probable que mintiera al decir que no había estado en la mansión de los Baskerville, dado que se necesitaba un coche para llegar hasta allí, y que tendría que haber regresado a Coombe Tracey de madrugada. Era imposible mantener el secreto sobre una expedición de tales características. Por lo tanto, lo más probable era que dijera la verdad o, por lo menos, parte de la verdad. Me fui desconcertado y desanimado.

Una vez más me tropezaba con la misma barrera infranqueable que parecía interponerse en mi camino cada vez que trataba de alcanzar el objetivo de mi misión. Y, sin embargo, cuanto más pensaba en el rostro de la mujer y en su actitud, más seguro estaba de que ocultaba algo. ¿Por qué había palidecido tanto? ¿Por qué se resistió a reconocer lo sucedido hasta que se vio forzada a hacerlo? ¿Por qué tendría que haberse mostrado tan reservada en el momento de la tragedia? Seguramente la explicación no era tan inocente como pretendía hacerme creer. Por ahora no podía avanzar más en esa dirección y debía regresar a los refugios del páramo en busca de la otra pista.

Pero se trataba de una pista sumamente vaga, como advertí en el viaje de regreso al comprobar que, uno tras otro, todos los cerros conservaban huellas de sus antiguos pobladores. La única indicación de Barrymore había sido que el desconocido vivía en uno de aquellos refugios abandonados, pero existían cientos de ellos a lo largo y ancho del páramo. Sin embargo, contaba con mi experiencia como guía, ya que había visto al desconocido con mis propios ojos en la oscura cima. Aquel lugar, por lo tanto, debía ser el punto de partida de mi búsqueda. Allí iniciaría la exploración de todos los refugios hasta que diera con el que buscaba. Si ese individuo estaba dentro, sabría de sus propios labios, a punta de revólver si era necesario, quién era y por qué nos había seguido durante tanto tiempo. Quizá entre el gentío de Regent Street podría haber

sido casualidad, pero no en la soledad del páramo. Por otra parte, si encontraba el refugio y su habitante no estaba dentro, me quedaría allí, por larga que resultara la espera, hasta que regresara. Holmes lo había perdido en Londres. Sería para mí un verdadero triunfo lograr capturarlo después del fracaso de mi maestro.

La suerte se había vuelto una y otra vez contra nosotros a lo largo de la investigación, pero ahora por fin vino en mi ayuda. ¿Y quién fue el mensajero de mi buena suerte? No fue otro que el señor Frankland, que estaba de pie, con sus patillas grises y su tez rojiza, junto a la puerta del jardín de su casa, que daba a la carretera por la que yo viajaba.

–Buenos días, doctor Watson –exclamó con insólito buen humor–; permita que sus caballos disfruten de un descanso y pase a la casa a tomar un vaso de vino y felicitarme.

Mis sentimientos hacia Frankland estaban lejos de ser amistosos después de lo que había oído sobre su manera de tratar a la señora Lyons. Pero me interesaba enviar luego a Perkins y la carreta a la casa, y esa era una buena oportunidad. Bajé del coche y mandé un mensaje a Sir Henry comunicándole que regresaría a pie, a tiempo para la comida. Después seguí a Frankland hasta su comedor.

–Es un gran día para mí, uno de los días de mi vida escritos con letras doradas –exclamó, interrumpiéndose varias veces para reír entre dientes–. He conseguido un doble triunfo. Me proponía enseñar a la gente de esta zona que la ley es la ley, y que aquí vive un hombre al no le asusta recurrir a ella. Establecí un derecho de paso que cruza por el centro de los jardines del viejo Middleton, que atraviesa la propiedad a menos de cien metros de la puerta principal. ¿Qué me dice de eso? Vamos a enseñar a esos magnates que no se puede pisotear los derechos de los plebeyos, ¡y que Dios los convierta! También cerré el bosque al que iba de excursión la gente de Fernworthy. Esos infernales pueblerinos parecen creer que no existe el derecho de propiedad y que pueden meterse por donde se les antoje y ensuciarlo todo con papeles y botellas. Ambos casos fallaron a mi favor, doctor Watson.

No recuerdo un día parecido desde que conseguí que condenaran a Sir John Morland por cazar en sus propias tierras.

–¿Cómo demonios consiguió usted eso?

–Mírelo en la legislación, señor. Vale la pena leerlo. Frankland contra Morland, llegamos hasta el Tribunal Supremo. Me costó doscientas libras, pero conseguí que se fallara a mi favor.

–¿Le trajo algún beneficio?

–Ninguno, mi señor, ninguno. Me enorgullece decir que yo no tenía ningún interés material en ese caso. Siempre actúo por sentido del deber. No me cabe la menor duda, por ejemplo, de que los habitantes de Fernworthy me quemarán esta noche en público. La última vez que lo hicieron le dije a la policía que deberían impedir espectáculos tan lamentables. La incompetencia de la policía de la zona es escandalosa, señor, y no se me entrega la protección a la que tengo derecho. Mi juicio contra la Reina servirá para atraer la atención del público sobre este asunto. Les dije que tendrían la oportunidad de lamentar la manera en que me tratan y mis palabras se cumplieron.

–¿Cómo así? –pregunté.

El anciano hizo un gesto de complicidad.

–Porque podría decirles lo que quieren saber, pero nada ni nadie me persuadirá para que ayude a esos sinvergüenzas en lo más mínimo.

Yo había estado tratando de encontrar alguna excusa para huir de sus incesantes palabras, pero luego quise saber más. Sin embargo, como ya había visto que era común en él llevar la contra, supe que la mejor manera de poner fin a las confidencias de ese viejo excéntrico sería mostrándome interesado.

–Algún caso de caza furtiva, imagino –dije, con aire indiferente.

–Ja, ja; ¡algo mucho más importante que eso, joven caballero! ¿Qué me dice del preso fugitivo?

Me sobresalté.

–¿No querrá decir que sabe dónde se esconde? –le pregunté.

–Quizá no sepa exactamente dónde se esconde, pero estoy completamente seguro de que podría darle una mano a la policía. ¿Nunca se le ha ocurrido que la manera de atrapar a ese sujeto es descubrir dónde consigue la comida y llegar después hasta él?

El señor Frankland daba toda la impresión de estar incómodamente cerca de la verdad.

–Sin duda –dije–; pero, ¿cómo sabe que está en el páramo?

–Lo sé porque vi con mis propios ojos a quien le lleva la comida.

Se me cayó el alma a los pies pensando en Barrymore. Era un grave problema estar en manos de aquel viejo entrometido y rencoroso. Pero su siguiente observación me quitó un peso de encima.

–Le sorprenderá saber que es un niño quien le lleva la comida. Lo veo todos los días gracias al telescopio que tengo en el tejado. Siempre pasa por el mismo camino a la misma hora y, ¿cuál puede ser su destino excepto el refugio del prófugo?

¡Una vez más la suerte me sonreía! Y sin embargo evité dar muestras de interés. ¡Un niño! Barrymore me había dicho que al desconocido lo atendía un jovencito. Frankland había tropezado por casualidad con su huella y no con la de Selden. Si me enteraba de lo que él sabía, quizá me ahorrara una búsqueda larga y fatigosa. Pero la incredulidad y la indiferencia eran sin duda mis mejores armas.

–En mi opinión es mucho más probable que se trate del hijo de uno de los pastores del páramo y que se limite a llevar la comida a su padre.

El menor signo de oposición bastaba para que el viejo autócrata echara chispas por los ojos. Me miró con rencor y se le erizaron las patillas grises como a un gato enfurecido.

–¿Así que eso es lo que usted piensa? –dijo, señalando al páramo que se extendía delante de nuestros ojos–. ¿Ve allá la cima oscura? Bien; ¿ve el pequeño cerro de más allá en la que crece un espino? Es la parte más rocosa de todo el páramo. ¿Le parece probable que un pastor viva en un lugar así? Su sugerencia, señor, es completamente absurda.

Le respondí de manera sumisa, diciéndole que había hablado sin conocer todos los datos. Mi docilidad le agradó, logrando nuevas confidencias.

–Puede tener la seguridad de que siempre piso terreno firme antes de llegar a una conclusión. He visto una y otra vez al jovencito con un saco al hombro. Todos los días, y en ocasiones dos veces al día, he podido… un momento, doctor Watson. ¿Me engañan los ojos, o en este momento hay algo que se mueve en las laderas de ese cerro?

La distancia era de varios kilómetros, pero vi con claridad un puntito oscuro sobre la monotonía verde y gris.

–¡Venga, señor, venga conmigo! –exclamó Frankland, subiendo las escaleras muy apurado–. Usted lo verá con sus propios ojos y podrá juzgar por sí mismo.

El telescopio, un instrumento formidable montado sobre un trípode, estaba en la azotea de la casa.

Frankland se acercó para mirar y dejó escapar un grito de satisfacción.

–¡Rápido, doctor Watson, rápido antes de que pase al otro lado!

No cabía duda de que allí estaba: un pequeño joven con un saquito al hombro, subiendo tranquilamente por la pendiente.

Cuando llegó a la cima vi, recortada por un momento contra el frío cielo azul, la figura rústica y desaseada.

El jovencito miró a su alrededor con aire furtivo y cauteloso, como alguien que teme ser perseguido. Luego desapareció por la ladera opuesta.

–Bien, señor, ¿estoy en lo cierto?

–Sin duda se trata de un joven que parece tener una labor secreta.

–Y cuál sea esa labor es algo que hasta un policía rural podría adivinar. Pero no seré yo quien les diga una sola palabra, y a usted le exijo también que guarde el secreto, doctor Watson. ¡Ni una palabra! ¿Entendido?

–Como usted quiera.

–Me han tratado vergonzosamente, ésa es la verdad. Me atrevo a creer que cuando salgan a la luz los hechos en mi juicio contra la Reina, un escalofrío de indignación recorrerá el país. Nada me impulsará a ayudar a la policía. Por lo que a ellos se refiere, les daría lo mismo que esos canallas del pueblo me quemaran en persona y no de manera simbólica. ¡Supongo que todavía no se va! ¡Tiene que ayudarme a vaciar la botella para celebrar este gran acontecimiento!

Pero hice oído sordo a todas sus súplicas y logré que renunciara también a acompañarme caminando a la casa. Seguí carretera adelante hasta perder de vista a Frankland. Comencé a atravesar el páramo hacia a ese cerro pedregoso en donde habíamos perdido de vista al jovencito. Todo avanzaba en mi favor y me juré a mí mismo que ni por falta de energía ni de perseverancia desperdiciaría la oportunidad que la suerte había puesto en mi camino.

Atardecía cuando alcancé la cima del cerro; los largos declives que quedaban a mi espalda eran de color verde oro por un lado y gris oscuro por el otro. En el horizonte más lejano las formas fantásticas de Belliver y de la cumbre Vixen sobresalían por encima de una suave neblina. No había sonido ni movimiento alguno en toda la extensión del páramo. Un gran pájaro gris, gaviota o zarapito, volaba muy alto en el cielo. El ave y yo parecíamos los únicos seres vivos entre el

enorme arco del cielo y el desierto a mis pies. El paisaje yermo, la sensación de soledad y el misterio y la urgencia de mi tarea se confabularon para helarme el corazón. Al jovencito no se le veía por ninguna parte. Pero por debajo de mí, en una hendidura entre los cerros, los antiguos refugios de piedra formaban un círculo y en el centro había uno que conservaba el techo suficiente como para servir de protección contra las inclemencias del tiempo. Al verlo se me sobresaltó el corazón. Aquélla tenía que ser la guarida donde se ocultaba el desconocido. Por fin iba a poner el pie en el umbral de su escondite: tenía su secreto al alcance de la mano.

Mientras me acercaba al refugio, caminando tan precavido como cuando Stapleton se acercaba con su cazamariposas a un lepidóptero inmóvil, comprobé que aquel lugar se había utilizado sin duda alguna como una habitación. A través de un sendero apenas marcado entre las grandes piedras se llegaba hasta la derruida abertura que servía de puerta. Adentro reinaba el silencio. El desconocido podía estar escondido en su interior o merodear por el páramo. La sensación de aventura me produjo un agradable cosquilleo. Después de tirar el cigarrillo, puse la mano sobre el revólver y, acercándome rápidamente hasta la puerta, miré hacia adentro. El refugio estaba vacío.

Sin embargo, tenía muchos signos que confirmaban que había seguido la pista correcta. Se trataba del lugar en donde se alojaba el desconocido. Sobre la misma losa de piedra donde el hombre neolítico había dormido en otros tiempos, se veían varias mantas envueltas en una tela impermeable. En la tosca chimenea se acumulaban las cenizas de un fuego. A su lado descansaban algunos utensilios de cocina y una cubeta con agua a medio llenar. Un montón de latas vacías demostraban que el lugar llevaba algún tiempo ocupado. Cuando mis ojos se adaptaron a la relativa oscuridad, vi en un rincón un vaso de metal y una botella de alguna bebida alcohólica a medio usar. En el centro del refugio, una piedra plana cumplía la función de mesa y sobre ella había un pequeño saco: el mismo, sin duda, que había visto por el

telescopio sobre el hombro del jovencito. En su interior encontré una barra de pan, una lengua en conserva y dos latas de duraznos. Al dejar otra vez el saco en su lugar después de examinarlo, me saltó el corazón al ver que debajo había una hoja escrita. Tomé el papel, escrito de manera tosca y desordenada y leí lo siguiente:

"El doctor Watson ha ido a Coombe Tracey".

Me quedé durante un minuto con la hoja en la mano, preguntándome cuál podía ser el significado de ese escueto mensaje. El desconocido me seguía a mí y no a Sir Henry. No me había seguido en persona, pero había puesto a un agente –el jovencito, tal vez– tras mis huellas, y ese era su informe. Posiblemente yo no había dado un solo paso desde mi llegada al páramo sin ser observado y sin que después se transmitiera la información. Siempre el sentimiento de una fuerza invisible, de una tupida red tejida a nuestro alrededor con gran habilidad y delicadeza, una red que apretaba tan poco que solo en un momento de iluminación la víctima podía advertir que estaba enredada en sus mallas.

La presencia de ese informe indicaba la posible existencia de otros, de manera que los busqué por todo el refugio. Sin embargo no encontré ni el menor indicio de ellos. Tampoco pude descubrir alguna señal que me indicara la personalidad o las intenciones del hombre que vivía en ese lugar tan particular, excepto que debía de tratarse de alguien de costumbres sencillas y austeras, muy poco preocupado por las comodidades de la vida. Al recordar las intensas lluvias y contemplar el techo agujereado, valoré la resistencia y la perseverancia para permanecer en un alojamiento tan inhóspito. ¿Se trataba de nuestro perverso enemigo o me había tropezado, quizá, con nuestro ángel de la guarda? Juré que no abandonaría el refugio sin saberlo.

Afuera ya se estaba poniendo el sol y el occidente ardía en un dorado rojizo. Los lejanos charcos en medio del pantano de Grimpen devolvían su reflejo en manchas doradas. También se veían las torres de la mansión de los Baskerville y más allá una remota columna de humo que indicaba la dirección de la

aldea de Grimpen. Entre las dos, detrás del cerro, estaba la casa de los Stapleton. La dorada luz del atardecer hacía que todo pareciera dulce, suave y pacífico. Sin embargo, mientras contemplaba el paisaje mi alma no sentía en absoluto la paz de la naturaleza, sino que se estremecía ante la imprecisión y el terror de ese encuentro que a cada instante se hacía más cercano. Me senté en un rincón del refugio, tenso pero más decidido que nunca, y esperé con sombría paciencia la llegada de su morador.

Finalmente lo oí. Desde lejos me llegó el ruido seco de una bota que golpeaba la piedra. Luego otro y otro, cada vez más cerca. Me acurruqué en mi rincón y amartillé el revólver en el bolsillo, decidido a no revelar mi presencia hasta ver al menos qué aspecto tenía el desconocido. Se produjo una pausa larga, lo que quería decir que mi hombre se había detenido. Luego, una vez más, los pasos se acercaron y una sombra se proyectó sobre la entrada del refugio.

–Un atardecer maravilloso, mi querido Watson –dijo una voz que conocía muy bien–. Créame si le digo que usted estará más cómodo afuera que adentro.

12 Muerte en el páramo

Durante unos instantes contuve la respiración, apenas podía creer lo que mis oídos escuchaban.

Luego recobré los sentidos y la voz, a la vez, mágicamente el peso de una abrumadora responsabilidad pareció desaparecer de mis hombros. Aquella voz fría, incisiva, irónica, solo podía pertenecer a una persona en todo el mundo.

–¡Holmes! –exclamé–. ¡Holmes!

–Salga –dijo– y, por favor, tenga cuidado con el revólver.

Me agaché para salir por la puerta tosca del refugio y allí estaba, sentado afuera sobre una piedra, con los ojos grises llenos de alegría al percibir mi cara de asombro. Mi amigo estaba muy flaco y fatigado, pero tranquilo y alerta. Tenía su rostro tostado por el sol y curtido por el viento. Llevaba puesto su traje de tweed y un gorro de género, parecía uno de los turistas que visitan el páramo. Gracias a su característico amor casi felino por la limpieza personal, había logrado que sus mejillas estuvieran perfectamente afeitadas y su ropa blanca, tan limpia como si siguiera viviendo en Baker Street.

–Nunca en mi vida me he sentido tan contento al ver a alguien –dije mientras le estrechaba la mano con todas mis fuerzas.

–Ni tampoco más asombrado, ¿no es cierto?

–Así es, tengo que confesarlo.

–No ha sido usted el único sorprendido, se lo aseguro. Hasta llegar a veinte pasos de la puerta no tenía ni idea de que hubiera descubierto mi retiro provisional y menos aún de que estuviera adentro.

–¿Mis huellas, supongo?

–No, Watson; me temo que no estoy en condiciones de reconocer sus huellas entre todas las demás. Si de verdad se propone sorprenderme tendrá que cambiar de cigarrillos, porque cuando veo una colilla en la que se lee Bradley, Oxford Street, sé que mi amigo Watson se encuentra por los alrededores. Puede verla ahí, junto al sendero. Sin duda alguna se deshizo del cigarrillo en el momento crucial en que se abalanzó sobre el refugio vacío.

–Exacto.

–Eso pensé y, conociendo su admirable tenacidad, tenía la certeza de que estaba escondido, con un arma al alcance de la mano, esperando el regreso del habitante del refugio. ¿De manera que usted creyó que yo era el criminal?

–No sabía quién se escondía aquí, pero estaba decidido a averiguarlo.

–¡Excelente, Watson! Y, ¿cómo me encontró? ¿Me vio quizá la noche en que Sir Henry y usted persiguieron al preso, cuando cometí la imprudencia de permitir que la luna se levantara por detrás mío?

–Sí; lo vi en esa ocasión.

–Y, sin duda, ¿usted registró todos los refugios hasta llegar a éste?

–No; alguien notó los movimientos del jovencito que le trae la comida y eso me sirvió de guía para la búsqueda.

–Sin duda el anciano caballero con el telescopio. No conseguí entender de qué se trataba la primera vez que vi el reflejo del sol sobre el lente –se levantó y miró dentro del refugio–. Vaya, veo que Cartwright me trajo algunas provisiones. ¿Qué dice el papel? De manera que usted estuvo en Coombe Tracey, ¿no es así?

–Sí.

–¿Para ver a la señora Laura Lyons?

–Así es.

–¡Bien hecho! Nuestras investigaciones han avanzado en líneas paralelas y cuando sumemos los resultados espero obtener una idea bastante completa del caso.

–Bueno; yo me alegro en el alma por haberlo encontrado, porque a decir verdad la responsabilidad y el misterio estaban llegando a ser demasiado para mí. Pero, por el amor del cielo, ¿cómo es que usted vino hasta aquí y qué es lo que ha estado haciendo? Creía que seguía en Baker Street, trabajando en ese caso de chantaje.

–Eso era lo que yo quería que pensara.

–¡Entonces me utiliza pero no tiene confianza en mí! –exclamé con cierta amargura–. Pensé haber tenido y merecido un mejor trato de su parte, Holmes.

–Mi querido amigo, en ésta, como en muchas otras ocasiones, su ayuda me ha resultado inestimable y le ruego que me perdone si parezco haberle jugado una mala pasada. A decir verdad, lo hice en parte pensando en usted, porque lo que me empujó a venir y a examinar la situación en persona fue el darme cuenta con toda claridad del peligro que corría. Si los hubiera acompañado a Sir Henry y a usted, mi punto de vista sería exactamente el mismo que el suyo, y mi presencia habría alertado a nuestros grandes antagonistas. De este otro modo, me fue posible moverme como no habría podido hacerlo viviendo en la mansión, por lo que sigo siendo un factor desconocido en este asunto, listo para intervenir con eficacia en un momento crítico.

–Pero, ¿por qué mantenerme desinformado?

–Que usted lo supiera no nos habría servido de nada y podrían haber descubierto mi presencia. Usted habría querido contarme algo o, por amabilidad, habría querido traerme esto o aquello para que estuviera más cómodo y de esa manera habríamos corrido riesgos innecesarios. Traje conmigo a Cartwright (sin duda recuerda usted al jovencito de la oficina de recaderos) que ha estado atendiendo a mis escasas necesidades: una barra de pan y ropa limpia. ¿Para qué más?

También me ayudó activamente en la investigación y ambas cosas fueron de gran valor para mí.

–¡En ese caso mis informes no le sirvieron de nada! –me tembló la voz y recordé el esfuerzo y el orgullo con que los había redactado.

Holmes se sacó unos papeles del bolsillo.

–Aquí están sus informes, mi querido amigo. Le aseguro que los estudié muy a fondo. He arreglado muy bien las cosas y solo me llegaban con un día de retraso. Tengo que felicitarlo por el cuidado y la inteligencia con que ha actuado en un caso extraordinariamente difícil.

Todavía estaba bastante dolorido por el engaño que había sufrido, pero la satisfacción de los elogios de Holmes me calmó y además comprendí que tenía razón y que en realidad era mejor para nuestros fines que no me hubiera informado de su presencia en el páramo.

–Eso está mejor –dijo Holmes, al ver cómo desaparecía la sombra de mi rostro–. Y ahora cuénteme el resultado de su visita a la señora Laura Lyons. No me ha sido difícil adivinar que usted había ido a verla, porque ya sabía que es la única persona de Coombe Tracey que podía sernos útil en este asunto. De hecho, si usted no hubiera ido hoy, es muy probable que mañana lo hubiera hecho yo.

El sol se había ocultado y la oscuridad se extendía por el páramo. El aire era frío y entramos en el refugio para calentamos. Allí, sentados en la penumbra, le conté a Holmes mi conversación con la mujer. Se interesó tanto por mi relato que tuve que repetirle algunos fragmentos antes de que se diera por satisfecho.

–Todo eso es de gran importancia en este asunto tan complicado –dijo cuando terminé–, porque llena una laguna que yo había sido incapaz de completar. Quizá usted está al tanto del trato íntimo que esa mujer mantiene con Stapleton.

Lo ignoraba por completo.

–No hay duda al respecto. Se ven, se escriben, hay un entendimiento total entre ambos. Y esto pone en nuestras manos un arma muy poderosa. Si pudiéramos utilizarla para separar a su mujer…

–¿Su mujer?

–Déjeme que le dé alguna información a cambio de toda la que usted me ha entregado. La mujer que se hace pasar por la señorita Stapleton es en realidad esposa del naturalista.

–¡Santo cielo, Holmes! ¿Está usted seguro de lo que dice? ¿Cómo ese hombre ha permitido que Sir Henry se enamore de ella?

–El enamoramiento de Sir Henry solo puede perjudicar al mismo baronet. Stapleton ha tenido mucho cuidado en que Sir Henry no haga el amor con su mujer, como usted ha podido comprobar. Le repito que la mujer de la que hablamos es su esposa y no su hermana.

–Pero, ¿cuál es la razón de un engaño tan complicado?

–Prever que le resultaría mucho más útil presentarla como soltera.

Todas mis dudas silenciadas y mis vagas sospechas tomaron repentinamente forma concentrándose en el naturalista, en aquel hombre impasible, incoloro, con su sombrero de paja y su cazamariposas. Me pareció descubrir algo terrible: un ser de paciencia y habilidad infinitas, de rostro sonriente y corazón asesino.

–¿Es él, entonces, nuestro enemigo? ¿Es él quien nos siguió en Londres?

–Así es como yo leo el enigma.

Y el aviso… ¡tiene que haber venido de ella!

–Exacto.

En medio de la confusión que me había rodeado durante tanto tiempo, empezaba a reconocerse una monstruosa maldad, mitad vista, mitad adivinada.

–Pero, ¿usted está seguro de eso, Holmes? ¿Cómo sabe que esa mujer es su esposa?

–Porque el día en que usted lo conoció cometió la torpeza de contarle un fragmento auténtico de su autobiografía, torpeza que, me atrevería a afirmar, ha lamentado muchas veces desde entonces. Es cierto que fue en otro tiempo profesor en el norte de Inglaterra. Ahora bien, no hay nada tan fácil de rastrear como un profesor. Existen agencias académicas que permiten identificar a cualquier persona que haya ejercido la docencia. Una pequeña investigación me permitió descubrir cómo un colegio se había venido abajo en circunstancias atroces, y cómo su propietario (el apellido era entonces diferente) había desaparecido junto con su esposa. La descripción coincidía. Cuando supe que el desaparecido se dedicaba a la zoología de los insectos, no me quedó ninguna duda.

La oscuridad se aclaraba, pero aún quedaban muchas cosas ocultas por las sombras.

–Si esa mujer es de verdad su esposa, ¿qué papel corresponde a la señora Lyons en todo esto? –pregunté.

–Ese es uno de los puntos que sus investigaciones han podido vislumbrar. Su entrevista con ella ha aclarado mucho la situación. Yo no estaba al tanto de sus planes de divorcio. En ese caso, y creyendo que Stapleton era soltero, la señora Lyons pensaba sin duda convertirse en su esposa.

–Y, ¿cuando sepa la verdad?

–Cuando llegue el momento podrá sernos útil. Quizá nuestra primera tarea sea verla mañana, los dos juntos. ¿No le parece, Watson, que lleva demasiado tiempo lejos de la persona que se le encargó? En este momento usted debería estar en la mansión de los Baskerville.

En el occidente habían desaparecido las últimas machas rojizas y la noche se había adueñado del páramo.

Unas cuantas estrellas brillaban débilmente en el cielo color violeta.

–Una última pregunta, Holmes –dije, mientras me ponía de pie–. Sin duda no hay ninguna necesidad de secreto entre usted y yo. ¿Qué sentido tiene todo esto? ¿Qué es lo que se propone Stapleton?

Mi amigo bajó la voz al responder:

–Se trata de un asesinato, Watson; de un asesinato refinado, a sangre fría, lleno de premeditación. No me pida detalles. Mis redes se están cerrando alrededor suyo como las de Stapleton en torno a Sir Henry, pero con la ayuda que usted me ha prestado, Watson, lo tengo casi a mi disposición. Tan solo nos amenaza un peligro: la posibilidad de que golpee antes de que estemos preparados. Un día más, dos como mucho, y el caso estará resuelto. Pero hasta ese momento, usted debe proteger al hombre que tiene a su cargo con la misma dedicación con que una madre cuida de su hijito enfermo. Su expedición de hoy está plenamente justificada y, sin embargo, casi desearía que no hubiera dejado solo a Sir Henry. ¡Escuche!

Un alarido terrible, un grito prolongado de horror y de angustia había brotado del silencio del páramo.

Aquel sonido espantoso me heló la sangre en las venas.

–¡Dios mío! –dije con voz entrecortada–. ¿Qué fue eso? ¿Qué significa?

Holmes se había puesto de pie de un salto y su silueta atlética se dibujó en la puerta del refugio. Los hombros inclinados, la cabeza adelantada, escudriñando la oscuridad.

–¡Silencio! –susurró–. ¡Silencio!

El grito nos había llegado con claridad por su vehemencia, pero venía de un lugar lejano de la llanura en tinieblas. De nuevo estalló en nuestros oídos, más cercano, más intenso, más apremiante que antes.

–¿De dónde viene? –susurró Holmes; y supe, por el temblor de su voz, que también él, el hombre de hierro, se había estremecido hasta lo más hondo–. ¿De dónde viene, Watson?

–De allí, me parece –dije señalando hacia la oscuridad.

–¡No, de allí!

De nuevo el grito de angustia se extendió por el silencio de la noche, más intenso y más cercano que nunca.

Y un nuevo ruido mezclado con él, estruendoso y contenido, musical y sin embargo amenazador, que subía y bajaba como el murmullo constante y profundo del mar.

–¡El sabueso! –exclamó Holmes–. ¡Vamos, Watson, vamos! ¡No quiera Dios que lleguemos tarde!

Mi amigo corría ya por el páramo a toda velocidad y yo lo seguí inmediatamente. Pero luego surgió, de algún lugar del sinuoso terreno que estaba frente a nosotros, un último alarido de desesperación seguido de un ruido sordo, producido por algo pesado. Nos detuvimos y escuchamos.

Ningún nuevo sonido quebró el denso silencio de la noche sin viento.

Vi que Holmes se llevaba la mano a la frente, como un hombre que ha perdido el dominio sobre sí mismo, y que golpeaba el suelo con el pie.

–Nos ha vencido, Watson. Hemos llegado demasiado tarde.

–No, no, ¡es imposible!

–Mi estupidez por no atacar antes. Y usted, Watson, ¡vea lo que sucede por dejar solo a Sir Henry! Pero, el cielo es testigo, ¡si ha sucedido lo peor, lo vengaremos!

Corrimos a ciegas en la oscuridad, tropezando contra las rocas, abriéndonos camino entre arbustos espinosos, jadeando al subir los cerros y precipitándonos al bajar las pendientes. Siempre en la dirección de donde nos habían llegado esos espantosos gritos. En todas las partes elevadas Holmes miraba atentamente a su alrededor, pero las sombras se espesaban sobre el páramo y no había el menor movimiento en su monótona superficie.

–¿Ve usted algo?

–Nada.

–¡Escuche! ¿Qué es eso?

Un débil gemido había llegado hasta nuestros oídos. ¡Y luego una vez más a nuestra izquierda! Por aquel lado una hilera de rocas terminaban en una pendiente. Abajo, sobre las piedras, divisamos un objeto oscuro, de forma irregular. Al acercarnos corriendo la silueta imprecisa adquirió contornos definidos. Era un hombre caído boca abajo, con la cabeza doblada bajo el cuerpo en un ángulo horrible, los hombros curvados y el cuerpo encogido como si se dispusiera a dar una vuelta de campana. La postura era tan grotesca que tardé unos momentos en comprender que había muerto al exhalar aquel último gemido. Porque ya no nos llegaba ni un susurro, ni el más pequeño movimiento de la figura en sombra sobre la que nos inclinábamos. Holmes lo tocó y enseguida retiró la mano con una exclamación de horror. El resplandor de un fósforo permitió ver que se había manchado los dedos de sangre y que lentamente se formaba un espantoso charco de sangre desde el cráneo aplastado de la víctima. Y algo más que nos llenó de desesperación y de desánimo: ¡se trataba del cuerpo de Sir Henry Baskerville!

Era imposible que alguno de los dos olvidara aquel peculiar traje rojizo de tweed: el mismo que llevaba la mañana que se presentó en Baker Street. Lo vimos un momento con claridad y enseguida el fósforo parpadeó y se apagó, de la misma manera que la esperanza había abandonado nuestras almas. Holmes gimió y su rostro adquirió un tenue resplandor blanco a pesar de la oscuridad.

–¡Fiera asesina! –exclamé, apretando los puños–. ¡Ah, Holmes, nunca me perdonaré haberlo dejado solo!

–Yo soy más culpable que usted, Watson. Con el fin de dejar el caso bien rematado y completo, he permitido que mi cliente perdiera la vida. Es el peor golpe que he recibido en mi carrera. Pero, ¿cómo iba a saber yo, cómo podía saber, que fuese a arriesgar la vida a solas en el páramo, a pesar de todas mis advertencias?

–¡Pensar que oímos sus alaridos, y qué alaridos, Dios mío, sin ser capaces de salvarlo! ¿Dónde está ese horrible sabueso que lo ha llevado a la muerte? Quizá en este instante se esconde detrás de aquellas rocas. Y Stapleton, ¿dónde está Stapleton? Tendrá que responder por este crimen.

–Lo hará. Me encargaré de ello. Tío y sobrino han sido asesinados: el primero muerto de miedo al ver al salvaje animal que creía sobrenatural y el segundo llevado a la destrucción al huir desesperadamente de él. Pero ahora tenemos que demostrar la conexión entre el hombre y el animal. Si no fuera por el testimonio de nuestros oídos, ni siquiera podríamos jurar que existe el sabueso, dado que Sir Henry murió a causa de la caída. Pero pongo al cielo por testigo de que a pesar de toda su astucia, ¡ese individuo estará en mi poder antes de veinticuatro horas!

Nos quedamos con el corazón lleno de amargura, inmóviles a los lados del cuerpo destrozado, abrumados por el repentino e irreparable desastre que había puesto un tan lamentable fin a nuestros largos y fatigosos esfuerzos. Luego, mientras salía la luna, subimos por las rocas hasta la cima de donde había caído nuestro pobre amigo y contemplamos el páramo en sombras, mitad plata y mitad oscuridad. Muy lejos, a kilómetros de distancia en la dirección de Grimpen, brillaba constante una luz amarilla. Únicamente podía venir de la casa solitaria de los Stapleton. Mientras la miraba agité el puño y dejé escapar una amarga maldición.

–¿Por qué no lo detenemos ahora mismo?

–Nuestro caso no está terminado. Ese individuo es extraordinariamente cauteloso y astuto. No vale lo que sabemos sino lo que podemos probar. Un solo movimiento en falso y se nos podría escapar ese canalla.

–¿Qué podemos hacer?

–Mañana no nos faltará trabajo. Esta noche solo nos queda rendir un último homenaje a nuestro pobre amigo. Juntos bajamos de nuevo la rocosa pendiente y nos acercamos al cadáver, que se dibujaba como una mancha negra sobre las

piedras plateadas. La angustia que reflejaba su cuerpo dislocado me provocó un espasmo de dolor y las lágrimas me enturbiaron los ojos.

–¡Debemos pedir ayuda, Holmes! No es posible llevarlo desde aquí hasta la mansión. ¡Santo cielo! ¿Se volvió loco?

Mi amigo había lanzado una exclamación mientras se inclinaba sobre el cuerpo. Y ahora bailaba y reía y me estrechaba la mano. ¿Era aquél el Sherlock Holmes severo y reservado que yo conocía? ¡Tanto por descubrir!

–¡Una barba! ¡Una barba! ¡El muerto tiene barba!

–¿Barba?

–No es el baronet…, es…, ¡mi vecino, el preso fugitivo! Con febril precipitación dimos una vuelta alrededor del cadáver y la barba goteante apuntaba hacia la luna, clara y fría. No había la menor duda sobre los abultados arcos supraorbitales y los hundidos ojos de aspecto bestial. Se trataba del mismo rostro que me había mirado con ira a la luz de la vela por encima de la roca: el rostro de Selden, el criminal.

Luego, en un instante, lo entendí todo. Recordé que el baronet le había regalado a Barrymore sus ropas viejas. El mayordomo se las había traspasado a Selden para facilitarle la huida. Botas, camisa, gorra: todo era de Sir Henry. La tragedia seguía siendo espantosa, pero al menos de acuerdo con las leyes de su país, ese hombre había merecido la muerte. Con el corazón rebosante de agradecimiento y de alegría le expliqué a Holmes lo que había sucedido.

–Entonces ese pobre desgraciado murió por llevar la ropa del baronet –dijo mi amigo–. El sabueso había sido entrenado mediante alguna prenda de Sir Henry (la bota que le desapareció en el hotel, probablemente) y por eso acorraló a este hombre. Sin embargo, hay una cosa muy extraña: dada la oscuridad de la noche, ¿cómo llegó a saber Selden que el sabueso seguía sus huellas?

–Lo oyó.

–Oír a un sabueso en el páramo no habría asustado a un hombre como él hasta el punto de gritar frenéticamente y exponerse así a una nueva captura. Si nos guiamos por sus gritos, pasó mucho tiempo después de saber que el animal lo perseguía. ¿Cómo lo supo?

–Para mí es un misterio mayor aún el por qué ese sabueso, suponiendo que todas nuestras conjeturas sean correctas…

–Yo no supongo nada.

–Bien, pero ¿por qué tendría que estar suelto ese animal precisamente esta noche? Me imagino que no siempre anda libre por el páramo. Stapleton no lo habría dejado salir sin tener buenas razones para pensar que se encontraría con Sir Henry.

–Mi incógnita es la más difícil de las dos, porque creo que muy pronto encontraremos una explicación para la suya, mientras que la mía quizá siga siendo siempre un misterio. Ahora el problema es, ¿qué vamos a hacer con el cuerpo de este pobre desgraciado? No podemos dejarlo aquí a disposición de los zorros y de los cuervos.

–Propongo que lo metamos en uno de los refugios hasta que podamos informar a la policía.

–De acuerdo. Estoy seguro de que podremos trasladarlo entre los dos. ¡Caramba, Watson! ¿Qué es lo que veo? Nuestro hombre en persona. ¡Fantástico! ¡No cabe mayor audacia! Ni una palabra que revele lo que sabemos; ni una palabra, o mis planes se vienen abajo.

Una figura se acercaba por el páramo, acompañada del débil resplandor rojo de un cigarro puro. La luna brillaba en lo alto del cielo y pude reconocer el aspecto distinguido y el caminar desenvuelto del naturalista.

Stapleton se detuvo al vernos, pero solo unos instantes.

–¡Vaya, doctor Watson! Me cuesta creer que sea usted. Es sin duda la última persona que hubiera esperado encontrar en el páramo a estas horas de la noche. Pero, Dios mío, ¿qué es

esto? ¿Alguien herido? ¡No! ¡No me diga que se trata de nuestro amigo Sir Henry!

Pasó precipitadamente a mi lado para agacharse junto al muerto. Lo oí hacer una brusca inspiración y el cigarro se le cayó de la mano.

–¿Quién…, quién es este individuo? –tartamudeó.

–Es Selden, el preso fugado de Princetown.

Al volver a mirarnos, la expresión de Stapleton era espantosa, pero con un supremo esfuerzo logró superar su asombro y su decepción. Luego nos miró inquisitivamente a los dos.

–¡Santo cielo! ¡Qué cosa tan espantosa! ¿Cómo murió?

–Parece haberse torcido el cuello al caer desde esas rocas. Mi amigo y yo paseábamos por el páramo cuando oímos un grito.

–Yo también oí un grito. Eso fue lo que me hizo salir. Estaba intranquilo por Sir Henry.

–¿Por qué por Sir Henry en particular? –no pude menos que preguntarle.

–Porque le había propuesto que viniera a mi casa. Me sorprendió que no se presentara y obviamente me alarmé al oír gritos en el páramo. Por cierto –sus ojos escudriñaron de nuevo mi rostro y el de Holmes–, ¿han oído alguna otra cosa además de un grito?

–No –dijo Holmes–, ¿y usted?

–Tampoco.

–Entonces, ¿a qué se refiere?

–Bueno, ya conoce las historias de los campesinos acerca de un sabueso fantasmal. Según cuentan se le oye de noche en el páramo. Me preguntaba si en esta ocasión habría alguna prueba de un sonido así.

–No hemos oído nada –dije.

–Y, ¿cuál es su teoría sobre la muerte de este pobre desgraciado?

–No me cabe la menor duda de que la ansiedad y las inclemencias del tiempo le han hecho perder la cabeza.

Se puso a correr enloquecido por el páramo y terminó por caerse desde ahí y romperse el cuello.

–Parece la teoría más razonable –dijo Stapleton, acompañando sus palabras con un suspiro que a mí me pareció de alivio–. ¿Qué opina usted, señor Holmes?

Mi amigo inclinó la cabeza a manera de cumplido.

–Usted identifica muy pronto a las personas –dijo.

–Lo hemos estado esperando desde que llegó el doctor Watson. Vino justo a tiempo de presenciar una tragedia.

–Así es, efectivamente. No tengo la menor duda de que la explicación de mi amigo se ajusta plenamente a los hechos. Mañana volveré a Londres con un desagradable recuerdo.

–¿Regresa mañana?

–Ésa es mi intención.

–Espero que su visita haya vislumbrado algo de estos acontecimientos que tanto nos han desconcertado. Holmes se encogió de hombros.

–No siempre se consigue el éxito deseado. Un investigador necesita hechos, no leyendas ni rumores. No ha sido un caso satisfactorio.

Mi amigo hablaba con su aire más sincero y despreocupado. Stapleton seguía mirándolo fijamente.

Luego se volvió hacia mí.

–Les sugeriría que trasladáramos a este pobre infeliz a mi casa, pero mi hermana se asustaría tanto que no se justifica. Creo que si le cubrimos el rostro estará seguro hasta mañana.

Así lo hicimos. Después de rechazar la hospitalidad que Stapleton nos ofrecía, Holmes y yo nos dirigimos hacia la

mansión de los Baskerville, dejando que el naturalista regresara solo a su casa. Al volver a mirar, vimos cómo se alejaba lentamente por el ancho páramo y, detrás de él, la mancha negra sobre la pendiente plateada que mostraba el lugar en donde yacía el hombre tan horrorosamente muerto.

–¡Ya era hora de que nos viéramos las caras! –dijo Holmes mientras caminábamos juntos por el páramo–. ¡Qué gran dominio de sí mismo! Extraordinaria su recuperación después del terrible impacto que debe haber sufrido al descubrir cuál había sido su verdadera víctima. Ya se lo dije en Londres, Watson, y se lo repito ahora: nunca hemos encontrado un enemigo más digno de nuestra persecución.

–Lamento que lo haya visto, Holmes.

–Al principio yo también lo lamenté. Pero era inevitable.

–¿Qué efectos podrá tener esto en sus planes?

–Puede hacerlo más cauteloso o llevarlo a decisiones desesperadas. Como la mayoría de los criminales inteligentes, quizá confíe demasiado en su ingenio y se imagine que nos engañó por completo.

–¿Por qué no lo detenemos inmediatamente?

–Mi querido Watson, no hay duda de que usted nació para ser hombre de acción. Su instinto le lleva siempre a hacer algo enérgico. Pero supongamos, como simple hipótesis, que hacemos que lo detengan esta noche, ¿qué es lo que sacaríamos en limpio? No podemos probar nada contra él. ¡En eso descansa su astucia diabólica! Si actuara por medio de un agente humano podríamos obtener alguna prueba, pero aunque lográramos sacar a ese enorme perro a la luz del día, seguiríamos sin poder ponerle a su amo una cuerda alrededor del cuello.

–Estoy seguro de que disponemos de pruebas suficientes.

–Ni muchísimo menos: tan solo de suposiciones y conjeturas. Seríamos el hazmerreír de un tribunal si nos presentáramos con semejante historia y con semejantes pruebas.

–Está la muerte de Sir Charles.

–No se encontró en su cuerpo la menor señal de violencia. Usted y yo sabemos que murió de miedo y sabemos también qué fue lo que le asustó. Pero, ¿cómo vamos a conseguir que doce jurados impasibles también lo crean? ¿Qué señales hay de un sabueso? ¿Dónde están las huellas de sus colmillos? Sabemos, por supuesto, que un sabueso no muerde un cadáver y que Sir Charles estaba muerto antes de que el animal lo alcanzara.

Pero todo eso tenemos que probarlo y no estamos en condiciones de hacerlo.

–¿Y qué me dice de lo que ha sucedido esta noche?

–No salimos mucho mejor parados. Una vez más no existe conexión directa entre el sabueso y la muerte de Selden. No hemos visto al animal en ningún momento. Lo hemos oído, es cierto, pero no podemos probar que siguió la huella del preso. No hay que olvidar, además, la total ausencia de causas. No, mi querido Watson, debemos reconocer que actualmente carecemos de las pruebas necesarias y también que vale la pena correr cualquier riesgo con tal de conseguirlas.

–Y ¿cómo se propone usted eso?

–Espero mucho de la ayuda que pueda darnos la señora Laura Lyons cuando sepa exactamente cómo están las cosas. Y cuento además con mi propio plan. No hay que preocuparse del mañana, porque cada día tiene su afán, pero no pierdo la esperanza de que antes de veinticuatro horas hayamos ganado la batalla.

No logré que me dijera nada más y hasta que llegamos a las puertas de la mansión de los Baskerville se mantuvo absorto en sus pensamientos.

–¿Va a entrar?

–Sí, no veo razón alguna para seguir escondiéndome.

Pero antes una última advertencia, Watson. Ni una palabra del sabueso a Sir Henry. Para él Selden ha muerto como

Stapleton quisiera que creyéramos. Se enfrentará con más tranquilidad a la dura prueba que le espera mañana. Si recuerdo correctamente su informe, se comprometió a comer con esas personas.

–Yo debo acompañarlo.

–Tendrá que disculparse, porque Sir Henry debe ir solo. Eso lo arreglaremos sin dificultad. Y ahora creo que los dos necesitaremos comer al menos algo por si llegamos tarde para la cena.

13 Preparando las redes

Más que sorprenderse, Sir Henry se alegró de ver a Sherlock Holmes. Hace varios días atrás que esperaba que los recientes acontecimientos lo hicieran venir desde Londres. Sin embargo, levantó las cejas cuando descubrió que mi amigo llegaba sin equipaje y no hacía ni el menor esfuerzo por explicarlo. Entre el baronet y yo le dimos muy pronto a Holmes lo que necesitaba y luego, durante nuestra tardía colación, le explicamos al baronet todo lo que parecía importante que supiera. Pero antes me correspondió la desagradable tarea de informarle a Barrymore y a su esposa la noticia de la muerte de Selden. Para el mayordomo quizá fuera un verdadero alivio, pero su mujer lloró amargamente, cubriéndose el rostro con el delantal. Para el resto del mundo Selden era el símbolo de la violencia, mitad animal, mitad demonio, pero para su hermana mayor seguía siendo el niñito caprichoso de su adolescencia, el pequeño que se aferraba a su mano. Sin duda, debe ser muy perverso el hombre que no tenga una mujer que llore su muerte.

–Desde que Watson se fue en la mañana, no he hecho otra cosa que sentirme abatido –dijo el baronet–. Imagino que se me debe reconocer el mérito, porque cumplí mi promesa. Si no hubiera jurado que no saldría solo, podría haber pasado una velada más entretenida, porque Stapleton me envió un recado para que fuera a visitarlo.

–No tengo la menor duda de que habría pasado una velada más animada –dijo Holmes con sequedad–. Por cierto, no sé si sabe que durante algún tiempo lamentamos su muerte, convencidos de que tenía el cuello quebrado.

Sir Henry abrió mucho los ojos.

–¿Cómo es eso?

–Ese pobre infeliz llevaba puesta su ropa desechada. Temo que el sirviente que se la dio tendrá dificultades con la policía.

–No es posible. Esas prendas no tenían marcas, si mal no recuerdo.

–Es una suerte para él…, de hecho es una suerte para todos ustedes, ya que todos han transgredido la ley. Me pregunto si, en mi calidad de detective concienzudo, no me correspondería arrestar a todos los habitantes de la casa. Los informes de Watson son unos documentos sumamente comprometedores.

–Pero, dígame, ¿cómo va el caso? –preguntó el baronet–. ¿Ha podido encontrar algo que permita ordenar este enredo? Creo que ni Watson ni yo sabemos ahora mucho más de lo que sabíamos al llegar de Londres.

–Me parece que dentro de poco estaré en condiciones de aclararle en gran medida la situación. Ha sido un asunto extraordinariamente difícil y complicado. Quedan varios puntos sobre los que aún necesitamos nuevas luces, pero de todos modos terminaremos bien el caso.

–Como sin duda Watson ya le habrá contado, tuvimos una extraña experiencia. Oímos al sabueso en el páramo, por lo que estoy dispuesto a jurar que no todo es una simple superstición. Tuve alguna relación con perros cuando viví en el Oeste americano y reconozco sus voces cuando las oigo. Si usted es capaz de ponerle un bozal y de atarlo con una cadena, estaré dispuesto a afirmar que es el mejor detective de todos los tiempos.

–No tengo ni la menor duda de que le pondré el bozal y la cadena si usted me ayuda.

–Haré todo lo que me diga.

–De acuerdo, pero le voy a pedir además que me obedezca ciegamente, sin preguntar las razones.

–Como usted quiera.

–Si lo hace, creo que son muchas las probabilidades de que resolvamos muy pronto nuestro pequeño problema. No tengo

la menor duda…

De pronto Holmes se interrumpió y miró fijamente al aire por encima de mi cabeza. La luz de la lámpara le daba en la cara y estaba tan concentrado y tan inmóvil que su rostro podría haber sido el de una estatua clásica, una personificación de la vigilancia y de la expectación.

–¿Qué sucede? –exclamamos Sir Henry y yo.

Comprendí inmediatamente cuando bajó la vista que estaba reprimiendo una intensa emoción. Sus facciones mantenían la tranquilidad, pero le brillaban los ojos, alegres y divertidos.

–Perdonen la admiración de un experto –dijo señalando con un gesto de la mano la colección de retratos que decoraba la pared del frente–. Watson niega que yo tenga conocimientos de arte, pero no son más que celos, porque nuestras opiniones sobre esa materia difieren. A decir verdad, usted tiene una excelente colección de retratos.

–Vaya, me agrada oírselo –replicó Sir Henry, mirando a mi amigo con algo de sorpresa–. No pretendo saber mucho de esas cosas y soy mejor juez de caballos o de toros que de cuadros. No sabía que usted tuviera tiempo para cosas de este tipo.

–Sé lo que es bueno cuando lo veo y ahora lo estoy viendo. Me atrevería a jurar que la mujer vestida de seda azul es obra de Kneller y el caballero fornido de la peluca, de Reynolds. Me imagino que se trata de retratos de familia.

–Absolutamente todos.

–¿Sabe quiénes son?

–Barrymore me ha estado dando clases particulares y creo que ya me encuentro en condiciones de pasar con éxito el examen.

–¿Quién es el caballero del telescopio?

–El contraalmirante Baskerville, que estuvo a las órdenes de Rodney en las Antillas. El de la chaqueta azul y el rollo de

documentos es Sir William Baskerville, presidente de los comités de la Cámara de los Comunes en tiempos de Pitt.

–¿Y el que está frente a mí, el partidario de Carlos I con el terciopelo negro y los encajes?

–Ahí tiene usted todo el derecho a estar informado, porque es la causa de nuestros problemas. Se trata del malvado Hugo, que puso en movimiento al sabueso de los Baskerville. Imposible que nos olvidemos de él.

Contemplé el retrato con interés y cierta sorpresa.

–¡Caramba! –dijo Holmes–, parece un hombre tranquilo y de buenas costumbres, pero me atrevo a decir que había en sus ojos un demonio escondido. Me lo había imaginado como una persona más robusta y con aire más perverso.

–No hay la menor duda sobre su autenticidad, porque por detrás del lienzo se indican el nombre y la fecha, 1647.

Holmes no dijo casi nada más, pero el retrato del juerguista de otros tiempos parecía fascinarle, y no apartó los ojos de él durante el resto de la comida. Tan solo más tarde, cuando Sir Henry se había ido a su habitación, pude seguir el hilo de sus pensamientos. Holmes me llevó de nuevo al comedor y levantó la vela que llevaba en la mano para iluminar aquel retrato manchado por el paso del tiempo.

–¿Ve usted algo especial?

Contemplé el ancho sombrero adornado con una pluma, los largos rizos que caían de sus sienes, el cuello blanco de encaje y las facciones austeras y serias que quedaban enmarcadas por todo el conjunto. No era un rostro brutal, sino compuesto, duro y severo, con una boca firme de labios muy delgados y ojos fríos e intolerantes.

–¿Se parece a alguien que usted conozca?

–Hay algo de Sir Henry en la mandíbula.

–Tan solo una poco quizá. Pero, ¡espere un instante! Holmes se subió a una silla y, levantando la luz con la mano izquierda,

dobló el brazo derecho para tapar con él el sombrero y los largos rizos.

–¡Dios del cielo! –exclamé, sin poder ocultar mi asombro.

En el lienzo había aparecido el rostro de Stapleton.

–¡Aja! Ahora lo ve ya. Tengo los ojos entrenados para examinar rostros y no sus adornos. La primera virtud de un investigador criminal es ver a través de un disfraz.

–Es increíble. Podría ser su retrato.

–Sí, es un caso interesante de salto atrás en el cuerpo y en el espíritu. Basta un estudio de los retratos de una familia para convencer a cualquiera de la validez de la doctrina de la reencarnación. Ese individuo es un Baskerville, no cabe la menor duda.

–Y con intenciones muy definidas acerca de la sucesión.

–Exacto. Gracias a ese retrato encontrado por casualidad, disponemos de un elemento muy importante que todavía nos faltaba. Ahora ya es nuestro, Watson, y me atrevo a jurar que antes de mañana por la noche estará revoloteando en nuestra red tan impotente como una de sus mariposas. ¡Un alfiler, un corcho y una tarjeta y lo añadiremos a la colección de Baker Street.

Holmes lanzó una de sus infrecuentes carcajadas mientras se alejaba del retrato. No le he oído reír con frecuencia, pero siempre ha sido un mal presagio para alguien.

A la mañana siguiente me levanté muy temprano pero Holmes se me había adelantado, porque mientras me vestía vi que regresaba hacia la casa por la avenida.

–Sí, hoy vamos a tener una día muy completo –comentó, mientras el regocijo que le producía entrar en acción le hacía frotarse las manos–. Las redes están en su lugar y vamos a iniciar el arrastre. Antes de que termine el día sabremos si hemos pescado nuestro gran pez de mandíbula estrecha o si se nos ha escapado entre las mallas.

–¿Ya estuvo usted en el páramo?

–Envié un informe a Princetown desde Grimpen respecto a la muerte de Selden.

Tengo la seguridad de que a ustedes no los van a molestar. También conversé con mi fiel Cartwright, quien seguramente habría languidecido a la puerta de mi refugio, como un perro junto a la tumba de su amo si no le hubiera hecho saber que estaba sano y salvo.

–¿Cuál es el próximo paso?

–Ver a Sir Henry. Ah, ¡ya está aquí!

–Buenos días, Holmes –dijo el baronet–. Usted parece un general que planea la batalla con el jefe de su estado mayor.

–Ésa es exactamente la situación. Watson estaba pidiéndome órdenes.

–Lo mismo hago yo.

–Muy bien. Esta noche usted está invitado a comer, según tengo entendido, con nuestros amigos los Stapleton.

–Espero que usted también venga. Son personas muy acogedoras y estoy seguro de que se alegrarán de verlo.

–Me temo que Watson y yo debemos regresar a Londres.

–¿A Londres?

–Sí, creo que actualmente hacemos más falta allá que aquí.

Al baronet se le alargó la cara de manera perceptible.

–Tenía la esperanza de que ustedes me acompañaran hasta el final de este asunto. La mansión y el páramo no son unos lugares muy agradables cuando se está solo.

–Mi querido amigo, usted tiene que confiar plenamente en mí y hacer exactamente lo que yo le diga. Explíquele a sus amigos que nos hubiera encantado acompañarlo, pero que un asunto muy urgente nos obliga a volver a Londres. Esperamos regresar pronto. ¿Se acordará usted de darles ese mensaje?

–Si usted insiste…

–No hay otra alternativa, se lo aseguro.

El ceño fruncido del baronet me hizo saber que estaba muy afectado porque creía que nos disponíamos a abandonarlo.

–¿Cuándo quieren irse? –preguntó fríamente.

–Inmediatamente después del desayuno. Pasaremos antes por Coombe Tracey, pero mi amigo dejará aquí sus cosas como garantía de que regresará a la mansión. Watson, envíe una nota a Stapleton para decirle que siente no poder asistir a la comida.

–Tengo muchas ganas de volver a Londres con ustedes –dijo el baronet–. ¿Por qué debo quedarme aquí solo?

–Porque éste es su lugar y porque usted me dio su palabra de que hará lo que le diga y ahora le estoy ordenando que se quede.

–En ese caso, de acuerdo. Me quedaré.

–¡Una cosa más! Quiero que vaya en coche a la casa Merripit. Pero luego devuélvalo y haga saber a los Stapleton que quiere regresar a pie.

–¿Atravesar el páramo a pie?

–Sí.

–Pero eso es precisamente lo que usted siempre me ha dicho, con tanta insistencia, que no haga.

–Esta vez podrá hacerlo sin peligro. Si no tuviera total confianza en su serenidad y en su valor no se lo pediría, pero es esencial que lo haga.

–En ese caso, lo haré.

–Y si la vida tiene para usted algún valor, cruce el páramo siguiendo exclusivamente el sendero recto que va desde la casa Merripit a la carretera de Grimpen y que es su camino habitual.

–Haré exactamente lo que usted me dice.

–Muy bien. Me gustaría salir cuanto antes después del desayuno, con el fin de llegar a Londres a primera hora de la tarde.

A mí me desconcertaba mucho aquel programa, a pesar de recordar cómo Holmes le había dicho a Stapleton la noche anterior que su visita terminaba al día siguiente. Sin embargo, no se me había pasado por la cabeza que quisiera llevarme con él, ni entendía tampoco que pudiéramos ausentarnos los dos en un momento que el mismo Holmes consideraba crítico. Pero no se podía hacer otra cosa que obedecer ciegamente, de manera que dijimos adiós a nuestro perturbado amigo y un par de horas después estábamos en la estación de Coombe Tracey y habíamos despedido al coche para que iniciara el regreso a la mansión. Un jovencito nos esperaba en el andén.

–¿Alguna orden, señor?

–Tienes que salir para Londres en este tren, Cartwright. Apenas llegues enviarás en mi nombre un telegrama a Sir Henry Baskerville para decirle que si encuentra la billetera que perdí la mande por correo certificado a Baker Street.

–Sí, señor.

–Y ahora pregunta en la oficina de la estación si hay un mensaje para mí.

El jovencito regresó enseguida con un telegrama, que Holmes me pasó. Decía así:

"Telegrama recibido. Voy hacia allí con orden de detención sin firmar. Llegaré a las diecisiete cuarenta.

LESTRADE".

–Es la respuesta al que envié esta mañana. Considero a Lestrade el mejor de los profesionales y quizá necesitemos su ayuda. Ahora, Watson, creo que la mejor manera de usar nuestro tiempo es visitando a su conocida, la señora Laura Lyons.

Su plan empezaba a clarificarse. Iba a utilizar al baronet para convencer a los Stapleton de que nos habíamos ido, aunque en realidad regresaríamos en el momento crítico. El telegrama desde Londres, si Sir Henry lo mencionaba en presencia de los Stapleton, serviría para eliminar las últimas sospechas. Ya me

parecía ver cómo nuestras redes se cerraban alrededor del pez de mandíbula estrecha.

La señora Laura Lyons estaba en su despacho, y Sherlock Holmes inició la conversación con tanta franqueza y de manera tan directa que la hija de Frankland no pudo ocultar su asombro.

–Estoy investigando las circunstancias relacionadas con la muerte de Sir Charles Baskerville –dijo Holmes–. Mi amigo aquí presente, el doctor Watson, me informó de lo que usted le dijo y también de lo que ha ocultado respecto este asunto.

–¿Qué es lo que oculté? –preguntó la señora Lyons, desafiante.

–Ha confesado que solicitó de Sir Charles que estuviera junto a la puerta que da al páramo a las diez en punto. Sabemos que el baronet murió en ese lugar y a esa hora y sabemos también que usted ocultó la conexión de esos sucesos.

–No hay ninguna conexión.

–En ese caso se trata de una coincidencia totalmente extraordinaria. Pero espero que a la larga podamos establecer esa conexión. Quiero ser completamente sincero con usted, señora Lyons. Creemos estar en presencia de un caso de asesinato y las pruebas pueden acusar no solo a su amigo, el señor Stapleton, sino también a su esposa. La mujer se levantó violentamente del asiento.

–¡Su esposa! –exclamó.

–Dejó de ser un secreto. La persona que pasaba por ser su hermana es en realidad su esposa.

La señora Lyons había vuelto a sentarse. Apretaba con las manos los brazos del sillón y vi que las uñas habían perdido el color rosado por lo fuerte que los presionaba.

–¡Su esposa! –dijo de nuevo–. ¡Su esposa! No está casado.

Sherlock Holmes se encogió de hombros.

–¡Demuéstremelo! ¡Demuéstremelo! Y si lo hace… –el brillo feroz de sus ojos fue más elocuente que cualquier palabra.

–Vengo preparado –dijo Holmes sacando varios papeles del bolsillo–. Aquí tiene una fotografía de la pareja tomada en Yorkshire hace cuatro años. Al reverso está escrito "El señor y la señora Vandeleur", pero no le costará trabajo identificar a Stapleton, ni tampoco a su supuesta hermana, si la conoce usted de vista. También dispongo de tres testimonios escritos, que son de personas de confianza, con descripciones del señor y de la señora Vandeleur cuando se ocupaban del colegio particular St. Oliver. Léalas y dígame si le queda alguna duda sobre la identidad de esas personas.

La señora Lyons ojeó los papeles que le presentaba Sherlock Holmes y luego nos miró con las rígidas facciones de una mujer desesperada.

–Señor Holmes –dijo–, ese hombre ofreció casarse conmigo si yo conseguía el divorcio. El muy canalla me mintió, de todas las maneras imaginables. No me ha dicho la verdad ni una sola vez. Y ¿por qué, por qué? Yo creía que lo hacía todo por mí, pero ahora veo que solo fui un instrumento en sus manos. ¿Por qué tendría que mantener mi palabra cuando él no ha hecho más que engañarme? ¿Por qué tendría que protegerlo de las consecuencias de sus incalificables acciones? Pregúnteme lo que quiera: no le ocultaré nada. Una cosa sí le juro, y es que cuando escribí la carta nunca imaginé que serviría para hacer daño a aquel anciano caballero que había sido el más bondadoso de los amigos.

–No lo dudo, señora –dijo Sherlock Holmes–, y como el relato de todos esos acontecimientos podría serle muy doloroso, quizá le resulte más fácil escuchar el relato que voy a hacerle, para que me corrija cuando cometa algún error importante. ¿Fue Stapleton quien sugirió el envío de la carta?

–Él me la dictó.

–Supongo que la razón establecida era que usted recibiría ayuda de Sir Charles para los gastos relacionados con la obtención del divorcio.

–Así es.

–Y que luego, después de enviada la carta, la disuadió de que acudiera a la cita.

–Me dijo que le heriría su orgullo si cualquier otra persona daba dinero para eso, y que a pesar de su pobreza daría hasta el último céntimo que tuviera para apartar los obstáculos que se interponían entre nosotros.

–Parece una persona muy consecuente. Y usted no supo nada más hasta que leyó en el periódico la noticia de la muerte de Sir Charles.

–Así fue.

–¿También le hizo jurar que no hablaría a nadie de su cita con Sir Charles?

–Sí. Dijo que se trataba de una muerte muy misteriosa y que sin duda se sospecharía de mí si llegaba a saberse la existencia de la carta. Me asustó para que guardara silencio.

–Era de esperar. ¿Pero usted sospechaba algo?

La señora Lyons vaciló y bajó los ojos.

–Sabía cómo era –dijo–. Pero si no hubiera faltado a su palabra yo siempre le habría sido fiel.

–Creo que puede sentirse afortunada al escapar como lo ha hecho –dijo Sherlock Holmes–. Usted tenía a Stapleton en su poder, él lo sabía y sin embargo aún sigue viva. Lleva meses caminando al borde de un precipicio. Y ahora, señora Lyons, vamos a despedirnos de usted por el momento. Es probable que pronto tenga otra vez noticias nuestras.

–El caso se está cerrando y van desapareciendo una a una las dificultades –dijo Holmes mientras esperábamos la llegada del tren expreso de Londres–. Muy pronto podré explicar con todo detalle uno de los crímenes más singulares y sensacionales de los tiempos modernos. Los estudiosos de la criminología recordarán los incidentes análogos de Grodno, en la Pequeña Rusia el año 1866 y también, por supuesto, los asesinatos Anderson de Carolina del Norte. Aunque este caso tiene

algunos rasgos que son específicamente suyos, porque todavía carecemos, incluso ahora, de pruebas concluyentes contra ese hombre tan astuto. Pero me sorprendería mucho no vislumbrarlo todo antes de que nos acostemos esta noche.

El expreso de Londres entró rugiendo en la estación y un hombre pequeño pero fuerte, con aspecto de bulldog, saltó del vagón de primera clase. Nos estrechamos la mano y advertí de inmediato, por la forma reverente que Lestrade tenía de mirar a mi compañero, que había aprendido mucho desde la época en que trabajaron juntos por vez primera.

Aún recordaba perfectamente el desprecio que las teorías de Sherlock Holmes solían despertar en ese hombre de espíritu tan práctico.

–¿Algo que valga la pena? –preguntó.

–Lo más grande en muchos años –dijo Holmes–. Tenemos dos horas antes de empezar. Creo que vamos a usarlas en comer algo, y luego, Lestrade, le sacaremos de la garganta la niebla de Londres haciéndole respirar el aire puro de las noches de Dartmoor. ¿No ha estado nunca en el páramo? ¡Espléndido! No creo que olvide su primera visita.

14 El sabueso de los Baskerville

Uno de los defectos de Sherlock Holmes –si es que en realidad se le puede llamar defecto– era lo mucho que se resistía a contar sus planes antes del momento mismo de ponerlos en acción. Sin duda, eso obedecía en parte a su carácter autoritario, que lo empujaba a dominar y a sorprender a los que lo rodeaban. Y también en parte a su cautela profesional, que siempre le llevaba a reducir los riesgos al mínimo.

Sin embargo, esta costumbre resultaba muy molesta para sus agentes y colaboradores. Yo ya había sufrido por ese motivo frecuentemente, pero nunca tanto como en aquel largo trayecto en la oscuridad.

Teníamos delante la gran prueba, pero aunque nos disponíamos a librar la batalla final, Holmes no había dicho nada: solo me cabía conjeturar cuál iba a ser su línea de acción. Apenas podía contener mi nerviosismo cuando, por fin, el frío viento que nos cortaba la cara y los oscuros espacios vacíos a ambos lados del estrecho camino me anunciaron que estábamos una vez más en el páramo. Cada paso de los caballos y cada vuelta de las ruedas nos acercaban a la aventura suprema.

Debido a la presencia del cochero no hablábamos con libertad y nos veíamos forzados a conversar sobre temas triviales, mientras la emoción y la esperanza nos ponían cada vez más tensos. Después de esa forzada discreción me dio mucho alivio dejar atrás la casa de Frankland y saber que nos acercábamos a la mansión de los Baskerville y al escenario de la acción. En vez de llegar en la carreta hasta la casa nos estacionamos junto al portón al comienzo de la avenida. Nos bajamos y ordenamos al cochero que regresara a Coombe

Tracey de inmediato, mientras nos poníamos en camino hacia la casa Merripit.

–¿Va usted armado, Lestrade?

–Siempre que me pongo los pantalones cuento con un bolsillo trasero –respondió con una sonrisa el detective de baja estatura– y siempre que cuento con un bolsillo trasero llevo algo dentro.

–¡Bien! También mi amigo y yo estamos preparados para cualquier emergencia.

–Usted se muestra muy reservado acerca de este asunto, señor Holmes. ¿A qué vamos a jugar ahora?

–Jugaremos a esperar.

–¡Válgame Dios, este lugar no tiene nada de alegre! –dijo el detective con un estremecimiento, contemplando a su alrededor las melancólicas laderas de los cerros y el enorme lago de niebla que descansaba sobre el gran pantano de Grimpen–. Veo unas luces delante de nosotros.

–Eso es la casa Merripit y el final de nuestro trayecto. Debo rogarles que caminen en puntillas y hablen en voz muy baja.

Avanzamos con grandes precauciones por el sendero como si nos dirigiéramos hacia la casa, pero Holmes hizo que nos detuviéramos cuando nos encontrábamos a unos doscientos metros.

–Ya es suficiente –dijo–. Esas rocas de la derecha van a protegernos admirablemente.

–¿Debemos esperar ahí?

–Así es, vamos a preparar nuestra pequeña emboscada. Lestrade, métase en ese hoyo. Usted ha estado dentro de la casa, ¿no es cierto, Watson? ¿Puede describirme la ubicación de las habitaciones? ¿A cuál corresponden esas ventanas enrejadas?

–Creo que son las de la cocina.

–¿Y la que queda un poco más allá, tan bien iluminada?

–Sin duda se trata del comedor.

–Las persianas están levantadas. Usted es quien mejor conoce el terreno. Camine con el mayor de los cuidados y vea lo que hacen, pero, por el amor del cielo, ¡que no descubran que los estamos vigilando!

Avancé en puntillas por el sendero y me agaché detrás del bajo muro que rodeaba el huerto de árboles achatados. Aprovechando su sombra avancé hasta alcanzar un punto que me permitía mirar directamente por la ventana sin velo.

Sólo había dos personas en la habitación: Sir Henry y Stapleton, sentados a ambos lados de la mesa redonda. Yo los veía de perfil. Ambos fumaban cigarros y tenían delante café y vino de Oporto. Stapleton hablaba animadamente, pero el baronet parecía pálido y ausente. Quizá la idea del paseo solitario a través del páramo repercutía en su ánimo.

Mientras los contemplaba, Stapleton se puso de pie y salió de la habitación. Sir Henry volvió a llenarse la copa y se recostó en la silla, aspirando el humo del cigarro. Luego oí el chirrido de una puerta y el ruido muy nítido de unas botas sobre las piedras. Los pasos recorrieron el sendero por el otro lado del muro que me protegía. Levantando un poco la cabeza vi que el naturalista se detenía ante la puerta de una de las habitaciones de la casa, situada en la esquina del huerto. Oí girar una llave y cuando Stapleton entró se oyó un ruido extraño en el interior. El dueño de la casa no estuvo más de un minuto allí dentro, después oí de nuevo girar la llave en la cerradura, el naturalista pasó cerca mío y regresó a la casa. Cuando comprobé que se reunía con su invitado avancé en silencio hasta donde me esperaban mis compañeros y les conté lo que había visto.

–¿Dice usted, Watson, que la señora no está en el comedor? –preguntó Holmes cuando terminé mi relato.

–No.

–En ese caso, ¿dónde puede estar si no hay luz en ninguna otra habitación exceptuando la cocina?

–No sabría decirle.

Ya mencioné que sobre el gran pantano de Grimpen flotaba una espesa niebla blanca que avanzaba lentamente en nuestra dirección y que se presentaba frente a nosotros como un muro bajo, muy denso y con límites muy precisos. La luna la iluminaba desde lo alto, convirtiéndola en algo parecido a una resplandeciente lámina de hielo de grandes dimensiones, con los cortes puntiagudos de las rocas que descansaban sobre su superficie. Holmes estaba mirando la niebla y empezó a murmurar, impaciente, mientras seguía con los ojos su lento derivar.

–Viene hacia nosotros, Watson.

–¿Eso es grave?

–Ya lo creo: la única cosa capaz de desbaratar mis planes. El baronet no puede ahora atrasarse mucho. Son las diez. Nuestro éxito e incluso la vida de Sir Henry pueden depender de que salga antes de que la niebla cubra el camino.

Por encima de nosotros el cielo estaba claro y sereno. Las estrellas brillaban fríamente y la media luna reflejaba una suave luz sobre toda la escena, de manera que apenas se marcaban los contornos. Ante nosotros yacía la masa oscura de la casa, con sus tejas asomadas y las rectas chimeneas levantadas abruptamente hacia el cielo plateado. Anchas barras de luz dorada provenientes de las habitaciones iluminadas del piso de abajo, se extendían por el huerto y el páramo. Una de las ventanas se cerró de repente. Los sirvientes habían abandonado la cocina.

Sólo quedaba la lámpara del comedor donde los dos hombres, el criminal y su invitado desprevenido, todavía conversaban saboreando sus cigarros puros.

Cada minuto que pasaba la algodonosa llanura blanca que cubría la mitad del páramo se acercaba más a la casa. Los primeros y delgados pedazos de la niebla cruzaron por delante de la rectangular ventana iluminada. La parte más lejana del huerto se hizo invisible y los árboles comenzaron a hundirse en un remolino de vapor blanco.

Ante nuestros ojos las primeras ráfagas de niebla dieron la vuelta por las dos esquinas de la casa y avanzaron lentamente, espesándose, hasta que el piso alto y el techo quedaron flotando como una extraña embarcación sobre un mar de sombras.

Holmes golpeó apasionadamente con la mano la roca que nos ocultaba e incluso pateó el suelo llevado por la impaciencia.

–Si nuestro amigo tarda más de un cuarto de hora en salir, la niebla cubrirá el sendero. Y dentro de media hora no nos veremos ni las manos.

–¿Y si nos pusiéramos en un lugar más alto?

–Sí, creo que no estaría de más.

De manera que nos alejamos hasta unos ochocientos metros de la casa. A pesar de que la niebla cada vez más espesa y con su superficie plateada por la luna seguía avanzando lenta pero inexorablemente Holmes, insistió en esperar:

–Debemos quedarnos aquí –dijo Holmes–. No podemos correr el riesgo de que Sir Henry sea alcanzado antes de llegar a nuestra altura. Hay que mantener esta posición a toda costa – se dejó caer de rodillas y pegó el oído al suelo–. Me parece que lo oigo venir, gracias a Dios.

El ruido de unos pasos rápidos rompió el silencio del páramo. Agazapados entre las piedras, contemplamos atentamente el borde plateado del mar de niebla que teníamos delante. El ruido de las pisadas se intensificó y, a través de la niebla, como si se tratara de una cortina, apareció el hombre al que esperábamos. Sir Henry miró a su alrededor sorprendido al encontrarse de repente con una noche clara, iluminada por las estrellas. Luego avanzó a toda velocidad por el sendero, pasó muy cerca de donde estábamos escondidos y empezó a subir por la larga pendiente que quedaba a nuestras espaldas. Al caminar miraba continuamente hacia atrás, como un hombre perturbado.

–¡Atentos! –exclamó Holmes, mientras se oía el nítido chasquido de un revólver alistándose –. ¡Cuidado! ¡Ya viene!

De alguna parte del centro de esa masa blanca que seguía avanzando, llegó hasta nosotros un tamborileo suave y continuo. La niebla estaba a cincuenta metros de nuestro escondite y los tres la contemplábamos sin saber qué horror estaba a punto de nacer de ella. Yo estaba junto a Holmes, me di vuelta para mirarlo un instante y lo noté pálido y exultante, con los ojos a la luz de la luna. Pero de repente su mirada adquirió una extraña fijeza y abrió la boca de asombro. Lestrade dejó escapar un grito de terror y se tiró de bruces al suelo. Yo me puse de pie de un salto, con la mano que sujetaba la pistola inerte y con la mente paralizada por la espantosa forma en que algo saltaba hacia nosotros de entre las sombras de la niebla. Era un sabueso, un enorme sabueso, negro como el carbón, nunca antes visto por ojos humanos. De la boca abierta le brotaban llamas, los ojos parecían ardientes lumbres y un resplandor intermitente le iluminaba el hocico, el pelaje del lomo y el cuello. Ni en la peor de las pesadillas de un ser enloquecido podría haber aparecido algo tan feroz, horroroso e infernal como esa silueta oscura y de cara cruel que se abalanzó desde la niebla hacia nosotros.

La enorme criatura negra avanzó a grandes saltos por el sendero, siguiendo los pasos de nuestro amigo.

Hasta tal punto nos paralizó su aparición que ya había pasado cuando recuperamos la temperatura de nuestra sangre. Entonces Holmes y yo disparamos al unísono y el animal lanzó un espantoso aullido, lo que quería decir que al menos uno de los proyectiles le había llegado. Sin embargo, siguió avanzando a grandes saltos y sin detenerse. A lo lejos en el camino, pudimos ver el rostro blanco de Sir Henry a la luz de la luna. Levantaba sus manos y su rostro con gestos de horror, al contemplar al horrendo ser al que cazaba.

Pero el aullido de dolor del sabueso había disipado todos nuestros temores. Si aquel ser era vulnerable, también era mortal, y si habíamos sido capaces de herirlo también podíamos matarlo. Nunca he visto correr a un hombre como corrió Holmes aquella noche. Se me considera rápido, pero mi amigo me sacó tanta ventaja como yo al detective de baja

estatura. Mientras volábamos por el sendero, oíamos más adelante los sucesivos alaridos de Sir Henry y el sordo rugido del sabueso. Pude ver cómo la bestia saltaba sobre su víctima, la arrojaba al suelo y le buscaba la garganta. Pero un instante después, Holmes había disparado cinco veces su revólver contra el costado del animal. Con un último aullido de dolor y un violento intento de gruñido, el sabueso cayó de espaldas, agitando furiosamente las cuatro patas, hasta inmovilizarse por fin sobre un lado. Yo me detuve, jadeante, y acerqué mi pistola a la horrible cabeza luminosa, pero ya no servía de nada apretar el gatillo. El gigantesco perro había muerto.

Sir Henry seguía inconsciente en el lugar en donde había caído. Le arrancamos el cuello de la camisa y Holmes susurró un agradecimiento al ver que no estaba herido: habíamos llegado a tiempo. El baronet parpadeó a los pocos instantes e hizo un débil intento de moverse. Lestrade le acercó el frasco de brandy a la boca y muy pronto dos ojos llenos de espanto nos miraron fijamente.

–¡Dios mío! –susurró nuestro amigo–. ¿Qué era eso? En nombre del cielo, ¿qué era eso?

–Sea lo que sea, ya está muerto –dijo Holmes–. De una vez por todas hemos acabado con el fantasma de la familia Baskerville.

El tamaño y la fuerza bastaban para convertir en un animal terrible a la criatura que yacía tendida ante nosotros. No era ni sabueso ni mastín de pura raza, sino que parecía más bien una mezcla de los dos: demacrado, feroz y del tamaño de una pequeña leona. Incluso ahora, en la inmovilidad de la muerte, de sus enormes mandíbulas parecía seguir brotando una llama azulada, y los ojos crueles, muy hundidos en las órbitas, aún daban la impresión de estar rodeados de fuego. Toqué con la mano el hocico luminoso y al apartar los dedos vi que brillaban en la oscuridad, como si ardieran a fuego lento.

–Fósforo –dije.

–Un ingenioso preparado hecho con fósforo –dijo Holmes, acercándose al sabueso para olerlo–. Totalmente inodoro para no dificultar la capacidad de olfato del animal. Tendrá que perdonarnos hondamente, Sir Henry, por haberlo expuesto a este susto tan espantoso. Yo me esperaba un sabueso, pero no una criatura como ésta. Y la niebla apenas nos ha dado tiempo para recibirlo como se merecía.

–Me salvaron la vida.

–Después de ponerla en peligro. ¿Tiene fuerzas para levantarse?

–Denme otro sorbo de ese brandy y estaré listo para cualquier cosa. ¡Bien! Ayúdenme a levantarme. ¿Qué se

propone hacer ahora, señor Holmes?

–A usted lo dejaremos aquí. No está en condiciones de correr más aventuras esta noche. Si hace el favor de esperar, uno de nosotros volverá con usted a la mansión.

El baronet logró ponerse de pie con dificultad, pero aún seguía horrorosamente pálido y temblaba de pies a cabeza. Lo llevamos hasta una roca, donde se sentó con el rostro entre las manos y el cuerpo estremecido.

–Ahora tenemos que dejarlo –dijo Holmes–. Debemos terminar el trabajo y no hay un momento que perder.

Ya tenemos las pruebas, solo nos falta nuestro hombre. Hay una probabilidad entre mil de que lo encontremos en la casa –siguió mi amigo, mientras regresábamos a toda velocidad por el camino–. Sin duda los disparos le han hecho saber que ha perdido la partida.

–Estábamos algo lejos y la niebla amortiguó el ruido.

–Tenga la seguridad de que seguía al sabueso para llamarlo cuando terminara su tarea. No, no, ya se habrá ido, pero lo registraremos todo y nos aseguraremos.

La puerta principal estaba abierta, de manera que irrumpimos en la casa y recorrimos rápidamente todas las habitaciones dejando muy asombrado al anciano, y tembloroso al sirviente que se tropezó con nosotros en el pasillo.

No había otra luz que la del comedor, pero Holmes se apoderó de la lámpara y no dejó rincón de la casa sin explorar. Aunque no aparecía por ninguna parte el hombre al que perseguíamos, descubrimos que en el piso alto una de las habitaciones estaba cerrada con llave.

–¡Aquí dentro hay alguien! –exclamó Lestrade–. Oigo ruidos. ¡Abra la puerta!

Del interior brotaban débiles gemidos y crujidos. Holmes golpeó con el talón exactamente encima de la cerradura y la puerta se abrió inmediatamente. Pistola en mano, los tres irrumpimos en la habitación.

Pero en su interior tampoco estaba el criminal desafiante que esperábamos ver. Lo que encontramos, en cambio, fue un objeto tan extraño y tan inesperado que por unos instantes no supimos qué hacer, mirándolo asombrados.

El dormitorio estaba arreglado como un pequeño museo y en las paredes se alineaban las vitrinas con la colección de mariposas diurnas y nocturnas cuya captura servía de distracción a ese hombre tan complicado y peligroso. En el centro de la habitación había un pilar, que servía de apoyo a la gran viga, vieja y carcomida, que sustentaba el techo. A ese pilar estaba atada una figura muy envuelta y tapada con sábanas, de tal manera que no se podía saber siquiera si era hombre o mujer. Una toalla, amarrada con un nudo por detrás del pilar, le rodeaba la garganta. Otra le cubría la parte inferior del rostro y, por encima de ella, dos ojos oscuros –llenos de dolor, de vergüenza y de horribles preguntas– nos contemplaban. De pronto desatamos los nudos y sacamos la mordaza, haciendo que se derrumbara ante nosotros la señora Stapleton. Su hermosa cabeza se le doblaba sobre el pecho, y vi de manera nítida la herida de un fuerte latigazo en su cuello.

–¡Qué canalla! –exclamó Holmes–. ¡Lestrade, por favor, su frasco de brandy! ¡Llévenla a esa silla! Los malos tratos y la fatiga han hecho que pierda el conocimiento.

La señora Stapleton abrió de nuevo los ojos.

–¿Está a salvo? –preguntó–. ¿Ha escapado?

–No se nos escapará, señora.

–No, no, no me refiero a mi marido. ¿Está Sir Henry a salvo?

–Sí.

–¿Y el sabueso?

–Muerto.

La señora Stapleton dejó escapar un largo suspiro de satisfacción.

–¡Gracias a Dios! ¡Gracias a Dios! ¡El muy canalla! ¡Vean cómo me ha tratado! –retiró las mangas del vestido para

mostrarnos los brazos y vimos con horror que estaban llenos de moretones–. Pero esto no es nada, ¡nada! Lo que torturó y profanó fue mi mente y mi alma. Lo he soportado todo, malos tratos, soledad, una vida de engaño, todo, mientras aún podía aferrarme a la esperanza de que seguía queriéndome. Pero ahora sé que también en eso he sido su víctima y su instrumento –unos sollozos apasionados interrumpieron sus palabras.

–Ya que no tiene usted motivo alguno para estarle agradecida –le dijo Holmes–, infórmenos dónde podemos encontrarlo. Si alguna vez le ayudó en el mal, colabore ahora con nosotros y expíe así su pasado.

–Sólo hay un lugar a donde puede haber escapado –respondió ella–. Existe una vieja mina de estaño en la isla del centro del pantano. Allí encerraba a su sabueso y también allí hizo preparativos por si alguna vez necesitaba un refugio. Habrá ido en esa dirección.

La niebla descansaba sobre la ventana como una capa de lana blanca. Holmes acercó la lámpara a los cristales.

–Vea –dijo–. Esta noche nadie es capaz de adentrarse en el gran pantano de Grimpen.

La señora Stapleton se puso a reír y empezó a dar palmadas. Sus ojos y sus dientes brillaron con una feroz alegría.

–Tal vez haya conseguido entrar, pero no saldrá –exclamó–. No podrá ver las varitas que sirven de guía. Las pusimos juntos para señalar el camino a través del pantano. ¡Ah, si hubiera podido sacarlas hoy! Entonces seguro que lo tendrían ustedes a su disposición.

Evidentemente era inútil continuar la búsqueda antes de que se levantara la niebla. Dejamos a Lestrade para que vigilara la casa y Holmes y yo regresamos a la mansión con el baronet. Ya no podíamos ocultarle por más tiempo la historia de los Stapleton, pero se tomó con mucho valor las revelaciones sobre la mujer de la que se había enamorado. De todos modos, la impresión producida por las aventuras nocturnas le había

destrozado los nervios y poco después deliraba con una fiebre muy alta, atendido por el doctor Mortimer. Los dos estaban destinados a dar la vuelta al mundo antes de que Sir Henry volviera a ser el hombre robusto y cordial que fue antes de convertirse en el dueño de aquella mansión cargada con el peso de la leyenda.

Y ahora solo me queda llegar rápidamente al desenlace de esta singular narración. Con ella he intentado que el lector comparta los oscuros miedos y las vagas conjeturas que ensombrecieron durante tantas semanas nuestras vidas y que concluyeron de manera tan trágica. A la mañana siguiente se levantó la niebla y la señora Stapleton nos llevó hasta el lugar en donde ella y su esposo habían encontrado un camino firme para penetrar en el pantano. El interés y la alegría con que aquella mujer nos puso tras la huella de su marido nos ayudó a comprender mejor los horrores de su vida con Stapleton. La dejamos en la estrecha península de suelo firme que terminaba por desaparecer en el pantano. A partir de allí unas varitas clavadas en la tierra iban mostrando el sendero, que zigzagueaba de junco en junco entre los pozos llenos de húmedas hierbas y el barro fétido que cerraba el paso a cualquier intruso. Los abundantes juncos y las exuberantes y pegajosas plantas acuáticas emanaban olor a putrefacción. Nos llegaban densos vapores a nuestras caras, y al menor paso en falso nos hundíamos hasta el muslo en el oscuro lodo tembloroso. Este barro abarcaba varios metros a la redonda y se estremecía en suaves ondulaciones bajo nuestros pies, tirando con tenacidad nuestros talones al avanzar. Cada vez que nos hundíamos en él era como si una mano malévola quisiera llevarnos hacia sus horribles profundidades. Tal era la intensidad y la decisión del abrazo con que nos sujetaba. Supimos que solo una vez alguien había seguido este camino tan peligroso. Del centro del matorral de juncos que lo mantenía fuera del barro sobresalía un objeto oscuro. Holmes se salió del sendero y se hundió hasta la cintura para recogerlo. Si no hubiéramos estado allí para ayudarlo nunca hubiera vuelto a poner el pie en tierra firme. Lo que levantó en el aire

fue una bota vieja de color negro. “Meyers, Toronto” estaba impreso en el interior del cuero.

–El baño de barro estaba justificado –dijo Holmes–. Es la bota perdida de nuestro amigo Sir Henry.

–Arrojada aquí por Stapleton en su huida.

–En efecto. Siguió con ella en la mano después de utilizarla para poner al sabueso tras la pista del baronet.

Y luego, todavía empuñando la bota, se dio cuenta de que había perdido la partida y decidió escapar. En su huida la arrojó lejos de sí, en este lugar.

Pero no estábamos destinados a saber nada más, aunque pudimos deducir muchas otras cosas. No existía la menor posibilidad de encontrar huellas en el pantano, porque el barro que se levantaba con cada pisada las cubría rápidamente. Aunque las buscamos ávidamente, cuando por fin llegamos a tierra firme nunca encontramos ni el menor rastro. Si la tierra nos contó una historia verdadera, hay que creer que Stapleton nunca llegó a la isla que aquella última noche trató de alcanzar entre la niebla y en la que esperaba refugiarse. Hundido en algún lugar del centro del gran pantano, en el fétido lodo del enorme pantano que se lo había tragado, quedó enterrado para siempre aquel hombre frío y de corazón despiadado.

En la isla del centro del pantano donde escondía a su cruel aliado encontramos muchos indicios de su presencia.

Una enorme rueda motriz y un pozo lleno a medias de escombros señalaban la posición de una mina abandonada. Junto a ella se encontraban los derruidos restos de unas chozas. Sin duda los mineros habían terminado por irse, incapaces de resistir el hedor apestoso que los rodeaba. En una de ellas un anillo y una cadena, junto a unos huesos roídos, mostraban el lugar en donde el sabueso debía vivir. Entre los demás restos encontramos un esqueleto que tenía pegados unos mechones castaños.

–¡Un perro! –dijo Holmes–. Sin duda un spaniel de pelo rizado. El pobre Mortimer nunca volverá a ver a su preferido.

Bien, no creo que este lugar contenga ningún secreto que no hayamos descubierto ya. Stapleton escondía al sabueso, pero no podía impedir que se le oyera, y de ahí los aullidos que ni siquiera durante el día resultaban agradables. En los momentos críticos podía encerrarlo en una de las habitaciones de Merripit, pero eso significaba correr un riesgo. Solo el gran día, cuando Stapleton iba a terminar todos sus esfuerzos, se atrevió a hacerlo. La pasta que hay en esa lata es sin duda la mezcla luminosa con que embadurnaba al animal. Por supuesto que la idea la obtuvo de la leyenda del sabueso infernal y del deseo de dar un susto de muerte al anciano Sir Charles. No tiene nada de extraño que Selden, aquel pobre diablo, corriera y gritara, como lo hizo nuestro amigo, y como podríamos haberlo hecho nosotros, al ver a semejante criatura siguiéndolo a grandes saltos por el páramo a oscuras. Era un plan muy astuto, porque además de la posibilidad de provocar la muerte de la víctima elegida, ¿qué campesino se atrevería a interesarse de cerca por semejante criatura en el caso de que, como les ha sucedido a muchos, la viera por el páramo? Lo dije en Londres, Watson, y lo repito ahora: nunca hemos contribuido a acabar con un hombre tan peligroso como el que ahí yace –y extendió su largo brazo hacia la enorme extensión de la estepa, cubierta de manchas verdes, que se prolongaba hasta confundirse con el color rojizo del páramo.

15 Examen retrospectivo

En una fría noche de niebla, a finales de noviembre, Holmes y yo estábamos sentados a ambos lados de un fuego muy vivo en nuestra sala de estar de Baker Street.

Desde el trágico fin de nuestra visita a Devonshire, mi amigo se había ocupado de dos casos de gran importancia. En uno de ellos demostró la terrible conducta del coronel Upwood en relación con el famoso escándalo de los naipes del Club Nonpareil; y en el otro defendió a la desgraciada señora Montpensier, acusada de haber asesinado a su hijastra Carère, una joven que, como se recordará, apareció seis meses después en Nueva York, luego de haber contraído matrimonio.

Mi amigo estaba de muy buen humor por los éxitos conseguidos en una sucesión de casos difíciles e importantes, por lo que no me fue difícil motivarlo a que repasara conmigo los detalles del misterio de Baskerville. Yo había esperado pacientemente a que se presentara la oportunidad, porque sabía muy bien que Holmes no permitía nunca la superposición de casos, y que su mente, tan clara y tan lógica, no abandonaba nunca el trabajo presente para ocuparse de recuerdos. Pero Sir Henry y el doctor Mortimer estaban en Londres a punto de emprender el largo viaje recomendado al baronet para que se recuperara de sus tensiones, y nos habían visitado esa misma tarde, lo que me permitió sacar a relucir el tema con toda naturalidad.

–Desde el punto de vista de la persona que se hacía llamar Stapleton –dijo Holmes–, su plan era muy sencillo, a pesar de que para nosotros al principio fue complejo por no tener los medios para averiguar el motivo de sus acciones, solo contábamos con algunas parte de los hechos. Yo tuve además la suerte de hablar en dos ocasiones con la señora Stapleton, por lo que el caso está totalmente aclarado y no queda ahora ningún secreto. En el apartado Bertha de la lista de mis casos

que llevo por orden alfabético, encontrará algunas notas sobre este asunto.

–Quizá usted sea tan amable como para decirme de memoria el curso de los acontecimientos.

–Claro que sí, aunque no le garantizo que conserve todos los datos en mi mente. Es curioso cómo la intensa concentración mental consigue borrar el pasado. Mis casos van desplazando al anterior de la misma manera que un abogado que ha conocido un caso con lujo y detalle discutiendo con expertos, a la semana de trabajar en uno nuevo olvida todo lo aprendido. Así, Carère ha desdibujado mis recuerdos de la mansión de los Baskerville. Mañana quizá se me pida que me ocupe de otro problema insignificante que, a su vez, eliminará a la hermosa francesa y al infame Upwood.

"Respecto al caso del sabueso, le expondré lo más exactamente que pueda los acontecimientos y usted puede interrogarme siempre sobre cualquier punto que haya olvidado.

"Mis investigaciones han demostrado sin lugar a dudas que el retrato familiar no mentía y que nuestro hombre era efectivamente un Baskerville, hijo de Rodger, el hermano menor de Sir Charles, que ya con una siniestra reputación huyó a América del Sur, donde se dijo que había muerto soltero. La verdad es que contrajo matrimonio y que tuvo un único hijo, nuestro personaje, que recibió el nombre de su padre, y que a su vez se casó con Beryl García, una de las mujeres más bellas de Costa Rica. Luego de robar una gran suma de dinero del Estado, adoptó el apellido Vandeleur y huyó a Inglaterra, donde creó un colegio en la zona este de Yorkshire.

"Su interés por este trabajo en particular se debía a que durante el viaje de vuelta a Inglaterra conoció al profesor Fraser, enfermo de tuberculosis y de gran competencia profesional, de la que se valió para el éxito de su nuevo colegio. Pero cuando murió Fraser el colegio se fue desprestigiando paso a paso. Por esto, los Vandeleur creyeron

conveniente cambiar de nuevo de apellido. Así el hijo de Rodger Baskerville se llamó luego Jack Stapleton, y se fue a vivir al sur de Inglaterra con los restos de su fortuna, sus planes para el futuro y su afición a la zoología de insectos. En el Museo Británico he podido saber que se le consideraba una autoridad en esa materia y que el apellido Vandeleur ha quedado identificado con cierta mariposa nocturna que él describió por primera vez durante su estancia en Yorkshire.

”Ahora llegamos a la parte de su vida que ha resultado de tan gran interés para nosotros. Stapleton hizo sin duda investigaciones y descubrió que solo dos vidas le separaban de una gran herencia. Creo que cuando se trasladó a Devonshire sus planes eran todavía muy vagos, aunque el carácter delictivo de sus intenciones queda demostrado desde el principio por hacer pasar a su esposa por su hermana. Ya tenía pensado utilizarla como trampa, aunque quizá no supiera aún con claridad cómo iba a organizar todos los detalles del plan. Al final del camino se encontraba la herencia de los Baskerville, y estaba dispuesto a utilizar cualquier instrumento y correr cualquier riesgo para alcanzarla. El primer paso fue instalarse lo más cerca posible de su hogar ancestral y el segundo cultivar la amistad de Sir Charles Baskerville y de sus vecinos.

”El mismo baronet le contó la historia del sabueso, preparando, sin saberlo, su camino hacia la tumba. Stapleton, como voy a seguir llamándolo, sabía que el anciano estaba enfermo del corazón y que cualquier emoción fuerte podía terminar con él, información que le había facilitado el doctor Mortimer. También oyó que Sir Charles era supersticioso y que se tomaba muy en serio la macabra leyenda del sabueso. Su ingenio le sugirió de inmediato una manera de dar muerte al baronet sin que existiera en la práctica la menor posibilidad de descubrir al culpable.

”Concebida la idea, Stapleton procedió a llevarla a la práctica con notable astucia. Un curioso cualquiera se habría dado por satisfecho con un animal suficientemente feroz. La utilización de medios artificiales para convertir al animal en diabólico fue

un destello de genio de su parte. El perro lo adquirió en Londres, acudiendo a la firma Ross y Mangles, que tiene su establecimiento en Fulham Road. Era el más fuerte y el más feroz de los que tenían. Para transportarlo hasta el páramo Stapleton utilizó la línea de ferrocarril del norte de Devon y luego recorrió a pie una gran distancia, con el fin de no despertar sospechas. Para entonces, y gracias a sus expediciones a la caza de insectos, ya se había adentrado en el pantano de Grimpen, lo que le permitió encontrar un escondite seguro para el animal. Después de instalarlo allí esperó a que se le presentara una oportunidad.

”Sin embargo, la ocasión tardó algún tiempo en aparecer. De noche no era posible sacar de sus propiedades al anciano caballero. A lo largo de los meses Stapleton buscó atentamente por los alrededores con su sabueso, pero sin éxito. Durante esos intentos infructuosos algunos campesinos lo vieron, o más bien vieron a su acompañante. Gracias a lo eso la leyenda del perro demoníaco se volvió a confirmar. Stapleton confiaba en que su esposa llevara a Sir Charles a su ruina, pero en ese punto Beryl resultó inesperadamente independiente. No estaba dispuesta a provocar un enredo sentimental que pusiera al anciano baronet en manos de su enemigo. Ni las amenazas ni, siento decirlo, los golpes lograron convencerla. Se negó siempre rotundamente y durante algún tiempo Stapleton se encontró en un punto muerto.

”Finalmente encontró la manera de superar sus dificultades por medio del mismo Sir Charles, quien por el cariño que le tenía, delegó en él para todo lo relacionado con el caso de la tan desventurada señora Laura Lyons. Al presentarse como soltero logró ir adquiriendo cierta influencia en ella y le dio a entender que si conseguía divorciarse de Lyons se podrían casar. La situación llegó a un punto crítico cuando Stapleton supo que Sir Charles abandonaría el páramo siguiendo el consejo del doctor Mortimer, con cuya opinión él mismo fingía estar de acuerdo. Era necesario actuar de inmediato, porque de lo contrario su víctima podía quedar para siempre fuera de su alcance. De manera que presionó a la señora Lyons

para que escribiera la carta, pidiéndole una reunión al anciano la noche antes de emprender viaje a Londres. Luego, con falsas razones, le impidió ir, logrando así la oportunidad que esperaba desde hacía tanto tiempo.

”Al regresar de Coombe Tracey, a última hora de la tarde, tuvo tiempo de ir en busca del sabueso, embadurnarlo con su pintura infernal y llevarlo hasta la puerta en donde tenía buenas razones para confiar en que encontraría al anciano caballero. El perro, incitado por su amo, saltó la puerta y persiguió al desgraciado baronet que huyó dando alaridos por el paseo de los Tejos. En ese túnel tan sombrío debe haber sido horrible ver a aquella enorme criatura negra, de mandíbulas luminosas y ojos llameantes, persiguiendo a grandes saltos a su víctima. Sir Charles cayó muerto al final del paseo a causa del terror y su corazón enfermo. Mientras el baronet corría por el camino, el sabueso se había mantenido en el borde de la hierba, de manera que solo se veían las huellas del ser humano. Al verlo caído e inmóvil es probable que el animal se acercara a olerlo. Después, al descubrir que estaba muerto, y al dar la vuelta para irse, dejó la huella que más tarde advertiría el doctor Mortimer. Stapleton llamó al perro y se apuró en devolverlo a su guarida en el pantano de Grimpen, dejando atrás un misterio que desconcertó a las autoridades, alarmó a todos los habitantes de la zona y provocó finalmente que se solicitara nuestra colaboración.

”Es posible que Stapleton no supiera aún la existencia del heredero que vivía en Canadá, pero, en cualquier caso, lo supo muy pronto por su amigo el doctor Mortimer, que le comunicó además todos los detalles sobre la llegada a Londres de Sir Henry Baskerville. La primera idea de Stapleton fue que, en vez de esperar a que se presentara en Devonshire, quizá podría terminar con la vida del joven extranjero en Londres. Como desconfiaba de su esposa desde que se había negado a ayudarlo a tender una trampa al anciano baronet, no se atrevió a dejarla sola por temor a perder su influencia sobre ella. Es por eso que vinieron juntos a Londres. Se alojaron, según descubrí, en el hotel privado Mexborough, en Craven Street,

uno de los que de hecho visitó mi agente en busca de pruebas. Stapleton dejó encerrada allí a su esposa mientras él, ocultando su identidad bajo una barba, seguía al doctor Mortimer a Baker Street y más tarde a la estación y al hotel Northumberland. La mujer imaginaba los planes de su marido, pero era tanto su temor –temor fundado en los brutales malos tratos a los que la había sometido– que no se atrevió a escribir para advertir a Sir Henry del peligro que corría. Si la carta caía en manos de Stapleton también su vida se vería amenazada. Finalmente, como sabemos, recurrió al expediente de recortar palabras impresas y de escribir la dirección deformando la letra. El mensaje llegó a manos del baronet y fue el primer aviso del peligro que corría.

”Stapleton necesitaba alguna prenda de vestir de Sir Henry, para, en el caso de que se viera obligado a recurrir al sabueso, tener los medios que le permitieran seguir su pista. Con el cuidado y la audacia que le caracterizaban, puso de inmediato manos a la obra y no cabe duda de que sobornó al limpiabotas o a la camarera del hotel para que le ayudaran en su plan. Sin embargo, casualmente la primera bota que consiguió era una de las nuevas y, por consiguiente, sin utilidad para sus planes. Stapleton hizo entonces que se devolviera y obtuvo otra. Un incidente muy instructivo, porque me demostró sin lugar a dudas que se trataba de un sabueso de verdad: ninguna otra explicación justificaba la urgencia por conseguir la bota vieja y la indiferencia ante la nueva. Mientras más raro y grotesco sea un incidente, mayor es la atención con que hay que examinarlo. Cuando un caso se estudia con cuidado y se maneja de manera científica, el punto que parece más complicado es el que proporciona mayores posibilidades de elucidarlo.

”A la mañana siguiente recibimos la visita de nuestros amigos, siempre espiados por Stapleton desde el coche. Por su manera general de comportarse y porque conocían el lugar en donde vivimos y también mi aspecto, me inclino a creer que la carrera criminal de Stapleton no se redujo al asunto de Baskerville. Resulta interesante saber que durante los tres

últimos años se han producido en esa zona cuatro robos de suma importancia y que en ninguno de los casos se ha detenido a los culpables. El último, en el mes de mayo, con Folkestone Court como escenario, fue notable porque el ladrón enmascarado que actuaba solo, disparó a sangre fría contra el botones que lo sorprendió. No me cabe la menor duda de que Stapleton robaba para mejorar sus bajos recursos económicos y que era desde hacía años un individuo desesperado y sumamente peligroso.

”El hecho de que aquella mañana se nos haya escapado tan hábilmente, y su audacia al devolverme mi propio nombre por medio del cochero, son buenos ejemplos de sus muchos recursos. A partir de ese momento, sabiendo que me había hecho cargo del caso en Londres, comprendió que ya no tenía ninguna posibilidad de éxito en la ciudad y regresó a Dartmoor para esperar la llegada del baronet”.

–¡Un momento! –dije yo–. No hay duda de que usted ha descrito correctamente la sucesión de los hechos, pero hay un punto que no ha mencionado. ¿Qué pasó con el sabueso durante la estadía de su amo en Londres?

–He reflexionado sobre ese asunto, porque no hay duda de que tiene importancia. Es evidente que Stapleton tenía un confidente, aunque es probable que no le contara todos sus planes. En la casa Merripit había un anciano sirviente llamado Anthony. Su asociación con los Stapleton se remonta a años atrás, a los tiempos del colegio, por lo que debía saber que su señor y su señora eran en realidad marido y mujer. Este hombre ha desaparecido, huyendo del país. Dese cuenta de que Anthony no es un nombre común en Inglaterra, mientras que Antonio sí lo es en España y en los países americanos de habla española. Ese individuo, como la misma señora Stapleton, hablaba inglés correctamente, pero con un curioso ceceo. Tuve ocasión de ver cómo ese anciano cruzaba el pantano de Grimpen por el camino que Stapleton marcara. Por lo tanto, es muy probable que cuando su señor no estaba, fuera él quien se encargaba del sabueso, aunque quizá sin nunca saber su finalidad.

”Inmediatamente después, los Stapleton regresaron a Devonshire, seguidos muy luego por Sir Henry y usted. Un breve comentario sobre mi situación en aquel momento. Quizá usted todavía recuerde que cuando examiné el papel en el que estaban pegadas las palabras impresas, lo estudié con gran detenimiento en busca de la filigrana. Al hacerlo me lo acerqué bastante y advertí un suave olor a jazmín. El experto en criminología debe distinguir los setenta y cinco perfumes que se conocen. Según mi propia experiencia, la resolución de más de un caso ha dependido de su rápida identificación. Ese aroma sugería la presencia de una mujer, por lo que mis sospechas empezaron a dirigirse hacia los Stapleton. Fue así cómo averigüé la existencia del sabueso y deduje quién era el asesino incluso antes de trasladarme a Devonshire.

”Mi juego consistía en vigilar a Stapleton. Sin embargo, era evidente que no podía hacerlo yendo con usted, porque en ese caso mi hombre estaría siempre atento. De manera que los engañé a todos, incluido usted, y me trasladé secretamente al páramo cuando se daba por sentado que seguía en Londres. Los imprevistos que tuve no fueron tan grandes como usted se imagina, aunque cuestiones de tan poca importancia no deben nunca dificultar la investigación de un caso. Pasé la mayor parte del tiempo en Coombe Tracey y únicamente utilicé el refugio neolítico cuando era necesario estar cerca del escenario de la acción. Cartwright, que me había acompañado, me fue de gran ayuda con su disfraz de campesino. Dependía de él para la comida y las mudas de ropa. Mientras yo vigilaba a Stapleton, era común que Cartwright lo vigilara a usted, de manera que controlaba todos los movimientos.

”Ya le expliqué que sus informes me llegaban enseguida, porque de Baker Street los enviaban inmediatamente a Coombe Tracey. Me sirvieron mucho y en especial ese fragmento verídico de la biografía de Stapleton. Así pude averiguar la identidad de la pareja y saber por fin qué camino seguir. El caso se había complicado bastante debido al incidente del preso fugado y de su relación con los Barrymore.

También eso lo aclaró usted de manera muy eficaz, aunque por mi parte hubiera llegado a la misma conclusión.

”Cuando usted me encontró en el páramo ya tenía un conocimiento completo del caso, pero carecía de pruebas que pudieran presentarse ante un juicio. Ni siquiera el intento criminal contra Sir Henry la noche en que murió el desafortunado preso nos hubiera servido para acusar a Stapleton de asesinato. Parecía que no había otra alternativa que sorprenderlo con las manos en la masa y para eso teníamos que utilizar como gancho a Sir Henry, solo y aparentemente sin protección. Así lo hicimos y, a costa de un terrible sobresalto para nuestro cliente, logramos terminar muy bien nuestro trabajo y provocar el fin de Stapleton. Debo confesar que el haber expuesto a Sir Henry a semejante peligro denota un punto negativo en mi forma de llevar el caso, pero carecíamos de medios para prever ese aspecto tan terrible y sobrecogedor del animal, como tampoco podíamos predecir la niebla que lo hizo aparecer ante nosotros casi de improviso. Logramos nuestro objetivo a un costo temporal, según me aseguraron tanto el especialista como el doctor Mortimer. Un viaje largo permitirá que nuestro amigo se recupere no solo de sus nervios destrozados sino también de sus sentimientos heridos. Su amor por la señora Stapleton era profundo y sincero y para él lo más triste de todo este asunto tan tenebroso es que ella lo engañara.

”Ahora sólo queda dilucidar el papel de la señora Stapleton. No hay duda de que su marido ejercía sobre ella una influencia que puede haber sido amor, miedo, o muy posiblemente ambas cosas, ya que no son sentimientos incompatibles. En cualquier caso esa influencia era absolutamente eficaz. Él se lo ordenó y ella obedeció, haciéndose pasar por su hermana. Aunque también es cierto que Stapleton descubrió los límites de su poder cuando quiso convertirla en cómplice de un asesinato. Beryl estaba dispuesta a advertirle a Sir Henry aunque sin delatar a su marido, y trató de hacerlo una y otra vez. Es evidente que también Stapleton podía sentir celos. Por eso, al ver cómo el baronet cortejaba a su esposa, a pesar de que era

parte de su plan, no pudo evitar interrumpir el idilio con un estallido de pasión y dejando entrever el alma enrabiada que hábilmente escondía bajo sus reservados modales. Al fomentar la intimidad entre ambos se aseguraba de que Sir Henry fuera con frecuencia a la casa Merripit y de que tarde o temprano se presentara la oportunidad que esperaba. Sin embargo, el día de la crisis definitiva, su mujer se puso en su contra inesperadamente. Había escuchado la noticia de la muerte de Selden, y la noche en que habían invitado a Sir Henry a comer, sabía que el sabueso estaba en algún sector de la casa.

”Beryl acusó a su marido por querer asesinar al baronet y eso provocó una escena violenta, durante la cual Stapleton reveló por primera vez a su mujer que tenía una rival. La fidelidad de la señora Stapleton se transformó inmediatamente en un odio intenso y nuestro hombre comprendió que su mujer estaba dispuesta a traicionarlo. Entonces la amarró para que no pudiera avisarle a Sir Henry, sin perder la esperanza de que cuando todos los habitantes de la zona atribuyeran la muerte del baronet a la maldición familiar, como sin duda sucedería, su mujer aceptara los hechos consumados y guardara silencio sobre lo que sabía. Respecto a eso, tengo la impresión de que calculó mal y que, aun sin contar con nuestra presencia, su caída era inevitable.

”Una mujer de sangre española no perdona fácilmente semejante afrenta. Y ahora, mi querido Watson, no estoy en condiciones de hacerle un relato más detallado de este interesantísimo caso sin recurrir a mis anotaciones. No sé si quedó algo esencial sin explicar”.

–Stapleton tenía que saber que no sería posible matar a Sir Henry de miedo, con el sabueso falsamente infernal, como en el caso de su tío.

–Era un perro muy feroz y estaba hambriento. Si su apariencia no acababa con la víctima, el miedo podía al menos paralizarla, de manera que no ofreciera resistencia.

–Sin duda. Queda tan solo una dificultad. Si Stapleton hubiera llegado a tomar posesión de la herencia ¿cómo habría

explicado el hecho de que él, el heredero, había vivido sin darse a conocer y con otro nombre en un lugar tan cercano a la mansión de los Baskerville? ¿Cómo podría reclamar la herencia sin despertar sospechas ni provocar investigaciones?

–Se trata de un problema muy arduo y me parece que usted espera demasiado al pedirme que lo solucione. El pasado y el presente están dentro del campo de mis investigaciones, pero lo que una persona vaya a hacer en el futuro es algo muy difícil de prever. La señora Stapleton oyó a su marido analizar el problema en varias ocasiones. Eran tres las soluciones posibles. Podía reclamar la propiedad desde América del Sur, demostrar su identidad ante las autoridades consulares británicas y obtener así la fortuna sin aparecer nunca por Inglaterra; podía también adoptar un disfraz que lo hiciera irreconocible durante el poco tiempo que necesitara quedarse en Londres y, finalmente, podía suministrar a un cómplice las pruebas y los documentos, haciéndolo pasar por el heredero, pero reteniendo el derecho a un porcentaje de sus ingresos.

”Por lo que sabemos de él, tenemos la seguridad de que habría encontrado algún modo de solucionar ese problema. Y ahora, mi querido Watson, permítame decirle que llevamos varias semanas trabajando con mucha intensidad y que, por una vez, no estaría de más que nos ocupáramos de cosas más placenteras. Tengo un palco para Les Huguenots. ¿Ha oído usted a los De Reszke? En ese caso, ¿podría estar listo dentro de media hora, para que podamos parar en Marcini’s camino al teatro y comer algo antes de la representación?”

1 Member of the Royal College of Surgeons (Miembro del Real Colegio de Cirujanos).

2 Lord Clarendon: historiador inglés (1609-1674) que escribió *Historia de la rebelión y de las guerras civiles de Inglaterra*.

3 Hocino: terreno que se forma entre las quebradas de las montañas cerca de los ríos.

4 Dólmenes: monumento de pieda con forma de mesa.

5 Disnea: dificultad para respirar.

6 Camafeos del Vaticano: obra muy valiosa sobre la que Sherlock Homes investigó en “La aventura del negro Peter”.

7 Bosquimanos y hotentotes: dos razas africanas.

8 Baronet: título inglés hereditario de rango, no de nobleza, concedido por la Corona británica. Este nombre es el diminutivo de barón y se ubica entre los rangos de barón y caballero.

9 Soberano: del inglés “sovereign”, es una moneda de oro.

10 Ecarte: juego de naipes entre dos personas. Su nombre significa “descarte”.